Leonardo Sciascia

El mar de color de vino

En trece cuentos de aparente eclecticismo temático, Leonardo Sciascia consigue una vez más introducir al lector en el mundo de los sentimientos y costumbres peculiares de su tierra siciliana. La eterna condición del Sur se ejemplifica así a través de la labor constante del autor para representar en su justo relieve la problemática de unos pueblos ricos y olvidados, de unas gentes capaces de aportar una visión de la vida austera, sencilla, y a la par profundamente penetrada de sabiduría. La eficacia del lenguaje y el tono entre apasionado e irónico, de los relatos, concurren a reafirmar a Sciascia como uno de los autores más lúcidos y brillantes de las letras italianas.

REVERSIBILIDAD

—Majestad —dijo el ministro Santangelo, golpeando dulcemente la espalda de Fernando con un dedo—, estamos en Le Grotte.

El rey se despertó sobresaltado; ante la cara del ministro abrió los ojos acuosos de sueño y extraviados, se pasó el dorso de la mano por los labios, de los que manaba un hilo de saliva.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Estamos en Le Grotte, majestad.

Fernando se asomó por la portezuela del carruaje. Casas grises que se amontonaban sobre el declive de la ladera de una colina, techos de ortigas y de musgo. Y mujeres vestidas de negro asomadas a las puertas, y niños de ojos atónitos y transidos de hambre, y puercos que hozaban entre las inmundicias.

Se echó hacia atrás.

—¿Y a santo de qué me habéis despertado? —dijo al ministro. Y como si se dirigiera a una tercera persona—: Veinticuatro horas que no pego ojo y tan pronto como logro coger el sueño, este bobalicón viene a despertarme con la grata noticia de que estamos en Le Grotte.

El labio, que parecía un riñón de buey, le temblaba de cólera. Se asomó una vez más. A pocos pasos del carruaje se agrupaba la gente, silenciosa.

—En las grutas hay lobos, prosigamos el camino —dijo al oficial de la escolta. Se echó a reír, recostado hacia atrás, feliz por la

ocurrencia. El ministro se partía de risa.

Y prosiguieron el camino unas dos millas más, hasta Racalmuto, donde encontraron los balcones engalanados con sedas como si fuera la fiesta de Corpus Christi, la guardia urbana formada, y una rica mesa en el municipio.

De ese modo Grotte, llamado en los documentos de la época Le Grotte y, todavía hoy, Li Grutti por los racalmutenses, no tuvo el honor de recibir al rey Fernando.

Exactamente un siglo más tarde, pasó por la estación de Grotte, a toda velocidad, el tren de Mussolini, rasando una muchedumbre que desde el andén casi se desbordaba sobre las vías. Y no fueron muchos los gruteses que por un instante entrevieron la cara bronceada y amostazada de Mussolini, junto a la de color oliva y sonriente de Starace.

A causa de estos dos hechos, hasta hace unos pocos años, los racalmutenses se habían reído y despreciado a los gruteses. Y por su parte, los gruteses poseían un repertorio de «mimos» que con vena cómica representaban los defectos de los racalmutenses; se trataba de breves fantasías como aquellas recogidas y recreadas por Francesco Lanza, a las que él dio el nombre de «mimos».

En los partidos de fútbol entre los equipos de los dos pueblos, la literatura de los recuerdos históricos y de los «mimos», de las invectivas y de los insultos, duraba hasta los cinco minutos finales del partido. Después, se pasaba a aquello que en los sumarios de los carabineros recibía el nombre de vías de hecho, es decir, a los puñetazos, puntapiés y pedradas.

Por cierto que, a dos millas apenas de distancia, los dos pueblos eran todo lo distintos y opuestos que se pueda imaginar. Grotte tenía una minoría valdense y una mayoría socialista, tres o cuatro familias de origen hebreo, y una fuerte mafia. Y pésimas calles, feas casas, trasijadas fiestas. Racalmuto celebraba una fiesta, de espléndido frenesí, que duraba casi una semana y los gruteses acudían a ella en masa. Pero en cuanto a lo demás, era un pueblo

sin inquietudes, electoralmente dividido entre dos grandes familias, con unos pocos socialistas, muchos curas y una mafia escindida.

Al cambio de las relaciones entre los dos pueblos, al suavizamiento y extinción de las rivalidades, han contribuido en verdad, junto con las nuevas formas de vida, los frecuentes matrimonios entre racalmutenses y gruteses. En gran proporción, matrimonios mediados y concertados con laborioso esfuerzo por terceras personas, pero casi todos felices.

Uno de estos matrimonios, consumado algunos años antes del final del Reino de las dos Sicilias, ha perdurado en el recuerdo y en la fantasía de los racalmutenses y de los gruteses. No por elementos novelescos, contrastes, pasiones y sangre; tal vez sólo debido a la belleza de una muchacha; o tal vez porque en los hechos derivados de este suceso están presentes las características de una sociedad y de una época.

El matrimonio —don Luigi M., médico y próspero vecino de Racalmuto y una hija de don Raimondo G., rico terrateniente de Grotte— se celebró con la brillantez que a ambas familias convenía. Y pasaba entre ternezas el tiempo, en la casa donde habitaban los esposos: un marido de gigantesca y sanguínea complexión, pletórico de tímida dulzura ante la juvenil y fragilísima esposa, cuando aconteció un incidente terrible. Don Luigi sostuvo una discusión con uno de sus aparceros, se dejó arrastrar por la cólera y le soltó un puntapié. Que, por cierto, era, para un gentilhombre, una manera legítima de poner fin a la discusión con un villano. Pero no tenía el villano la robustez de don Luigi o, quizá, el puntapié fue a darle en algún punto vital.

—Lo cierto es —me ha dicho un descendiente de don Luigi— que el hombre giró tres veces por el cuarto y como una peonza fue a caer bajo una mesa: y allí murió.

También por aquel entonces existía la ley y era con los hidalgos más dúctil y tímida; pero un muerto es un muerto y don Luigi no podía evitar el arresto. Huyó, pues, dejando a la joven mujer sola en la casa dorada.

En el Casino di Compagnia estalló la indignación de los notables. Pero, entiéndase bien, no en contra del pobre de don Luigi. El viejo don Ottavio di Castro, presidente de la corporación y decano de la nobleza local, lleno de congoja, pronunció una frase que se ha hecho famosa y aún hoy se utiliza como irónico proverbio:

—¡Qué tiempos! Un gentilhombre ya no puede dar ni un puntapié a un campesino.

Todos aprobaron: el mundo marchaba hacia su derrumbe. ¡Qué tiempos!

En verdad, don Luigi no había ido muy lejos. Es posible que hasta se hallara en Grotte, precisamente, en casa de parientes o amigos de fiar. Pero, de todos modos, existía un motivo de desasosiego: aquel que ardía en el pensamiento de la joven mujer, sola y atemorizada, toda blondas y amor en el enorme lecho de cortinas adamascadas. Y fueron interesados amigos poderosos, para hacer desaparecer, sutil mariposa afiligranada de lirios borbónicos, aquella orden de arresto que el Capitán de Armas tenía ensartada en un alfiler, encima del escritorio de su despacho. Durante mucho tiempo el suegro de don Luigi, que no obstante era hombre de grandes recursos y numerosas amistades, intentó en vano hallar el «canal justo». Y, sólo de manera fortuita, lo halló una tarde de diciembre, mientras junto al brasero y en ropas de casa leía *Il Monitore*, en tanto que su hija Concettina bordaba, rodeándola de coralitos y pajuelas de oro, una figura del Niño Jesús desnudo como una larva, con apenas una estrecha tira de la que pendía, entre las piernecitas deformadas, una campanilla. Concettina copiaba el bordado de una sagrada imagen que le había regalado una tía monja: y don Raimondo no se tragaba aquello de la campanilla entre las piernas del Niño Jesús, pero no decía palabra, porque ni siquiera se le pasaba por la cabeza dudar de la inocencia de las monjas que veneraban esa imagen, ni turbar la inocencia de la hija que estaba empeñada en copiarla. Al tiempo que leía *Il Monitore*, la idea de la campanilla era una diminuta polilla; y se proponía hablar del tema

con su mujer, para que lograse que Concettina dejara a un lado esa labor.

Por todo esto, cuando oyó golpear furiosamente en el portal, al ponerse en pie para ir a abrir, dijo a Concettina:

—Quita de en medio la campanilla.

En vista de que Concettina no comprendía, gritó:

—Ese chisme… el Niño Jesús.

Su temor consistía en que el visitante, quienquiera que fuese, concibiera alguna idea maliciosa con respecto a la pureza de su hija.

El visitante era un pez gordo, nada menos que don Nicola Cirino, jurista y poeta, Procurador General en Palermo. A las puertas de Grotte, en aquella noche de lobos, había sufrido un percance el carruaje en el que viajaba y al no poder proseguir su camino por esa noche, había sido acompañado hasta la casa de don Raimondo, que era la más decorosa del pueblo.

Era hombre de unos sesenta años, grises el pelo y las barbas, enjuto, un poco decrépito, pero con unos ojos vivos y atentos que hacían un curioso contraste con la desarticulada fatiga a la que parecía ceder su cuerpo.

Don Raimondo, que era de mente lista, elevó una plegaria en acción de gracias al Señor quien, en una noche infernal, había puesto una piedra en el camino y una pequeña y fatal distracción en las manos del cochero. A éste atribuía don Nicola el accidente, mientras pedía disculpas a don Raimondo por las incomodidades que venía a ocasionarle.

¿Incomodidades? Era un honor, un placer…

Concettina había guardado su labor. Don Raimondo la presentó a don Nicola; la timidez de la muchacha la hizo ruborizarse como un melocotón. Era bellísima: armonioso el cuerpo, los cabellos del color del azúcar acaramelado, el rostro suave y trémulo, pero a la vez descubridor del incontenible regocijo de quien conoce el cómico revés de cada cosa y también de cada pena. Don Nicola pensó en versos a un ramo de nardos, a las naranjas entre las hojas verdes bajo la nieve, al lucero de la mañana. Y siempre en versos, que

acudían fáciles a él cuando se encendía con la belleza, comparó su corazón con el Mongibello en una imprevista y ardiente erupción de amor. Desde aquel instante, toda vez que el funcionario ya estaba enterado de la orden de arresto que recaía sobre el yerno de don Raimondo, los códices, las pandectas, las requisitorias y las sentencias descansaron como un exvoto a los pies de una niña de dieciséis años.

Fue una bonita velada. La cena, una improvisación, resultó muy buena. A varias botellas les fueron quitados los lacres que llevaban en su impronta una fecha nefasta: 1848; a pesar de ello, el vino demostró ser excelente. Por otra parte, lo del 1848 fue un pretexto para descubrir que don Nicola y don Raimondo tenían y expresaban opiniones idénticas. Hubo muchos brindis. Don Nicola los hizo en verso: en honor a la dueña de casa, turbada como una rosa dentro del vestido de raso que a toda prisa había ido a ponerse encima, y de Concettina. Después, a invitación de don Raimondo, de su mujer y de la niña —que la formuló con tímida voz—, don Nicola recitó un poema sobre Torcuato Tasso, del que era autor. Y cuando llegó a los versos:

Ma pur la vita travagliata, oppressa
Di quel Grande infelice avea conforto
Di furtive dolcezze, il core, ahi lasso!
Abbandonava alla speranza, un foco
Lo struggeva animando, il suo sospiro
Era d'uomo a cui il duol quasi è alimento,
Se il consoli una lacrima d'amore,
Una pietà celeste, un cuor gentile, Eleonora…[1].

clavó en Concettina unos ojos de agonizante y se inclinó hacia ella, por encima de la mesa, al pronunciar «Eleonora» en un suspiro; sin duda, hubiera querido decir «Concettina». Este hecho advirtieron don Raimondo y su mujer, mientras intercambiaban una pesarosa mirada de entendimiento.

Después de los cumplidos al poeta, don Raimondo, con sutileza, insinuó el relato de las desventuras ocurridas a otra hija suya, casada en un pueblo vecino. El yerno, requerido por una orden de arresto, había huido con rumbo incierto, la hija, a pocos meses de la boda, había quedado en la mayor soledad. Y todo por golpear a un campesino… Pero si a este paso el mundo habría de terminar patas arriba… Sí, por cierto, la ley: pero un puntapié que había sido el resultado de un momento de nervios…

Don Nicola parecía haberse abroquelado tras una coraza: miraba a Concettina y no decía ni sí ni no. Estaba sopesando los pros y los contras de una partida que quería jugar. Y no dudaba acerca de si jugarla o no jugarla, sino acerca de jugarla de inmediato o esperar hasta el día siguiente.

—¿Podemos hablar a solas un instante? —preguntó de pronto, decidido.

Madre e hija se pusieron en pie, algo confusas. A una señal de don Raimondo abandonaron la habitación.

Mientras hacía girar un fondo de vino en su vaso, don Nicola Cirino preguntó sonriente:

—Don Raimondo, ¿queréis festejar la Navidad con vuestro yerno en la casa?

—No hay ni que preguntarlo —respondió don Raimondo; y pensaba: «Dinero, para uno como éste, sería necesaria una buena cantidad de doblones.»

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio.

—No se trata de lo que estáis pensando —dijo don Nicola, por fin—. Es algo más: algo que para vos, y también para mí, es precioso, inestimable… ¿No lo adiviináis?

—¡San Antonio Abad! —exclamó don Raimondo, que en los momentos más tremendos invocaba al protector del pueblo. Lo había adivinado: un rayo se había abatido sobre su cabeza y sus pensamientos estaban secos, de pronto.

—Comprendo los motivos de vuestro estupor, y os diré que no me asombraría si vos rechazarais la propuesta. Aún más, los

buenos momentos que hemos pasado juntos esta noche, incluso en ese caso, permanecerían en mi memoria como un grato recuerdo… Pero vos lo comprenderéis: por el cargo que poseo, todo lo que hiciera, lo que estoy dispuesto a hacer y en condiciones para ello, no me sería censurado si lo hiciera por un hermano político o cualquier pariente. «Ha sacado de la cárcel a un pariente, ¿y quién no lo haría?», dirán. Pero por un extraño…

—Es justo —dijo don Raimondo.

—Me alegra que lo reconozcáis. Pensáoslo, pues; hablad con la señora, con vuestra hija… Mañana, antes de que yo parta, me daréis una respuesta. Y por ahora nada más, no volvamos a hablar hasta mañana.

Don Raimondo llamó a la criada y le ordenó que avisara a las señoras que podían volver a la sala. La mujer trataba de leerle el rostro, lo escrutaba con ansiedad. Bebieron rosoli y Concettina interpretó al piano canciones sacras y romances profanos, en tanto que don Nicola, absortos los ojos en ella, apoyado en el pianoforte, parecía estar a punto de perder su cabeza en el teclado, para que de allí cayese en el regazo de Concettina.

Con gran alivio de los huéspedes, don Nicola se decidió finalmente, y ya las agujas del reloj rozaban la medianoche, a irse a dormir. Dibujó complejos arabescos de palabras para augurar las buenas noches. Tan pronto como hubo salido el visitante, la señora de la casa se abatió sobre don Raimondo con un ávido e inquieto interrogante:

—¿Qué quería?

Don Raimondo no le respondió y, en cambio, se volvió hacia Concettina y le preguntó si deseaba el bien de su hermana. Concettina, por cierto, lo deseaba.

Y entre padre e hija comenzó a desarrollarse, una pregunta, una respuesta, algo así como un catecismo familiar: Concettina respondía dentro de la más pura ortodoxia, sin faltar un punto a los principios del amor familiar y del sacrificio en los cuales, con inflexibilidad y ternura, había sido educada.

Y, en fin, cuando tuvo la certidumbre de que, por la felicidad de la hermana, la niña estaba pronta a cualquier sacrificio, don Raimondo le comunicó que habría de casarse con aquel don Nicola Cirino, hombre que con una sola palabra haría regresar a don Luigi M. junto a su joven mujer, al usufructo de sus tierras y a la atención de sus enfermos, libre de la infamia de la ley.

Concettina se echó a reír, y de la risa sin freno pasó a un llanto convulsivo, desesperado. Pero cuando su madre comenzó a llorar, cuando ya también don Raimondo cedía a un temblor de lágrimas, se serenó. Entre lágrimas dijo que sí, que se casaría con don Nicola.

En razón de la impaciencia de todos: de don Nicola, que ardía de amor, y de don Raimondo y los suyos que, de pronto, anhelaban la inmediata libertad de don Luigi M., se concertaron las nupcias a toda prisa. Durante una semana la casa navegó desplegando velámenes de telas de Holanda, fresquísimos linos, multicolores mantas de lana y de brillantes sedas. La palabra «lecho», abstracta en el plural de las conversaciones y de las reuniones «capitulares» para tratar sobre la boda («veinticuatro lechos de ajuar»), se tornaba singular y concreta, símbolo de disgusto, imagen de febril repugnancia en los pensamientos de Concettina. Pero nada se transparentaba en su rostro, dulcemente reclinado sobre el bolo en el que florecía el Niño Jesús con su campanilla. Y don Nicola la observaba en éxtasis, en tanto que la campanilla tintineaba inocencia entre sus ideas de viejo gato enamorado y añadía un toque, un mínimo toque de deleitosa obscenidad.

Así ocurrió que el trabajo de gran envergadura y de fundamental importancia que don Nicola traía entre manos, L'Istituto della Monarchia in Sicilia, quedó incompleto, porque el amor por la tan juvenil mujer distrajo al ilustre jurista y poeta y después, serenamente, lo llevó a la extinción. Una mañana, al despertarse, transcurridos ya seis meses a partir del día de las bodas, Concettina lo encontró muerto como un beato, a su lado. Había terminado su vida durante la noche, en silencio, como una vela que se consume tras un último resplandor.

Volvió Concettina a la casa paterna: viuda y muy rica.

No pasaron siquiera seis meses y huyó de la casa, belleza lunar dentro del vestido negro de la viudez, durante una noche de luna, con un joven de Racalmuto que ya desde antes, en silencio la amaba. Era un joven guapo, elegante, de buena familia: pero liberal y pródigo.

Don Raimondo les perdonó tan sólo en el instante mismo de su muerte.

Me he acordado de esta historia, que en los tiempos de mi adolescencia me causó una honda impresión, en Palermo, al entrar en la iglesia de San Domenico, donde está sepultado don Nicola Girino, entre otros grandes sicilianos. Y me he decidido a escribirla por uno de aquellos estímulos imprevisibles y gratuitos que a veces nacen de ciertas sensaciones, de ciertos encuentros, de ciertas lecturas. Releía a Baudelaire y fui a dar con este pasaje: «Mais de toi je n'implore, ange, que tes prières, Ange plein de bonheur, de joie et de lumières!»[2]. La católica reversibilidad. Así es como se me ha ocurrido el título de este breve relato y el motivo para escribirlo. Reversibilidad: de un cuerpo que rescata a otro, dentro de la desgarradora religión de la familia, a la que aún hoy guarda devoción toda Sicilia; de una muchacha de Grotte que conquista la libertad de un hombre del vecino y enemigo pueblo de Racalmuto.

EL LARGO VIAJE

Era aquélla una noche que parecía hecha adrede, un coágulo de oscuridad que pesaba sobre cada movimiento. Como la respiración de esa bestia que es el mundo, el sonido del mar daba miedo: un resuello que iba a apagarse a los pies de los viajeros.

Allí estaban, con sus maletas de cartón y sus líos de ropa, de pie sobre la playa pedregosa, resguardada por las colinas, entre Grela y Licata. Habían llegado al atardecer y habían partido al alba de sus pueblos; pueblos interiores, alejados del mar, apeñuscados en la árida comarca del feudo. Algunos de ellos veían el mar por primera vez y se espantaban ante la idea de tener que atravesarlo entero, desde aquella desierta playa de Sicilia, de noche, hasta llegar a otra playa desierta de América, también de noche. Porque el trato había sido ése.

—Yo os embarcaré de noche —había dicho el hombre, una especie de representante de florida labia, pero de rostro honesto y serio— y de noche os desembarcaré; en la playa de «Ñuyorsi»[3] os desembarcaré. A dos pasos de «Nuevayor»… Y quien tenga parientes en América; puede escribirles que le esperen en la estación de Trenton, doce días después del día del embarco… Haced la cuenta vosotros mismos… Claro que el día exacto no puedo asegúraroslo: suponte que haya mar gruesa, suponte que la guardia costera esté vigilando… Un día más o un día menos es poca cosa: lo importante es desembarcar en América.

Lo importante era de verdad desembarcar en América: cómo y cuándo no tenía ya importancia. Si hasta la casa de sus parientes llegaban las cartas, con aquellas señas confusas y garrapateadas que apenas lograban trazar en los sobres, también ellos llegarían. «El que tiene lengua atraviesa el mar», decía el proverbio con razón. Y ya habrían pasado el mar, aquel mar enorme y oscuro, y habrían arribado a las «stori» y a las «farme»[4] de América, al afecto de sus hermanos, tíos, sobrinos, a las acogedoras, ricas, abundantes casas, a los automóviles grandes como casas.

Doscientas cincuenta mil liras: la mitad a la hora de la partida, la mitad a la hora de la llegada. A modo de escapularios las llevaban entre la piel y la camisa. Habían vendido todo cuanto tenían para vender, todo lo que habían podido rebuscar: la casa de adobes, el mulo, el asno, los acopios de todo un año, los armarios, las mantas. Los más listos habían recurrido a los usureros, con la secreta intención de timarlos; por una vez, al menos, después de tantos años de haber sufrido vejámenes que ellos les habían inferido. Y habían sentido gran placer ante la idea de la cara que pondrían al tener conocimiento de la noticia. «Ven a buscarme a América, matatías: quizá te devuelva tu dinero, pero sin los intereses, si logras encontrarme.» El sueño de América rebosaba de dólares: ya no sería el dinero guardado en la sucia cartera y escondido entre la camisa y la piel, sino los billetes metidos sin cuidado en los bolsillos del pantalón, sacados a manos llenas. Así lo habían visto hacer a sus parientes, que partieran muertos de hambre, enjutos y con la piel ennegrecida por el sol, y que después de veinte o treinta años habían vuelto, pero para unas breves vacaciones, con la cara regordeta y rosada que hacía un bonito contraste con sus cabellos níveos.

Y eran las once. Uno de los viajeros encendió una linterna de bolsillo: la señal que indicaba que podían ir a buscarles para llevarlos a bordo del vapor. Cuando la apagó, la oscuridad parecía más densa y temible. Pero algunos minutos más tarde, entre el resuello obsesivo del mar, emergió un sonido de agua más humano

y doméstico, como si alguien llenara y vaciara cubos siguiendo un ritmo determinado. Después se produjo un ruido sordo, un quedo parloteo. Allí se encontraron frente al señor Melfa, que bajo este nombre conocían al empresario de la aventura, antes aún de que llegaran a comprender que la barca había tocado tierra.

—¿Estamos todos? —preguntó el señor Melfa. Encendió la linterna, los contó. Faltaban dos— Tal vez se lo hayan pensado otra vez, tal vez llegarán más tarde… En cualquier caso, peor para ellos. ¿Cómo podríamos esperarles, con el riesgo que estamos corriendo?

Todos estuvieron de acuerdo en que no era cosa de esperarles.

—Si alguno de vosotros no tiene el metálico preparado —previno el señor Melfa—, será mejor que se largue de aquí, vuelva a su casa, porque si se figura que me va a dar una sorpresa a bordo, se equivoca; yo os llevaré a tierra tan cierto como que Dios existe, a todos los que seáis. Y que por uno tengan que pagar todos no es justo, o sea que el que sea culpable lo pagará a mis manos y a manos de sus compañeros: le daremos una paliza que recordará mientras viva. Si os parece bien…

Todos juraron y aseguraron que tenían el dinero, hasta el último céntimo.

—A la barca —dijo el señor Melfa. Y de pronto cada uno de los viajeros se convirtió en una masa informe, un confuso racimo de maletas y envoltorios.

—¡Jesús! ¿Os habéis traído la casa a cuestas?

A continuación comenzó a desgranar blasfemias que sólo cesaron cuando toda la carga, hombres y bultos, fue amontonada en la barca, con el visible riesgo de que algún hombre o lío de ropas cayese por la borda. Y para el señor Melfa la diferencia entre un hombre y un bulto estribaba en que el hombre se llevaría consigo las doscientas cincuenta mil liras consigo: cosidas en la chaqueta o entre la camisa y la piel. Los conocía, él; los conocía muy bien: unos campesinos asquerosos, unos villanos.

El viaje duró menos de lo previsto: once noches, incluida aquella del embarco. Y contaban las noches y no los días, porque las noches eran sofocantes, de atroz promiscuidad. Se sentían inmersos en el olor a pescado, a gasolina y a vómito como en líquido betún negro y caliente. Que era el que rezumaban al alba, exhaustos, cuando subían a beber luz y viento. Pero como la idea del mar que se habían forjado era la de un llano verde de mieses cuando lo agita el viento, el mar de verdad los aterraba. Y se les retorcían las vísceras, los ojos se les vermiculaban de luz tan pronto como demoraban en las aguas la mirada.

Pero en la undécima noche, el señor Melfa los llamó a cubierta: y en un primer momento creyeron que pobladas constelaciones habían descendido al mar como rebaños. En cambio, eran pueblos, pueblos de la rica América que, como joyas, brillaban en la noche. Y la noche misma era de embeleso: serena y dulce, con una media luna que galopaba entre una transparente fauna de nubecillas, con una brisa que inundaba los pulmones.

—Pues allí tenéis a vuestra América —dijo el señor Melfa.

—¿No podría ser que fuera algún otro lugar? —preguntó uno, porque durante todo el viaje había pensado que en el mar no existen caminos ni senderos y que era cosa divina el hacer la ruta exacta, sin errar, conduciendo una nave entre el cielo y el agua.

El señor Melfa lo miró con aire compasivo y preguntó a todos:

—¿Pero es que habéis visto en vuestra tierra un horizonte parecido a éste? ¿Pero es que no sentís que el aire es distinto? ¿No veis cómo brillan estos pueblos?

Todos concordaron con el señor Melfa y echaron una mirada de compasión y resentimiento hacia aquel compañero que se había atrevido a formular esa estúpida pregunta.

—Liquidaremos ahora las cuentas —anunció el señor Melfa.

Rebuscaron por debajo de sus camisas, sacaron a relucir sus dineros.

—Preparad vuestras cosas —ordenó el señor Melfa después de haberse embolsado los billetes.

Pocos minutos les bastaron, porque ya habían consumido casi por entero las provisiones que, para el viaje, y según lo convenido, habían tenido que llevar consigo. No les quedaba, pues, más que algunas ropas y los regalos que traían para los parientes de América: algún quesillo de oveja, alguna botella de vino añejo, algún mantelillo bordado para el centro de la mesa o para cubrir el respaldo de un sillón. Bajaron a la barca ligeros como una pluma, riendo y canturreando, y uno se echó a cantar a todo pulmón apenas la barca se puso en movimiento.

—¿O sea que no habéis entendido nada? —se enfureció el señor Melfa—. ¿Es decir que me queréis meter en líos…? En cuanto os haya dejado en tierra ya podréis correr en busca del primer policía que veáis y haceros repatriar en el primer vapor que parta: a mí me importa un rábano, cada uno es libre de hacerse matar como más le guste… Y luego, está nuestro pacto, que he respetado: aquí está América y mi deber de poneros en esta tierra lo he cumplido… ¡Pero dadme el tiempo para volver a bordo, Cristo Dios!

Le dieron más tiempo del necesario para regresar a bordo, toda vez que permanecieron sentados sobre la fresca arena, indecisos, sin saber qué hacer, bendiciendo y maldiciendo la noche, cuya protección, mientras estuviesen quietos en la playa, mudaría en terrible asechanza si tuvieran la osadía de alejarse.

El señor Melfa les había recomendado:

—Dispersaros.

Pero ninguno se atrevía a separarse de los demás. Y vete a saber lo lejos que estaría Trenton, las horas que te tendrías que echar para llegar allá.

Oyeron, lejano e irreal, un canto. «Parece uno de nuestros carreteros», pensaron, y es que el mundo es el mismo en todas partes, en todas partes el hombre expresa en un canto la misma melancolía, la misma pena. Pero estaban en América, las ciudades que se columbraban por detrás del horizonte de arena y de árboles eran ciudades de América.

Dos de ellos decidieron ir en vanguardia, a modo de exploradores. Caminaron hacia las luces que el pueblo más cercano arrojaba al cielo. Casi de inmediato hallaron el camino: una carretera «pavimentada, en buenas condiciones: esto es muy distinto de nuestra tierra». Pero, a decir verdad, se la habían imaginado como una carretera más amplia, más recta. Se mantuvieron fuera de ella, para evitar encuentros: seguían su trazado caminando entre los árboles.

Pasó un coche: «Parece un seiscientos.» Y después otro, que parecía un milcién y otro más: «Tienen nuestros coches como cosa de capricho, se los compran para los niños, como en nuestra tierra hacemos con las bicicletas.»

Después, ensordecedoras, pasaron dos motocicletas, una detrás de otra. Era la policía, no había posibilidad de error: por fortuna se habían mantenido fuera de la carretera.

Y he aquí que, finalmente, vieron unas torres. Miraron hacia atrás y hacia adelante, se aventuraron a entrar en la carretera, se acercaron para leer: Santa Croce Camarina, Scoglitti.

—Santa Croce Camarina; este nombre no me resulta nuevo a mí, por cierto.

—Pues tampoco a mí; y tampoco Scoglitti me resulta nuevo.

—Quizá alguno de nuestros parientes ha vivido aquí, quizá haya sido mi tío, antes de marcharse a Filadelfia; que yo recuerdo que estaba en otra ciudad, antes de irse a vivir a Filadelfia.

—Y mi hermano también: estaba en otro lugar antes de irse a Bruclin…[5]. Pero no recuerdo cómo se llamaba. Y luego, mira, nosotros leemos Santa Croce Camarina, leemos Scoglitti. Pero no sabemos cómo lo leen ellos; el americano no se lee como se escribe.

—Ya; lo bonito del italiano es eso: que tú lo lees como se escribe… Pero no vamos a pasarnos aquí toda la noche, tenemos que tener coraje… Yo pararé al primer coche que pase y preguntaré sólo: «¿Trenton?»… Aquí la gente tiene más educación… Aunque no entendamos lo que nos diga, se le escapará algún gesto, hará

alguna seña, y al menos nos haremos una idea de por dónde cae esa maldita Trenton.

Desde la curva, a unos veinte metros, avanzó un quinientos: el conductor los vio deslizarse hacia el centro de la carretera, las manos alzadas para detenerle. Frenó entre maldiciones: no pensó en un robo, puesto que la comarca era una de las más tranquilas; se figuró que querrían viajar y abrió la puerta.

—¿Trenton? —preguntó uno de los dos.

—¿Qué? —replicó el automovilista.

—¿Trenton?

—¡Qué Trenton ni qué porras! —imprecó el hombre del coche.

—Habla italiano —se dijeron los dos, mirándose a modo de consulta: ¿sería cosa de revelar a un compatriota su condición?

El hombre del coche cerró la portezuela, se dispuso a marchar. El coche saltó hacia delante y sólo entonces gritó el conductor a los dos que habían quedado como estatuas en mitad de la carretera:

—Borrachines, cornudos borrachines, cornudos, hijos de… —el resto se perdió a lo lejos.

Fluyó el silencio.

—Ahora recuerdo —dijo al cabo de un instante aquel a quien no le resultó nuevo el nombre de Santa Croce— qué era Santa Croce Camarina. Una mala cosecha que hubo en nuestro pueblo… mi padre fue allí para la siega.

Como en un desgarro se echaron por encima del borde de la cuneta: no había prisa para llevar a los demás la noticia de que habían desembarcado en Sicilia.

EL MAR DE COLOR DE VINO

El tren que en verano sale de Roma a las 20,50 —«directo a Reggio Calabria y Sicilia», anuncia por los altavoces una voz femenina que, en la riada de viajeros que se mueve hacia el tren, una riada que arrastra maletas atadas con cordeles y fardos de tela, evoca y deja suspendido entre los hilos de la Stazione Termini, hacia el cielo del crepúsculo, un rostro de mujer de belleza apenas marchita— lleva un coche de primera clase Roma-Agrigento: desorbitado privilegio solicitado y mantenido por tres o cuatro diputados de la Sicilia occidental. En verdad, de los trenes directos hacia el sur, éste es el que lleva menos gente. En segunda clase, pocos son los viajeros que no encuentran asiento libre. En primera, y en especial en el coche que va hasta Agrigento, es posible hallar un compartimiento completamente vacío —basta con apagar las luces, correr las cortinillas y distribuir maletas y bolsos y periódicos sobre los asientos— al menos hasta Nápoles o, por prudencia, hasta Salerno. Una vez pasado Salerno, te puedes echar a dormir, en camiseta o incluso en pijama, que nadie irá a buscar sitio en tu mismo compartimiento. Pero esta comodidad de espacio es cobrada con usura con el tiempo; por eso los sicilianos prefieren el directísimo que, partiendo dos horas antes, llega a Agrigento,

estación terminal, con una ventaja de por lo menos siete horas sobre el tren directo.

Pero al ingeniero Bianchi, que por primera vez viajaba a Sicilia —a Gela, para ser precisos y no por razones de turismo— y no había conseguido billete para el avión, le habían aconsejado el directo y el coche Roma-Agrigento. También le habían advertido que debía hacer reserva de asiento, o correría el riesgo de pasarse la noche en el pasillo. Consejos estos uno peor que el otro, en particular el de la reserva, porque en un compartimiento de asientos reservados siempre viajan tantas personas como lugares haya, en tanto que en otros compartimientos, sin reserva, existen más posibilidades de viajar solo. Gracias a los consejos, como siempre ocurre, el ingeniero Bianchi se encontró con que tenía por delante un viaje incómodo: en compañía de cinco personas, tres adultos y dos niños; locuacísimos los adultos, los niños maleducados.

De los tres adultos, dos eran el padre y la madre de los maleducados niños; agregada a la familia por parentesco, amistad o casual conocimiento, iba una muchacha de unos veinte años, a ojos vista pálida y vestida con un hábito monacal negro ribeteado de blanco. Los niños se le echaban encima: el mayor apoyándose como si se cayera de sueño; el más pequeño trepándose hasta llegar a abrazarle el cuello y tirarle del pelo, para después volver al suelo y echarse sobre la falda, en un movimiento continuo. El mayor se llamaba Lulú y el pequeño Nenè, diminutivos: —según se enteró el ingeniero Bianchi un poco antes de llegar a Formia— de Luigi y de Emanuele, respectivamente. Pero antes de llegar a Formia, el ingeniero lo sabía ya casi todo acerca de los cuatro integrantes de la familia y de la muchacha que les acompañaba. Eran de Nisima, un pueblo de la provincia de Agrigento: un importante pueblo campesino rico en tierras y con ricos propietarios; abierto, administrado por los social-comunistas, patria de uno de los peces gordos del régimen fascista, sin estación de ferrocarril, con un antiguo castillo. Marido y mujer enseñaban en una escuela primaria, y también la muchacha, aunque todavía no era titular, estaba

contratada. La familia había ido a Roma porque un hermano de la mujer, funcionario del Ministerio de Defensa, grupo A, muy importante en la sección de pensiones, se había casado con una romana: una chica seria, de óptima familia, hija de un funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, grupo A; la esposa era licenciada en letras, enseñaba en un colegio privado, era una muchacha guapa, alta, rubia. Se habían casado ese mismo día, en San Lorenzo en Lucina, bonita iglesia; no tanto como la de Sant'Ignazio, pero bonita. Fueron padrinos unos compañeros del grupo A. La muchacha, que les había sido encomendada para el viaje de regreso —por un hermano, funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia, grupo A—, en cambio, había ido a Roma para pasear y descansar, porque había superado una grave enfermedad, y el hábito negro ribeteado de blanco lo llevaba en cumplimiento de un voto hecho a san Calogero, que era el protector de Nisima y un santo muy milagroso. En Roma, a pesar de las muchas iglesias que hay, no existe ninguna dedicada a san Calogero.

—¿Cómo es posible? —se preguntaba la mujer—: ni una iglesia, ni un altar y es un santo muy importante.

El marido sonreía con cierto escepticismo al oír la charla sobre san Calogero. La muchacha dijo que ella, de niña, tenía miedo de san Calogero: negro de cara, negro de barbas, negro el manto: y por cierto que el voto a san Calogero no lo había hecho ella, sino su madre; pero, claro, como si lo hubiera hecho ella misma: durante un mes más, y ya habían pasado seis, tenía que llevar el vestido negro ribeteado de blanco.

—En el crisol mismo del año, con este calor que funde las piedras —observó el marido.

—¿Qué clase de voto sería, de lo contrario? —se encrespó la mujer—. Sin un poco de sufrimiento de por medio, el voto no tendría valor.

—¿Y no bastaba con que toda Roma se girara para mirarme? —dijo la muchacha.

—No basta; mortificación y sufrimiento: éstas son las dos cosas necesarias para cumplir con un voto —dijo, llena de seguridad, la señora.

La joven esbozó apenas un gesto de burla. Y de golpe el ingeniero la vio distinta. Tenía unos hermosos senos bajo aquel tétrico vestido, un cuerpo bello. Y ojos luminosos.

—Cumplo un voto —dijo el niño pequeño, desatándose los zapatos y pateando para arrojarlos lejos. Un zapato quedó en su pie, en tanto que el otro fue a golpear contra el pecho del ingeniero.

—¡Nenè! —aullaron a la vez padre y madre a modo de advertencia y amenaza. Después pidieron disculpas al ingeniero.

El ingeniero, en el instante de devolver el zapato, dijo:

—Oh, no es nada, los niños… ya se sabe… —y era verdad que no había sido nada, no sabía aún lo que Nenè y Lulú le reservaban para el resto del largo viaje: desde Nápoles, donde se desataron por completo, hasta Canicattí.

—¡Este rollo de los votos! —dijo el marido, continuando con la conversación mientras volvía a calzar los zapatos a Nenè—. Cuento viejo como el del coco: superstición, ignorancia…

—Pero tú has subido la Santa Escalera —polemizó con tono acre la mujer.

—¿Y eso qué importa? —replicó el marido; y estaba herido de muerte, era bien visible.

—Pues sí que importa. Dejemos que el señor juzgue si importa o no importa —dijo, implacable, la mujer. El ingeniero esbozó una media sonrisa y un tímido gesto de renuncia.

—No —prosiguió la señora—, usted debe decir si importa o no que él vaya a subir la Santa Escalera y después se ría de los votos que se hacen a los santos.

—Sí, sí, dígamelo —le dio ánimos el marido, con la dulce esperanza de una absolución.

—¿Qué significa eso de subir la Santa Escalera? —preguntó el ingeniero, con el afán de ganar tiempo.

—¿No lo sabe? —preguntó casi estupefacta la señora.

—Tengo una vaga idea, quizá un débil recuerdo —balbució el ingeniero.

—Una vaga idea, un recuerdo… Disculpe usted: ¿es o no es católico?

—Sí que lo soy, pero…

—Piensa igual que yo —estalló con voz triunfante el marido.

—Tú has subido la Santa Escalera —dijo, siempre con la intención de fulminarlo, la mujer.

—Para hacerte compañía —aventuró el marido.

—¡Quiero comer! —gritó Nenè—. Quiero mortadela, quiero un plátano.

—Y yo quiero una naranjada —dijo Lulú.

—De mortadela, nada, que te dará la urticaria —dijo la madre. Y señaló unas manchas rojas y diminutas que llenaban los brazos de Nenè.

—Mortadela, o hago como el asno de don Pietro —dijo Nenè con una expresión que prometía acciones inmediatas.

—¿Cómo hace el asno de don Pietro? —preguntó, divertida, la muchacha, porque sin duda lo sabía.

Nenè se deslizó del asiento para dar una respuesta activa a la pregunta.

—¡Por el amor de Dios! —gritaron el padre y la madre, sujetándolo.

El asno de don Pietro, explicaron después al ingeniero, solía revolcarse por el suelo, con las patas al aire, furiosamente. Nenè era capaz de, realizar una imitación perfecta.

Le dieron la mortadela.

—Mi naranjada —gimoteó Lulú—, mi naranjada, quiero mi naranjada…

—En Nápoles —prometieron todos, incluido el ingeniero.

Para obtener lo que quería, Lulú echaba mano de irresistibles lamentos, en tanto que Nenè se servía de amenazas y de chantaje. El ingeniero prefería los recursos directos y de hecho de Nenè; los

lamentos de Lulú le ponían los nervios en un estado de maldita tensión.

Besuqueado por el padre y por la madre, Lulú se aplacó. El intermedio había sido providencial: el escabroso tema de la Santa Escalera se había desvanecido.

—Usted no está casado —afirmó la señora después de echar una rápida ojeada a la mano izquierda del ingeniero.

—La gente con la cabeza bien plantada sobre los hombros no se casa —bromeó el marido.

—Esto debe ser verdad, porque tú te has casado —replicó la mujer.

—Sin embargo, yo pienso —dijo el ingeniero— que la gente con la cabeza bien plantada sobre los hombros se casa, más temprano o más tarde. Yo lo haré, un poco tarde, pero lo haré.

—¿Lo has oído? —dijo la mujer al marido, con tono de reproche —. Así habla la gente que tiene sentido común.

—Vaya, si estaba bromeando… Pero, hablando ahora en serio, en general, y considerado de manera objetiva, el matrimonio es un error… Subjetivamente, personalmente, no tengo motivos para lamentarme del mío: mi mujer, y le aseguro que no lo digo por decir ni porque ella esté presente, es un verdadero ángel —la señora inclino el rostro, radiante de improviso— y luego están estos dos angelitos… —acarició la cabeza de Nenè, que se hallaba a su lado, y a modo de pago, Nenè le refregó la boca, reluciente de la grasa de la mortadela, en la camisa de seda cruda, la camisa de ceremonia que no había tenido tiempo de cambiarse después de la boda del cuñado.

—¡La camisa! —gritó la señora. Pero ya era demasiado tarde: había florecido un jeroglífico grasiento.

—Mi cielo —dijo el padre—, le has estropeado la camisa nueva a papá.

—Quiero más mortadela —anunció Nenè.

—Nombra una vez más la mortadela y vendrá un policía a arrestarte —amenazó el padre.

—No la nombro, la quiero —dijo Nenè de inmediato, eludiendo la prohibición.

—Éste es inteligente como el mismo diablo —dijo el padre con orgullo.

—Quiero más, la quiero —confirmó Nenè.

—No, no y no —dijo el padre.

—Tan pronto como lleguemos a casa —dijo Nenè— le contaré a la tía Teresina que habéis hablado mal de ella con el tío Totò.

—¿Que nosotros hemos hablado mal de ella? —dijo la madre poniéndose la mano sobre el pecho, preocupada y llena de azoramiento.

—Tú y papá; le habéis dicho al tío Totò que la tía es una avara, que no se lava, que hace cosas malignas… —precisó Nenè con feroz memoria.

—Le daré esa mortadela —dijo el padre.

—Dásela —aprobó la madre— y cuando esté todo encarnado de urticaria, cuando sea todo prurito, que vaya a que le rasque la tía Teresina.

—Me rascaré contra la pared —dijo Nenè con tono victorioso, cogiendo la mortadela que el padre le ofrecía.

En el velo de silenciosa preocupación que descendió sobre los padres de Nenè, el ingeniero vio, agudo y móvil como el de un hurón, el rostro de la tía Teresina. Para distraerles de la angustia, dijo: —Ya estamos en Nápoles.

Las luces de la ciudad llenaban de puntos el cielo de la noche.

El anuncio sacudió a Lulú, que permanecía en una especie de duermevela, apoyado contra el costado de la muchacha: gritó que quería su naranjada.

Mientras el tren se deslizaba a lo largo del andén, el grito de «Hojaldres, hojaldres» provocó la curiosidad de Nenè. El padre le explicó que se trataba de una pasta de masa en láminas muy delgadas y rellena de crema. Nenè, con entusiasmo y su habitual gracia, pidió una. El ingeniero fue quien convidó a naranjada a Lulú y a hojaldre a Nenè. Tanta gentileza para con los niños provocó una

oleada de agradecimiento y una presentación formal: profesor Miccichè, ingeniero Bianchi.

Nenè, que al primer mordisco había mostrado un disgusto irresistible, arrojó, como la botella de champaña a la proa de una nave, la pasta de hojaldre contra la fiesta de presentación; era evidente que había apuntado a la cabeza de su padre, y que había fallado por poco.

—Bruto —dijeron el padre y la madre a una.

—Es una porquería —declaró Nenè—, quiero un chucho.

—¿Un chucho? —exclamó el profesor Miccichè—. ¿Y cómo encontraré un chucho en la estación de Nápoles?

—Me importa un rábano: quiero un chucho —declaró Nenè, revelando una inclinación al lenguaje grosero que, hasta ese mismo momento, el ingeniero había ignorado.

La muchacha se echó a reír. El profesor Miccichè y su mujer entraron en un delirio de desesperación, amenazaron con la inmediata llegada del jefe de policía, armado con látigos y cadenas, pidieron al ingeniero que mirara en el pasillo, porque el jefe de policía, requerido por el grosero lenguaje de Nenè, estaría al llegar. El ingeniero miró en el pasillo y certificó la presencia del jefe.

—El jefe de policía es un cornudo —dijo Nenè en voz baja: tenía miedo, pero no quería ceder.

Entablaron marido y mujer una disputa para establecer dónde y de quién había aprendido Nenè las palabrotas. El círculo al cual lo llevaba el padre por las tardes era, según la señora, la sima de donde emergían tales inconvenientes; y los llamados Calogero Mancuso y Luigi Finisterra los más directos responsables de la corrupción lingüística de Nenè: ésos eran jóvenes que nada tenían que hacer y tomaban como pasatiempo propio la inocencia de un niño.

—Usted ni siquiera podría imaginar las cosas que le enseñan —dijo la mujer al ingeniero—. Cosas infernales, incluso sobre los santos y hasta sobre el Papa… Por fortuna, el niño las olvida.

Nenè desmintió de inmediato esta afirmación:

—El Papa es…

Pero dos manos, una de la madre y una del padre, acudieron a taparle la boca, de la que la terrible definición, no del todo indescifrable, se escurrió como el agua de una tubería rota que se ha taponado con medios poco adecuados.

—¿Lo ha visto usted? —dijo la señora al ingeniero—. Y yo que creía que lo había olvidado… Cosas de este calibre son las que le enseñan.

Naturalmente, siempre según el parecer de la señora, eso no habría ocurrido si el padre, en lugar de jugar la partida de tute en el círculo, hubiera prestado atención al niño; que el profesor Miccichè perdía el sentido por una partida de tute.

Pero según el punto de vista del profesor, las cosas eran bien distintas: no era en el círculo, palestra de elevados sentimientos y purísimo lenguaje, donde había aprendido las vivaces expresiones Nenè, sino en el patio, habitado por gentes vulgares, y al cual daba el balcón de la casa y era algo que incumbía a la señora el que Nenè estuviera asomado a ese balcón durante horas.

Nenè se avino a poner fin a la disputa:

—En el círculo —fue su pronunciamiento lapidario.

El profesor se vio desarmado, pero la señora no abusó del triunfo: antes bien, cambió de tema; y se lanzó a recordar, ya que el tren había vuelto a arrancar, su viaje de bodas, que había tenido en Nápoles, después de Taormina, su segunda etapa.

Era ya medianoche. «Aquí no hay quien duerma», pensó el ingeniero, y a la vez se dijo si no sería conveniente cambiar de compartimiento, porque había muchos casi vacíos. Pero, en realidad, no tenía sueño: y a la irritación de haber ido a dar entre personas de tan incontenible locuacidad, y con aquellos dos terribles niños por añadidura, había sucedido una cierta sensación divertida; además, ahora que estaba a punto de decidirse a abandonar el compartimiento, surgía dentro de él algo vago e indefinible que no se podía llamar afecto, pero que se asemejaba al afecto. Nunca había tenido trato habitual con los niños y siempre había creído que

no podría soportar su compañía, y, en los viajes, siempre había adoptado la regla de no ocupar un sitio en los compartimientos en que hubiera niños. Pero, decididamente, Nenè le agradaba. Y le gustaba también la muchacha: a cada gesto que hacía, a cada palabra que decía le resultaba más viva y más deseable.

«El hecho es —pensaba el ingeniero— que un viaje es como una representación de la existencia, por síntesis y por contracción del espacio y del tiempo. Un poco como el teatro, en fin, donde se recrean intensamente, con un fondo de ficción inadvertido, todos los elementos, los motivos y las relaciones de nuestra vida.» Se decidió a comunicar al profesor su propósito de marcharse a otro compartimiento: para dejarles más tranquilos, dijo, para que tuvieran un poco más de espacio los niños.

—De ninguna manera —dijo el profesor—, no se incomode; en todo caso nos vamos nosotros.

Intercambiaron cumplidos y muy gentiles protestas y, por último, decidieron quedarse todos en ese compartimiento.

Lulú dijo que tenía sueño; y que quería que apagaran las luces.

—Nada de oscuridad: yo tengo que cuidarme del jefe de policía —dijo Nenè que, respecto al jefe de policía, no tenía la conciencia tranquila.

—¡Apagad las luces! —gritó Lulú—. Quiero dormir.

Como un rayo, Nenè pasó a vías de hecho, para expresarlo con un lenguaje policial: se deslizó de su asiento para abatirse sobre Lulú con un mordisco por encima de la rodilla. Lulú gritó y lleno de furia aferró los pelos de su hermano. Los separaron, apretando la nariz de Nenè, a fin de que aflojara su mordisco, y abriendo uno a uno los dedos de Lulú. Nenè recibió de su padre una ligera bofetada y Lulú una pequeña reprimenda.

—¿Pero quién es este jefe de policía? —preguntó, sonriente, el ingeniero a Nenè.

—Es un hijo de… —nuevo y rápido taponamiento de la boca de Nenè, pero sin apreciables resultados.

—El Niño Jesús llora: cada vez que tú dices cosas feas, llora —aseguró la madre.

—¿Dónde está el Niño Jesús? —preguntó Nenè.

—En el cielo y aquí y en todas partes.

—Nunca le he visto —dijo Nenè, fríamente.

—No se ve, pero está.

—Si no se ve, no está.

—¡Sacrílego! —exclamó la madre.

—Irás al infierno —puntualizó Lulú.

—Al infierno van los jefes de policía —dijo Nenè.

Todos, incluida la madre, se echaron a reír.

—Demonio, que eres un demonio —dijo su padre mientras lo acariciaba con dulzura. Y preguntó al ingeniero—: ¿Le oye usted? ¿Ha visto antes a un niño como éste? —con ojos que relucían de orgullo.

—Nunca —dijo el ingeniero, y era verdad.

—No es malo —intervino la madre—, sólo que es un poco nervioso… Si usted viera su generosidad: ya puede tener algo nuevo, un juguete, un libro ilustrado, que de inmediato lo regala. Y a los pobres les daría la casa con todo lo que hay dentro. Tan pronto como aparece un pobre a pedir limosna, él pierde la cabeza: mamá, démosle alguna ropa, démosle un colchón, démosle los platos… Está convencido de que la pobreza es falta de colchones y de platos, está obsesionado con la idea de que los pobres duermen en el suelo y toman la sopa en los botes de lata que nosotros tiramos a la basura…

—Duermen delante de la iglesia —dijo Nenè— y comen en las latas de tomate: yo los he visto. Y se mueren.

—No, que no se mueren —dijo el padre.

—Se mueren —respondió Nenè en un tono que no admitía réplicas. Y agregó—: Pero yo me haré pobre y los pobres ya no se morirán más.

—¡Quiere hacerse pobre! —se burló Lulú—. Idiota, te lo he dicho mil veces: puedes hacerte doctor, puedes hacerte cura, pero no

puedes hacerte pobre.

—¿Verdad que puedes hacerte pobre? —preguntó Nenè al padre.

—Claro, puedes hacerte pobre… claro que sí —respondió con precipitación el profesor Miccichè.

—¿Lo ves? —dijo Nenè a Lulú—. El idiota eres tú, que no sabes que puedes hacerte pobre también.

—Yo seré jefe de policía, así podré arrestarte a ti y a todos los pobres.

Había sido un golpe fuerte. Nenè inició un movimiento.

—¡Me va a morder! —gritó Lulú mientras alzaba los pies hasta una posición que le permitiera rechazarlo.

—No te morderé; quiero dar unos pasos, por eso me he puesto de pie, ¿o tengo que estar sentado siempre? —dijo Nenè con un tono que exudaba falsía y con una mirada que buscaba en todos algún gesto de aprobación. Pero un instante después volvió a sentarse, sin duda absorto en pensamientos melancólicos. Y así, lentamente, el sueño se apoderó de él.

Apagaron las luces, bajaron los cristales un par de centímetros y corrieron las cortinillas.

—Esperemos que podamos dormir un poco, porque tenemos por delante quince horas de viaje; buenas noches —dijo el profesor Miccichè.

Todos se dieron las buenas noches, incluido Lulú, que empezaba a caerse de sueño. Eran las dos.

El ingeniero tenía a su lado a la muchacha y junto a ella estaba Lulú. Los asientos de enfrente estaban ocupados por el profesor, Nenè y la señora. Nenè dormía agitado, quizá el jefe de policía llegaba a los umbrales de su sueño haciendo chasquear el látigo y sacudiendo las esposas. No era un niño precisamente bello, más guapo, sin lugar a dudas, era Lulú; pero era extraordinario, abría una dimensión de afectos, de pensamientos y de relaciones que el ingeniero Bianchi jamás había tomado en cuenta. Lo observaba con un sentimiento casi aflictivo: como si representara un significado de

la existencia que hasta ese momento siempre se le había escapado de entre las manos. La vida, aun su vida de técnico, o en especial su vida de técnico, consistía en definitiva en el hecho de que Nenè tenía cuatro años frente a los treinta y ocho suyos. «No puedes tener fe en la técnica sin tener fe en la vida: no puedes ponerte en órbita en torno a la tierra sino porque existen niños que tienen cuatro años, niños que nacen, niños que nacerán. Pero nuestra sociedad comienza a ver a los niños como un problema, como ya ocurre en Estados Unidos, con todas esas investigaciones de pedagogía y medicina que se desarrollan sobre el problema de la libertad infantil.» «El punto es éste: los niños no son un problema. Una sociedad que los considera un problema los separa de sí, provoca una solución de continuidad. Lulú y Nenè no son problemas para el profesor Miccichè y su señora, a pesar de que ellos son maestros y en las oposiciones deben haber repetido todas las teorías sobre la educación de los americanos y de los suizos.» «A propósito de los suizos: de una sociedad como la suiza, que parece haber sido desinfectada de los gérmenes de la tragedia y de la historia, ha surgido aquel ingeniero Faber de Max Frisch. La tragedia griega y el politécnico de Zurich. La tragedia del hombre técnico. E irá a estallar en la antigua tierra de Grecia, donde todavía hoy acecha la fatalidad.» «Un momento, estaba pensando en los niños y el ingeniero Faber no tiene ninguna relación.» «Sí que la tiene: pero tendrás que pensarlo con más cuidado, ahora te está entrando sueño.» «Sí, por cierto: Grecia y Sicilia; quizá aquí esté el punto de enlace.» «¡El liceo clásico! En cualquier cosa encontramos la impronta de Grecia.» «Pero si es un hecho: en Suiza en cada niño puedes ya ver al hombre suizo que será más adelante; en Grecia el individuo, el hombre… Y también en Sicilia, me figuro: estos dos niños…» «Son lugares en los que no existe la educación: no hay reglas, técnicas ni hábitos educativos. Hay afectos; y griegos y sicilianos consideran que no existe problema que no pueda solucionarse mediante el afecto.» «Así resuelven hasta la muerte», pensó, mientras suaves oleadas de sueño le atravesaban la mente.

El calor le despertó. En el sueño, la cabeza de la muchacha se había separado del respaldo para caer sobre su pecho: dormía un sueño profundo, sin respirar casi. El ingeniero experimentó una gran ternura, una indefinible alegría, por aquellos cabellos que casi le rozaban la boca, por el seno que le oprimía el dorso de la mano. Su cuerpo, liberado ya del sueño, se puso en una actitud de tensión.

Dormían todos; el profesor roncaba, incluso. Ya estaban atravesando Calabria. En las paradas, cuando de pronto se imponía el silencio de la noche, se oían frases en dialecto.

En un momento el tren se detuvo junto a la playa. El sonido del mar se convirtió en imagen, como en la ilusión del cine, como en uno de esos fundidos en que las figuras humanas se disuelven en el avanzar de las olas. El ingeniero se sintió traspasado, diluido; y era, indescifrado, su sentimiento de comunión con el mundo, con la naturaleza, con el amor.

Cuando el tren se puso en movimiento, el ingeniero percibió que Lulú se agitaba. Un instante después, de improviso, lo vio ante él. El niño lo observaba con ojos de mudo estupor y reproche; al cabo de un segundo cogió entre sus manos el rostro de la muchacha y con esfuerzo lo alzó, para volverlo a apoyar contra el respaldo.

«Está celoso —pensó el ingeniero—, está celoso; siempre permanece junto a la muchacha, como un enamorado. Por eso se queda quieto a su lado, siempre junto a ella.»

La muchacha se despertó; comprendía lo que había ocurrido.

—Discúlpeme usted —dijo al ingeniero y, después, a Lulú—: vuelve a dormir, cielo, es de noche todavía; ahora te dejaré mi lugar, así te podrás estirar y dormir tranquilo.

Lo acomodó sobre dos asientos, le acarició el pelo. Lulú no dijo una palabra: la miraba con resentimiento y a la vez con aire de súplica, ardiendo quizá en una pena sin nombre. La muchacha salió al pasillo.

Antes de seguirla, el ingeniero aguardó a que Lulú se hubiera dormido. Estaba en el fondo del pasillo, como si aún se hallara abandonada al espejo del sueño. El ingeniero se le acercó diciendo:

—Se ha vuelto a dormir. —Después, tras una prolongada pausa, añadió—: Está celoso.

—Me tiene mucho cariño —dijo la muchacha.

—No es como Nenè: es más cerrado, más melancólico… Nenè me parece extraordinario —comentó el ingeniero.

—Nenè es terrible; usted aún no ha visto todo lo que es capaz de hacer… La pobre Lucía pierde la cabeza con él.

—¿La señora se llama Lucía? Me ha parecido que el profesor la ha llamado por otro nombre.

—La llama Etta, por el diminutivo. Lucietta… Yo me llamo Gerlanda, pero me dicen Dina, Gerlandina… En Sicilia no hay nadie a quien llamen por su propio nombre, aunque le hayan puesto un nombre bonito.

—Gerlanda es un nombre bonito.

—No, no es un nombre bonito; es pesado lleva una «gerla»[6] dentro…

—Nunca lo he oído en otras comarcas de Italia.

—Sólo se lo encuentra en la provincia de Agrigento: san Gerlando es el patrón de la ciudad, fue su primer obispo.

—¿Y san Calogero era obispo?

—No, san Calogero era un ermitaño… Eran siete hermanos, dice la leyenda, y los siete llevaban el nombre de Calogero: uno de ellos fue a la campiña de Nisima. Siete hermosos viejos; Calogero, en griego, significa viejo hermoso. Pero yo no sé griego. ¿Y usted?

—He estudiado, pero no puedo decir que sepa.

—Me hubiera gustado estudiarlo, pero una chica que va al liceo, decían en mi familia, después ha de ir a la universidad, ¿y cómo es posible mandar sola a una muchacha, a estudiar a una ciudad como Palermo?

—¿Todas las familias sicilianas piensan de esa manera?

—Oh, no, no todas.

—¿La suya es una familia particularmente severa?

—No, no particularmente: en Sicilia todavía hay mucha gente que ve la vida de un modo muy especial y, por lo tanto, sienten

desconfianza…

—¿De qué?

—Del mundo, de sí mismos… Y no hay por qué pensar que se equivocan del todo… Yo, antes de mi enfermedad, era más intemperante, más impaciente; hubiera querido presentarme a oposiciones para un cargo en el continente, hubiera querido marcharme… Ahora veo todas las cosas de una manera un tanto distinta: me parece que la vida ha perdido seriedad, que cada persona está dispuesta a traicionar a los demás, a todos los demás… No sé si me explico… con exactitud, ¿verdad?

—Se explica usted perfectamente.

—En Roma, en Ostia, sentada en una cafetería, viendo pasar un aluvión de personas, pensé que ninguna de ellas estaba con los otros, aunque anduvieran hablando, bromeando o cogidos del brazo; marchaban detrás de la vida como detrás de un coche fúnebre, cuando cada uno piensa: «Estoy vivo, le ha tocado a aquél, no he muerto aún», y todos creen que los demás, el mundo mismo, habrán de morir antes… ¿Alguna vez ha ido a algún funeral?

—Alguna vez.

—Yo, un par de veces… Es decir, que usted comprenderá lo que he querido decir, aun cuando lo haya dicho confusamente; todos van así detrás de la alegría…

—Usted está diciendo cosas que son la auténtica verdad.

—Tal vez no sean más que pensamientos tontos, típicos de quien ha salido de una enfermedad. ¿Pero no cree usted que se ha perdido la seriedad de la vida?

—No en todo el mundo —dijo el ingeniero.

—Oh, no, no en todo el mundo. Yo creo que en mi pueblo la vida aún es seria… Pero las apariencias son mezquinas, insoportables… Usted debe pensar que yo también soy mezquina, que estoy chapada a la antigua y, además, con este vestido que llevo…

—No, no —protestó el ingeniero—, no estoy pensando nada de eso.

—La vida me agrada: me agradan las cosas bonitas, los vestidos bonitos… Y también me gustaría usar pintura en los labios e intentar fumar.

—Usted es la muchacha más encantadora que yo haya conocido, aun vestida con el hábito del voto a san Calogero y sin pintura en los labios.

La joven bajó los ojos, comenzó a mover el índice sobre el cristal, como si estuviera escribiendo.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó el ingeniero.

—¿Cómo?

—Quiero decir, sobre el cristal. Me ha parecido que estaba escribiendo algo.

—Oh, sí; mi nombre. Cuando me encuentro confusa suelo escribir mi nombre.

—No tiene por qué sentirse confusa si le digo que es una muchacha bonita y que me gusta hablar con usted. Es sencillamente la verdad.

—Oh —dijo la joven, y entrelazó las manos, como si quisiera impedirse seguir escribiendo su nombre en el cristal.

—Tal vez sea una insensatez pretender que un encuentro como el nuestro vaya más allá de lo que dure el viaje, pero quiero decirle que me resultaría grato volver a verla.

La cabeza del profesor Miccichè apareció en el pasillo; parecía como decapitada entre las cortinillas entrecruzadas y como manaba sangre de la cabeza del Bautista, de ésta fluía sueño y desconfianza: —¿Por qué os habéis marchado? —dijo con cierta irritación.

La muchacha respondió al ingeniero:

—También a mí —lo dijo con simplicidad y se encaminó a aplacar la desconfianza del profesor.

El tren entraba en la estación de Paola. Tan pronto como se disipó el chirrido de los frenos, estallaron los gritos de «Fresas,

fresas», que el profesor Miccichè esperaba con seiscientas liras en la mano: un bote de fresas para cada uno, incluso el ingeniero.

Los niños se despertaron: con los ojos cerrados todavía, tendieron sus manos hacia las fresas.

—¡Tú y tus fresas! —dijo la señora—. Los has despertado.

—No he sido yo. Los han despertado los gritos de los vendedores —se excusó el profesor.

—Tú has empezado a moverte antes de que se oyeran los gritos —reprochó la señora.

—Me he movido porque —explicó el profesor—, porque… —y se interrumpió, confundido, mientras con un movimiento imperceptible de los ojos señalaba a la muchacha y al ingeniero.

Pero en la señora no afloró la misma preocupación tutelar del marido, sino la vocación de toda mujer casada por enviar al matrimonio a las demás mujeres. Y, en ese caso particular, era alimentada por el carácter romántico de un viaje en tren, de un ingeniero del continente, de una buena muchacha de pueblo.

Nenè, que apenas había empezado a comerse las suyas, anunció:

—Quiero más fresas.

—Coge las mías, no me las comeré —dijo la señora.

—¿Es maleducado o no lo es? —preguntó el profesor, en busca de la aprobación de todos.

—Ni siquiera se terminará su bote; habla porque tiene boca, como tú —replicó la madre y de ese modo intentaba reprochar al marido el desliz de unos minutos antes, cuando se había interrumpido.

—Comeré mi bote y el tuyo y otros diez, otros cien botes de fresas —declaró Nenè.

—¡Comeré cien botes de fresas! —imitó Lulú, burlándose.

—Doscientos, mil —se obstinó Nenè, pero ya no podía terminar con su propio bote. Un momento después lo tendió hacia su madre, anunciando—: Me las comeré más tarde.

—Ja, ja, ja —se burló Lulú.

—No me toques los cojones —advirtió Nenè.

—No habla porque tenga boca —se resarció el profesor—, habla porque es peor que un mozo de cuerda… Pero yo te haré entrar por vereda: te encerraré en un colegio, te encerraré en un colegio.

—¿Con los huerfanillos? —se informó a nivel académico Nenè.

—Exacto, con los huerfanillos.

—Si no te mueres antes, no me aceptarán: tú te mueres y yo me voy a un colegio de huérfanos.

El profesor palpó la pared en busca de algún hierro y reposó la mano sobre el cenicero. Así, inmunizado contra la muerte, con su habitual orgullo, dijo al ingeniero: —¿Oye usted qué lógica…? —y después a Nenè—: No te hagas ilusiones: te aceptarán aunque yo esté vivo, bastará con que le diga una palabra al padre Ferraro.

Pero justamente porque preveía la reacción de Nenè se puso en pie bruscamente e inclinándose hacia el niño, dijo con tono de amenaza: —No te arriesgues a decir lo que has estado a punto de decir sobre el padre Ferraro, o te daré una paliza como para que la recuerdes durante cien años.

—No lo digo, lo pienso —replicó Nenè, que no parecía experimentar ninguna zozobra.

Con gesto nervioso el profesor se pasó varias veces la mano por la cara, y después se echó a reír. Rieron todos. Y mientras reían, apareció el revisor, pidiendo los billetes. Se los dieron y el profesor se informó acerca del horario. Tan pronto como se hubo marchado el revisor, Nenè comunicó: —Todavía estoy pensando en el padre Ferraro.

—¡Jesús! —se acongojó la madre. Pero el profesor, el ingeniero y la muchacha se tronchaban de risa hasta las lágrimas.

Llegaron a Villa San Giovanni después de que la vivacidad de Nenè fuera comentada de diverso modo y después de haber aplacado un par de riñas que habían estallado, imprevistas, entre Nenè y Lulú. Y como recuerdo de sus respectivas intervenciones pacificadoras, las camisas del profesor y del ingeniero estaban punteadas de color fresa.

Eufórico, el profesor propuso que todos fueran a cubierta, en el transbordador, para tomar un café.

—¿Y las maletas? —preguntó la señora.

—Ya, las maletas —se preocupó el profesor. Y lleno del placer autodenigratorio del siciliano, explicó al ingeniero que al acercarse a Sicilia la mejor de las normas era la de jamás dejar sin custodia las maletas, porque allí todo era muy distinto de lo que sucedía en el norte, donde, según lo que el profesor se imaginaba, las maletas se mueven, como los perros, sólo junto con sus legítimos propietarios.

La señora, que tenía en mente sus propios designios, propuso una solución: que en primer término subieran a cubierta Dina y el ingeniero y que después, al regreso de ellos, si bien no era cosa de que se dieran ninguna prisa, podrían ir a tomar el café ella con su marido y los niños.

Las protestas de los niños, que se mostraban impacientes por subir a la cubierta, fueron reprimidas con gran despliegue de autoridad. El profesor, a decir verdad, no parecía muy convencido: se debatía entre la responsabilidad asumida ante el hermano de la muchacha y el placer de facilitar un idilio. Pero la decisión de la señora lo arrolló.

Así fue que se encontraron solos, la muchacha y el ingeniero, sobre el estrecho de Messina, que brillaba con el primer sol del día. Tomaron un café, de prisa, y después se sentaron de frente a Messina, blanquísima y nítida.

Por la noche de insomnio y ante la luz de la mañana sobre el mar, sus pensamientos estaban como ofuscados. Cuando el transbordador se puso en movimiento, la muchacha dijo: —Bajemos, los niños deben estar impacientes por venir a cubierta.

Estaban más que impacientes: Lulú berreaba y Nenè, en silenciosa protesta, se había echado en el piso del coche.

El profesor lo señaló como motivo de burla y escarnio ante la muchacha y el ingeniero: —Mírenlo, ¿qué diferencia hay entre él y un perro? —pero Nenè ya se había precipitado hacia fuera, seguido de Lulú y de la señora.

El profesor se hallaba ya en el pasillo, cuando el pensamiento de que estaba a punto de dejar a la muchacha con un hombre en un coche de tren casi desierto, lo inmovilizó. Volvió atrás y, como para liberarse de un escrúpulo, ya que no de la preocupación, preguntó a la muchacha si quería subir en compañía de ellos. La joven respondió que no, que se encontraba fatigada.

—El profesor desconfía —dijo el ingeniero.

—Quiere llevarme a casa sana y salva —respondió la muchacha, con una sonrisa.

—Espero que no lo logre —dijo el ingeniero—, espero que usted… —no encontraba palabras adecuadas.

—Sí —replicó la joven, ruborizándose.

No dijeron nada más. Al hallarlos tan silenciosos, el profesor cayó en la duda: o el ingeniero había sido tan caballeresco que ni siquiera había osado hablarle en su ausencia o, por el contrario, lo había sido en tan poco grado que se había atrevido a intentar algo y había sido rechazado. Con el mudo lenguaje de los ojos, los párpados y las cejas, la señora aclaró su duda: el idilio continuaba, pero sin sombra de nada que no fuese correcto. Bastaba con mirarles a la cara.

El profesor se tranquilizó. Pero le parecía que ése era el momento de averiguar, puesto que la señora aseguraba que había un idilio, a quién tenía ante sí. Ingeniero, muy bien; soltero, al menos así se declaraba; edad, a ojo de buen cubero, treinta y cinco; simpático; al parecer de buen carácter… Pero era necesario ir un poco más al fondo del caso. Preguntó: —Usted es véneto, ¿verdad? —porque el profesor había estado en Marostica, para el curso de oficiales.

—Vicenza —respondió el ingeniero.

—Bonita ciudad, una ciudad civilizada —dijo el profesor.

—Vicenza, Vincenza, Vincenzina: la tía Vincenzina —bromeó Lulú.

—El mazapán de la tía Vincenzina —dijo Nenè, chupándose de los dedos los restos fundidos de una tableta de chocolate.

—¿Y usted vive en Vicenza? —continuó el profesor con su interrogatorio.

—Pues, sí, estoy empadronado allí, digamos. Pero pocas son las veces que puedo llegarme hasta allá. Está mi madre, están mis hermanos… He vivido mucho tiempo fuera de Italia: en América, en Persia… Ahora voy a Sicilia, a Gela.

—¿Petróleo?

—Petróleo.

—¿ANIC?

—ANIC.

—Dígame, pues, en confianza: ¿hay o no hay petróleo en Gela? —preguntó el profesor bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—Pues claro que hay.

—Porque, verá usted, corre la voz, ¿cómo decirlo?, de que todo no es más que un tinglado, de que el petróleo que hay es bien poco.

—¡Pero eso es una tontería! —exclamó el ingeniero.

—Es lo que digo yo. Pero, a veces, ya sabe usted cómo son estas cosas, se me presenta la duda de que este Mattei esté haciendo lo que está haciendo para echarnos polvo a los ojos… Pero entendámonos bien: que es un genio, lo es, nadie lo discute… Aunque lo de Gela no sea más que un tinglado, para montar semejante tinglado se necesita un genio.

—Pero si no se trata de un tinglado —aseguró el ingeniero.

—Si usted lo dice… —admitió a medias el profesor, alzando las manos con el gesto de quien se rinde. Y dejando a un lado la pista del ANIC, retomó la otra, de interés más inmediato: la del ingeniero Bianchi—. ¿Y pasará mucho tiempo en Gela?

—Me figuro que sí. Si no precisamente en Gela, en Sicilia al menos… en Troina, en Gagliano…

—¿Le gusta Sicilia?

—Creo que me gustará mucho: nunca he estado allí —dijo el ingeniero mirando a la muchacha.

—¿Lo habéis oído? —dijo el profesor, volviéndose a su mujer y a la muchacha—. Ha recorrido medio mundo y no conoce Sicilia. ¡Dios Bendito, todos estos continentales son exactamente iguales!

—Pero siempre había deseado poder hacer un viaje a Sicilia —se excusó el ingeniero.

—Sí, claro: «La terra dove splendono sovra cupo fogliame arance d'oro»[7] —citó el profesor con ironía, con amargura.

—Siempre sucede así —dijo la señora, acudiendo en socorro del ingeniero y para atemperar el resentimiento de su marido— lo dejas de un año para otro. Y las cosas que más desearías ver, acabas por no verlas nunca o sólo por casualidad… Nosotros, por ejemplo, todavía no hemos ido a Piazza Armerina y desde que nos hemos casado que mi marido está diciendo que tendríamos que ir.

—Es verdad —aprobó el marido—, siempre ocurre así. Pero yo, cuando oigo a alguien que, a la edad del ingeniero… Discúlpeme usted, ¿cuántos años tiene?… —porque no perdía de vista el objetivo de enterarse de la mayor cantidad posible de datos acerca de su compañero de viaje.

—Treinta y ocho.

—…Alguien que, a los treinta y ocho años, no conozca Sicilia, pues bien, no lo hago adrede, pero me produce una cierta inquina… Porque después (ya se comprende que hablo en general), sin conocer, sin saber, desde lo alto de su propio bum o como se llame, desde un milagro económico, en una palabra, cortan y queman a esta pobre Sicilia como les viene en gana… Y yo entonces digo: bum un cuerno, el bum lo hacen ustedes sobre nuestras costillas, ustedes nos ponen a freír en el aceite que nosotros producimos… Por el amor de Dios, cambiemos de tema.

Lulú y Nenè, que hacían como si empuñaran armas, se ametrallaron por turnos a bum, bum.

—Ha sido separatista —intervino la señora, para explicar el apasionamiento de su marido.

—Independentista —corrigió el profesor— y todavía lo soy.

—Ahora tienen el petróleo —dijo el ingeniero, con ánimo de consolarle.

—¿El petróleo?… Créame: se lo chuparán —repitió el profesor —, se lo chuparán… ¿Recuerda a Musco[8] en el «San Giovanni» de Martoglio[9]? Tenía una lámpara de aceite delante de la imagen del santo; llegaba algún vecino y le robaba el aceite de la lámpara: «veni qualche divotu, o qualche divota, con farso inganno, e s'asciuca l'ogghiu lampa…»[10]. Y así pasará con el petróleo: un tubo largo, desde Milán a Gela, y se chuparán el petróleo… Los devotos, claro está, aquellos que se preocupan por Sicilia, los que la toman en serio… Vaya, mejor no hablar.

—Pero si esto ocurre ahora u ocurrirá en el futuro, ¿no cree que la culpa es de los sicilianos?

—Por supuesto que sí. Así somos: esperamos que nos caiga el fruto en la boca desde la rama del árbol, cuando esté bien maduro.

—Pero, disculpe usted, si son así, no veo qué tendrían a ganar si lo hicieran todo por sí mismos.

—No somos así —dijo la muchacha—. Lo que ocurre es que a todos les parece bien hacer creer de nosotros las peores cosas: como aquellos que se figuran que están enfermos de todas las enfermedades y sienten alivio al hablar del asunto.

—Es verdad —dijo el profesor, un tanto abatido. Pero de inmediato halló un motivo de exaltación ante el mar de Taormina—: ¡Qué mar! ¿Dónde hay otro mar como éste?

—Parece vino —dijo Nenè.

—¿Vino? —preguntó el profesor, perplejo—. Yo no sé cómo ve los colores este niño; parece como si todavía no los distinguiera. ¿A ustedes les parece de color de vino este mar?

—No lo sé. Pero me parece que tiene alguna veta rojiza —dijo la muchacha.

—He oído esa frase en algún lugar: el mar de color de vino —comentó el ingeniero.

—Tal vez algún poeta la haya escrito, pero yo jamás he visto un mar de color de vino —dijo el profesor y, volviéndose hacia Nenè, le

explicó—: Mira, aquí debajo, junto a las rocas, el mar es verde; más lejos, es azul, azul oscuro.

—A mí me parece vino —dijo el niño, con acento de absoluta seguridad.

—Es daltónico —sentenció el profesor.

—¿Pero qué dices? ¿Daltónico? —se rebeló la señora—. Este es un testarudo.

Y también ella hizo la prueba de convencerlo acerca del verde y del azul del mar.

—Es vino —repitió Nenè.

—¿Lo ves qué testarudo es? —dijo la madre—. Ahora, sencillamente, afirma que es vino.

—Un momento —dijo el profesor. Bajó del portaequipajes su corbata, verde con rayas negras, y mostrándosela, preguntó al niño —: ¿Qué colores tiene esta corbata?

—Color de vino —respondió Nenè implacable: y sonreía lleno de malicia.

El profesor arrojó la corbata al aire.

—Es mejor que le dejes estar: es testarudo —volvió a definir la madre.

—Quizá sea también daltónico —insistió, pero sin convicción, el marido.

«El mar de color de vino, ¿dónde he oído esa frase? —se preguntaba el ingeniero—. El mar no es de color de vino, el profesor está en lo cierto. Tal vez a primera hora del amanecer o a la hora de la puesta del sol, pero no a estas horas. Y sin embargo, el niño ha captado algo real, quizá el efecto, como de vino, que produce un mar como éste. No embriaga: se apodera de los pensamientos, suscita una sabiduría antigua.» «Los diálogos de Platón tendría que recitarlos Eduardo De Filippo: en napolitano.» «Pero aquí estamos en Sicilia, tal vez no sea la misma cosa.»

El tren corría a lo largo del más espléndido mar que jamás hubiera visto: por momentos parecía adquirir la inclinación de un

avión cuando despega, con el paisaje caído hacia un lado, al filo del ala.

—¿Es o no es bonito? —preguntó el profesor, que solía plantear alternativas extremas y señalaba la costa y el mar de Aci, como si fueran un cuadro que él mismo hubiese terminado de pintar en ese instante.

—Muy bonito —asintieron todos, a excepción de Nenè, ocupado como se encontraba en quitar de los asientos los ganchos de sostén de las telas blancas que sirven para cubrir el respaldo.

—¿Nisima está en la costa? —preguntó el ingeniero.

—Ah, no —respondió el profesor con voz melancólica—. Sicilia interior, Sicilia árida… Pero es mejor aclararlo: tiene una belleza propia, que no es como ésta, que te quita el aliento. Aquélla es una belleza que te cautiva lentamente o, más aún, cuando estás lejos, cuando la recuerdas… Aquí es muy fácil decir que esto es bonito, incluso un idiota lo comprende de inmediato. Pero en Nisima necesitas tiempo, tienes que ser inteligente… En fin, que es otra cosa.

—¿Existe la mafia? —preguntó el ingeniero.

—¿Mafia? —exclamó el profesor, estupefacto, como si le hubieran preguntado si en su pueblo se comía polenta y se bebía aguardiente—. ¿Qué mafia? ¡Tonterías!

—¿Y estas noticias? —preguntó el ingeniero al tiempo que señalaba en el periódico del día anterior un titular a cuatro columnas que aseguraba: «La mafia no quiere los diques.»

—Tonterías —volvió a cortar el tema el profesor.

El ingeniero pensó: «Un hombre instruido, educado, buen padre de familia: y no quiere hablar de la mafia, se asombra incluso de que se hable de ella, como si al nombrarla se diera importancia a una cosa de poca monta; chiquilladas, tonterías. Comienzo a comprender a la mafia, de verdad es una tragedia.»

Estaban en la estación de Catania.

—Catania —anunció el profesor—. Una tumba para este tren: no se mueve más.

—Me bajaré: tengo que caminar un poco —anunció Nenè.

—Ahora llevarán los coches a otras vías, no conviene que bajes —dijo el padre.

—Quiero un granizado: granizado y galletas —declaró Nenè.

—Yo también: un granizado y un brioche —dijo Lulú.

Tuvieron sus granizados, sus galletas y su brioche.

—¿Pero qué granizado es éste? —exclamó Nenè, disgustado, pero después de haber escupido, en parte sobre su ropa, el último sorbo ya casi fundido—. Para granizado el que hace don Pasqualino: en cuanto llegue a Nisima me tomaré un bote lleno.

—Este es mejor que el de don Pasqualino —dijo Lulú para contradecirle, pero sin convicción.

—Tú no sabes nada: éste está hecho con agua, extracto de limón y azúcar; y don Pasqualino lo hace con limón y también le pone clara de huevo —explicó Nenè con aire de persona competente en el tema.

—Lo sabe todo —intervino la madre—. Siempre tiene curiosidad por todo, lo pregunta todo…

—No tengo curiosidad; curiosidad tiene la tía Teresina.

—Mira cómo estás hablando mal de ella —estalló el padre con acento de triunfo.

—Pero si siempre lo dices tú: «Es curiosa, esa vieja bruja.»

El profesor, vencido, le amenazó con un formidable bofetón. Sin mostrarse impresionado en lo más mínimo, Nenè explicó a los dos extraños: —La tía Teresina es rica, nos dejará sus tierras; pero yo en sus tierras me…

De la mano de la madre recibió una bofetada.

—La tía Teresina me dejará sus tierras a mí —afirmó Lulú.

—¡Basta ya! —gritó el profesor.

—La tía Teresina y su peluca, la tía Teresina y su ojo bizco… —canturreó Nenè.

—Desvergonzado —dijo la madre.

—La tía Teresina no te dará rosquillas nunca más —auguró Lulú.

—Rosquillas con moho: me dan ganas de vomitar cuando pienso —y con tanta perfección simuló el vómito que se hizo merecedor de otra bofetada.

Para consolarlo, la muchacha lo invitó a dar un paseo por el pasillo. Nenè aceptó diciendo: —Será mejor que me vaya: aquí no se razona.

Pero apenas un momento más tarde volvía al compartimiento, a la carrera, solo, girando la cabeza, como si alguien le siguiera. Se sentó en su lugar y se puso un periódico delante de la cara, desplegado, como si lo estuviera leyendo. Sólo que el periódico estaba del revés. Un corpulento oficial de policía, enorme, con un ceño que parecía más feroz por el calor y por el sudor que le corría por la cara, se detuvo entre las jambas de la puerta del compartimiento. Nenè, por encima del periódico, espiaba. El oficial preguntó si ése era el coche que partiría para Agrigento, dio las gracias, siguió su camino. Nenè bajó el periódico, y apareció como de detrás de un telón; Lulú se burló de él y los demás se rieron a carcajadas. Lloró de mortificación y de rabia; mordió a Lulú, se mordió las manos, dio puntapiés al aire. Después, lentamente, entre sollozos, cayó en el sueño.

Se entabló una conversación sobre el modo de educar a los niños y, en particular, a un niño como Nenè.

El padre y la madre sostenían que Nenè era un maleducado y se acusaban de ser culpables de ello y también acusaban a la sociedad meridional, porque en el continente, decían, los niños crecen con mejores modales, más educados. La muchacha y el ingeniero sostenían, en cambio, que Nenè usaba, sí, un lenguaje nada edificante y que tenía reacciones violentas, pero que su inteligencia, sin ninguna duda, era presta y vivaz y sus sentimientos, generosos. La señora y el profesor resistieron en su punto de vista, pero como si lo hicieran por coquetería y, por fin, la onda plena de su afecto se tendió sobre el sueño de Nenè.

Mientras el tren atravesaba un paisaje anegado en la lumbrarada del sol, desierto, en torno al sueño del niño velaban como

personajes de pesebre, con sus buenos sentimientos, con su fe en la vida, con la actitud de quien cree que todo podría durar, amistad y amor, más allá del encuentro fortuito, del viaje que llegaba a su fin. El ingeniero pensaba que, por último, había tocado el punto exacto de la vida y que debía, según todas las buenas reglas de la familia meridional, prolongar de por vida el encuentro con aquella muchacha serena y solícita, de pocas palabras, de intensos sentimientos, y que era necesario decir algo definitivo antes del momento de la separación, quizá acompañarla hasta el pueblo, hablar con sus padres. Pero cuando el profesor comenzó a bajar las maletas, en el momento en que estaban a punto de llegar a Canicattí, se dijo: «Ya no eres un muchacho» y también que hay un tiempo para cada cosa y que su primer día libre lo dedicaría a hacer un breve viaje hasta Nisima.

Se saludaron largamente, aún antes de bajar del tren; después, de pie en el andén de la estación, donde ya aguardaba el autocar para Campobello-Licata-Gela, repitieron las salutaciones. Todos se mostraban conmovidos, excepto Lulú, que hacía cuanto podía para evitar que la muchacha prestara atención a los saludos. Nenè invitó al ingeniero a que fuese con ellos a Nisima; le prometió un granizado de los de don Pasqualino y una velada en el círculo. El ingeniero, con los ojos puestos en la muchacha, prometió a Nenè que muy pronto iría a hacerle una visita. El niño se empeñó en abrazarlo. El profesor le dio su tarjeta de visita.

Desde el autocar, donde se había sentado junto a una ventanilla, el ingeniero los observó: un racimo de maletas y de bolsos que se movía hacia la salida. Antes de desaparecer, la muchacha se giró para saludarle.

«Iré a Nisima el domingo», decidió el ingeniero.

Pero mientras el autocar partía, sus sentimientos, su melancolía y su amor se convirtieron en sueño. Con la imagen apenas vislumbrada de quien le había aconsejado aquel tren y aquel coche —un rostro satisfecho, sádico— su último pensamiento se esfumó: «¡Diablos, qué viaje!»

EL EXAMEN

Un montoncillo de fichas para el teléfono, grandes como monedas de cien libras, que había que dividir en tres columnas: rugosas, menos rugosas, lisas.

Un trozo de alambre y una pinza: para hacer un triángulo con el alambre.

Un letrero sobre el que había dibujados muchos círculos pequeños que formaban como un racimo de uvas; dentro de cada uno de los granos, un número. Y, desde una cierta distancia, había que leer la mayor cantidad de números posibles durante el tiempo que marcaba el hombre, reloj en mano, desde que decía «adelante» hasta que ordenaba «basta».

«Adelante» y «basta» eran las palabras que el hombre pronunciaba mejor. Era un hombre alto, sonrosado, claros los ojos y rubios los cabellos que se le abrían como un crisantemo en mitad de la cabeza. Un suizo de Zurich. Blaser era su apellido. Estaba en Sicilia para reunir mano de obra femenina: muchachas que tuvieran más de dieciocho y menos de treinta años. Para una fábrica de productos eléctricos, contadores, al parecer, porque no se entendía mucho de las pocas palabras que decía.

Quizá fuera católico, quizá luterano o calvinista. Los párrocos no lograban entenderlo. Permanecía tranquilo, sin curiosidad, mientras examinaba a las muchachas, ya fuera en la casa parroquial o, incluso, en la misma sacristía. Se comportaba como si hubiera

conocido ese tipo de ambiente desde siempre, cumpliendo funciones de monaguillo o frecuentando el catecismo.

Recorría los pueblos de la provincia en un coche alquilado con chófer, después de un meticuloso trato, después de un desconfiado regateo, en la ciudad principal: ciudad situada en el corazón de Sicilia, cerrada, protegida con rocas, vibrante con metálicas cuerdas de viento.

El conductor del coche, en cierta medida, se había apasionado con aquel juego, con aquellos exámenes: seguía a su jefe a las sacristías y a las casas parroquiales. Y, a veces, no resistía a la tentación de interponer su palabra bien intencionada, cuando una muchacha no lograba pasar felizmente el examen o no tenía la edad requerida: aun y a pesar de que el suizo no tomara en cuenta esa palabra suya, bien intencionada.

En cada pueblo se repetía la misma escena; si hasta las muchachas, al pasar de un pueblo a otro, parecían ser las mismas. Y también los párrocos. Sobre la hora ya acordada con anticipación, los párrocos aguardaban el arribo del señor Blaser. Una veintena de niñas, casi todas ellas en compañía de sus respectivas madres, esperaban en la sacristía o en la sala de la planta baja de la casa parroquial. Emocionadas, cuchicheaban entre sí o reían nerviosamente. Las presentaba el párroco, con la garantía de que eran buenas observantes de las leyes cristianas y de las domésticas virtudes que, en Suiza, se convertirían en virtudes laborales. El señor Blaser sacaba a relucir las fichas, el alambre, la pinza, aquel letrero, y comenzaba el examen.

El conductor del coche sentía que un puntillo de remordimiento resquebrajaba la satisfacción obtenida del dinero ganado, del pasatiempo en que se resolvía su jornada de trabajo: era como si se hubiera hecho cómplice de una especie de rapto de las sabinas, urdido, de manera misteriosa, por un hombre del norte, un alemán por encima de todo, y los párrocos sicilianos. No le caían bien los alemanes, a causa de la larga hambre pasada en un campo de concentración. Y aquel poquitín de alemán que, atenazado por el

hambre, había aprendido, le servía para traducir el nombre de su cliente mediante la palabra «soplador». Y por secreta venganza, lo veía desnudo, suspendido en el aire, con los carrillos hinchados y el viento que le salía de la boca como un haz de rayos: tal como aparecen algunos ángeles de estuco en los coros de las iglesias. Porque el señor Blaser consideraba al chófer como un trozo del propio coche y las tentativas de entablar una conversación durante el viaje, o las intervenciones durante el examen a favor de alguna de las muchachas, tenían tanta importancia como una pequeña avería del coche: un incidente, un incordio. Y esto le roía los hígados al chófer: experimentaba una mortificación rayana con el odio cuando la mirada del «soplador» se detenía sobre él, ante la más mínima actitud de confianza, como si lo hiciera sobre un objeto. Un objeto que tenía la sorprendente y molesta propiedad de hablar. Y estaba mortificado por la contradictoria índole de los sentimientos en que iba a dar: no le sabía bien que el suizo se llevara a otro país a las muchachas, pero intervendría recomendando a alguna si la veía a punto de ser desechada. Sentimientos tan complejos en un hombre al que daba justa paga por su trabajo no llegaban siquiera a insinuarse como posibles en la mente del señor Blaser. Por otra parte, si los hubiera llegado a imaginar, habría experimentado un disgusto.

Así transcurrió una semana. Una decena de pueblos y un centenar de jóvenes reclutadas. Todo tranquilo, todo perfecto. Llegó, en fin, el día que el señor Blaser había destinado a V., pueblo aislado dentro de una vasta comarca árida, tierra de feudos ya atacados de muerte por el pago de pecherías y por una mafia rozagante.

Durante el viaje, el chófer contó al señor Blaser, cargadas con los más espeluznantes detalles, las hablillas de la región. Pero el suizo no dio muestras de curiosidad o estupefacción.

Cuando llegaron al centro del pueblo, donde sobre la escalinata de la iglesia prioral ya aguardaba el arcipreste, y en tanto que el suizo y el cura se saludaban, en el momento en que el chófer

cerraba el coche, un joven se acercó. Saludó, el chófer le devolvió el saludo; por un instante permanecieron mirándose, el joven lleno de visible timidez y empacho, el chófer presa, de pronto, de una oscura preocupación. Porque, a decir verdad, las hablillas recordadas al señor Blaser habían tenido como efecto el de despertar sus propias aprensiones.

Por todo eso, con tono brusco, preguntó:

—¿Qué hay?

Gracias a la arrogancia del tono esperaba poder velar su preocupación.

—Lo que hay —respondió el joven— es que usted tendrá que hacerme un favor.

«Aquí está», pensó el chófer; aunque en realidad no sabía qué era lo que estaba allí.

—Si puedo —replicó con dureza, para mostrar su decisión de no hacer ese favor o, al menos, de no hacerlo por miedo sino por gentileza.

—Pues sí —dijo el joven—, se trata de una muchacha; una muchacha que quiere ir a trabajar a Suiza… No quiero que vaya, eso es… Está allí, con el arcipreste… No deben contratarla, eso es… Yo no quiero… Vamos a casarnos, ya me comprende usted…

—Yo no comprendo nada, amigo mío. Y en esto no me meto por nada del mundo. Yo, lo que hago es llevar a ese tío de un lado a otro. Mi trabajo consiste en hacer de chófer: me paga y lo llevo a recorrer los pueblos. No sé nada y nada quiero saber de lo que hace él. Cada uno hace su trabajo: yo el mío y él el suyo. ¿Comprendes? —lo trataba de tú ahora, porque el joven le inspiraba pena: parecía un niño a punto de estallar en lágrimas.

—Tiene que ayudarme —imploró el joven.

«Da pena —pensó el chófer—, además, en un pueblo como éste, son capaces de todo.» Suspiró atormentado por el fastidio, por la angustia.

—Vale, de acuerdo. Lo intentaré. Pero no cuentes con que mi palabra va a servir de algo: ese tío es suizo, un suizo alemán.

¿Sabes cómo son de precisos en Suiza? Fabrican relojes y marchan como los relojes… Y los alemanes, mira, mejor no hablar del asunto, tienen la cabeza dura como una piedra de amolar, ¿y qué jugo le puedes sacar a una piedra de ésas? —y así lo dejó para encaminarse hacia la iglesia.

Pero cuando estaba a punto de franquear el umbral, se volvió hacia el joven, que permanecía al pie de la escalinata; lo miró con aire de reproche y de compasión a la vez.

—¿Y cómo diablos se llama? —preguntó.

—Rosalía —dijo el joven—, Rosalía Caladura.

En la sacristía, el señor Blaser ya había sacado a la luz sus cosas: las disponía sobre la larga mesa como si se tratara de instrumentos quirúrgicos; con atención, con delicadeza. De verdad, en la sacristía violentamente dividida por unos rayos de sol que se filtraban a través de las altas ventanas enrejadas, bajo la mirada de equívoca castidad y sadismo de los obispos y arciprestes a quienes la luz hacía resaltar en los lienzos deslucidos, entre los enormes armarios de oscura madera de nogal, con aquel extraño olor a cera e incienso, a vainilla y a moho, parecía que se estuviera preparando una sombría operación quirúrgica o alguna tétrica tortura. Las muchachas miraban las manos del señor Blaser con ojos fascinados; el arcipreste, también.

Desde la puerta, el chófer rompió aquella atmósfera de densa ansiedad con un grito: —Señor Blaser, ¿me permite una palabra?

Y el señor Blaser se volvió, sorprendido, casi indignado, con sus ojos más helados que de costumbre. Con el índice de la mano derecha, el chófer le hizo una señal para que se acercara. El suizo hinchó los carrillos, bufando de fastidio («el soplador», pensó el chófer), y se movió con provocativa lentitud.

—¿Usted me ha comprendido qué pueblo es éste? —le susurró en el oído el conductor.

—Lo he comprendido —dijo el señor Blaser.

—Mafia: es un pueblo de la mafia —dijo el conductor.

—Lo he comprendido.

—¿Usted sabe qué es la mafia?

—Me importa un rábano —replicó el señor Blaser, silabeando con dificultad.

—Pues a mí no —dijo el conductor—, y si quiere usted un consejo de hermano, es mejor que se lo piense mil veces antes de decir «me importa un rábano». Entre importarle a uno un rábano y no importarle existe la misma diferencia que entre morir y seguir viviendo.

—No comprendo —dijo el señor Blaser que, en ese mismo momento, comenzaba a comprender algo.

—Acepte un buen consejo, pues —le rogó el chófer.

—Venga —dijo el señor Blaser, y quería decir: «Adelante con ese consejo, de prisa.»

—Entre éstas hay una muchacha que usted no debe contratar. Se llama Rosalía Caladura.

—¿No debo contratarla?

—Sí, despedirla, despedirla en seguida… No es buena.

—¿No tiene la edad? —preguntó el señor Blaser—, ¿o tal vez…? —se tocó la frente, para significar deficiencia mental.

—No —dijo el conductor, impaciente—, respecto a eso está bien. Pero usted no debe contratarla, eso es todo, basta.

—¿Basta?

—Basta —el conductor mostró el puño, abrió el índice en ángulo recto con el pulgar y por tres veces hizo caer el pulgar sobre el índice, como si fuera el gatillo de un fusil—, pam, pam, pam; a nosotros, a mí y a usted… Nos liquidarán.

—¿Quién?

—El novio, que es el que no quiere que la muchacha se marche de aquí.

—¡Ah! —exclamó el señor Blaser y le dio la espalda.

«La contrata —pensó el conductor—, como que Dios existe que la contrata, porque no tiene sesos, porque es un prepotente. Y para demostrarme su desprecio. Pero si yo estuviera en el lugar de ese pobrecillo que está esperando ahí fuera, le daría una lección. Y, en

cambio, aquél la tomará conmigo: no habrá quien le haga entender que este tío no atiende a razones, pensará que no he querido hablar por él.»

El examen había comenzado. El conductor prestó atención para determinar cuál de esas muchachas era Rosalía Caladura. Eran catorce. Escogió las más bonitas: tres. Pero casi en seguida una de las tres fue llamada por otro nombre.

Quedaban dos: pero ninguna de ellas era Rosalía.

Rosalía no era bonita; mirándola bien, atentamente, hasta podía parecer graciosa. Pero bonita no, por cierto. Era pequeña, morena. Y en el examen se mostró como una de las más listas.

Tan pronto como hubo dicho «basta» al examen de Rosalía, el señor Blaser echó una mirada a su chófer. Quien le hizo un gesto negativo con la cabeza. El señor Blaser permaneció en silencio durante unos instantes. Después se volvió hacia el arcipreste.

—No quiero cabreos —dijo.

—¿Cómo? —se azoró el arcipreste.

—Cabreos, líos, riñas —explicitó el señor Blaser, con pésima pronunciación, pero demostrando una insospechada riqueza de vocabulario.

Sobre su cuello, que parecía un cordel deshilado, la cabeza del arcipreste giró como sobre una pértiga: los ojos desencajados, la boca abierta como si soplara en el aire, tal como en un comic, una nubecilla de exclamativo estupor.

—¿Esta niña tiene novio? —preguntó el señor Blaser.

—No —respondió el arcipreste, que en ese instante mismo comenzaba a comprender.

—No —dijo la madre de Rosalía.

—Pues yo digo que sí —replicó el señor Blaser.

—No es novio —dijo la madre de Rosalía—, no es más que uno que la quiere: un desocupado, un inútil. Pero a mi hija, las órdenes se las doy yo.

—No es verdad que sea un inútil —intervino Rosalía—, la verdad es que no encuentra trabajo.

—Quiere arruinarte —dijo la madre.

—No quiere arruinarme; me quiere… Pero yo iré a Suiza por eso, precisamente: para ganar dinero, para tener una dote, para poder casarme.

—Tú piensas en tener una dote —interrumpió la madre— y te olvidas de la miseria que hay en nuestra casa y de las esperanzas que hemos puesto en esos cuatro céntimos que tú nos podrás mandar desde Suiza.

—Algún dinero os mandaré. Pero si voy a Suiza es para tener una dote.

—Basta —dijo el señor Blaser—, la contrato.

El chófer salió de la sacristía, atravesó la iglesia. El joven estaba junto al coche.

—Ya te lo había dicho —dijo el chófer.

—¿La ha contratado?

—Como si yo no le hubiera dicho nada… Un cabezón, hijo mío… Y por si fuera poco, ha hecho ver que tú querías meterte para estorbar el asunto. La madre se ha enfadado, ha dicho que eres un inútil y que lo que quieres es arruinarle la hija. Pero la chica te ha defendido.

—Me quiere —dijo el muchacho.

—Ah, sí, te quiere y se marcha a Suiza —comentó el conductor, con tono irónico.

—El que ha comido no cree a quien está en ayunas —replicó el joven, resentido.

—No estoy tan satisfecho como para no creer al que está en ayunas —dijo el conductor—. Sólo he querido decir que tú podías convencerla para que no pidiera ir a Suiza, para que no se presentara al examen. Y si no ha querido escucharte, será porque la niña tiene sus motivos: o te quiere un poquitín menos de lo que tú te figuras o no puede soportar más la miseria…

—No puede soportar más —dijo el joven.

—Pues, entonces, si de verdad la quieres, déjala que vaya… Ella volverá, es una muchacha de carácter, volverá… Y entonces os

casaréis.

—Si yo tuviera un trabajo… —dijo el joven.

—Lo tendrás. Con toda la gente que se va de aquí no les faltará trabajo a los que se queden.

—Pero si cuanta más gente se va, más pobre se va quedando el pueblo.

—No puede ser —dijo el conductor que aplicaba a la economía los principios de una sencilla aritmética.

—No es lo mismo que muchos estén sentados sobre un banco, apretujados, apretujados, como sardinas, que el que uno se levante para que los demás respiren y se ponen a sus anchas… Aquí nadie está sentado. Y si alguien se va, los otros ni siquiera se dan cuenta. O, a lo sumo, se dan cuenta de que el pueblo se está quedando vacío.

—Eso no está nada claro —dijo el chófer.

—No, no está nada claro —aceptó el joven.

—¿Pero por qué no te vas a Suiza también tú? A Suiza, a Alemania…

—Ya he estado en Alemania, durante tres meses… Pero yo digo: el hombre no es un perro… Puede estar expatriado, en un pueblo que no es el suyo y debe sufrir porque le falta todo esto —señaló la iglesia, la plaza, el cielo que se fundía en el oro del crepúsculo—, pero el derecho no tiene que poder quitárselo nadie, nadie.

—¿El derecho? ¿Qué pasó? ¿No te pagaban?

—Me pagaban; llegaba la nómina cada viernes por la tarde, hasta el último céntimo; la cuenta exacta, honesta. Pero yo quiero decir el derecho de estar como ahora estamos aquí: que apenas si nos hemos conocido, pero usted es una persona y yo soy una persona y somos iguales, y hablamos… Con aquéllos, en cambio, es distinto: no te ven, eso es, no te ven… Y te sientes como una mosca cogida en una telaraña, balanceándote sobre esas jarras de cerveza… ¡La cerveza!

—Pues sí —comentó el conductor, y los recuerdos que de pronto le asaltaron le habían llenado de hielo los huesos.

—De manera que la idea de que ella tenga que pasar por lo que he pasado yo me vuelve loco, aunque ahora se vaya a Suiza, no a otro lado…

—Ella es mujer —dijo el conductor—, las mujeres se adaptan: cambian de costumbres y de sentimientos… Una mujer, tú la dejas limpiando establos y al mes siguiente la encuentras convertida en una señora.

—Eso es verdad —asintió el joven.

—Y, mira, ¿sabes qué creo yo?, que todo es destino. Suiza o no, si tu destino es que has de casarte con ella, con ella te casarás. Y si tu destino es que has de perderla, la perderás.

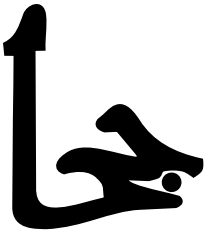
El señor Blaser salió de la iglesia. Detrás de él, en enjambre, salieron las muchachas.

—Me voy —dijo el joven—, y gracias de todos modos.

—A ti; que haya suerte —dijo el conductor.

El señor Blaser se acercó al coche.

—País salvaje —dijo.



Giufà vive en Sicilia desde los tiempos de los árabes. Según se escribía por aquel entonces, su nombre era un pequeño pájaro de cola erguida, con una cresta y un grano de uva en el pico: جحا

Han pasado mil años y todavía Giufà va meneándose por las calles, sin edad, como todos los badulaques, preparado para armar alguna, más gorda que la anterior. Y la gente se enfada con él o se ríe hasta la compasión; o, durante los ratos de ocio, sobre los escalones de la iglesia, como antes sobre los de la mezquita, forma corro en torno a él para sugerirle boberías, para hacerle creer cosas de otro mundo. La madre, pobre viuda de un hombre que era apenas un poco menos estúpido que el hijo, pero que al menos trabajaba como un burro, de tanto en tanto sale de la casa para ir en busca de Giufà: y se lo lleva consigo de la mano, arrastrándole con las pocas fuerzas que le quedan.

Porque Giufà no se aviene a eso de quedarse en casa, pero cuando sabe que él está fuera, la madre, de miedo, siente dentro de su cabeza una cigarra que chilla «Giufà, Giufà, Giufà»,جحا جحا جحا ¡Las cosas que ha tenido que ver aquella pobre vieja a lo largo de sus mil años de vida! Cosas que harían morir del quebranto a

cualquier otra madre, sustos como para jugar a todos los números de la lotería, catástrofes sobre las que se podría llorar durante un siglo entero. Y siempre esbirros en la casa: toda clase de esbirros. Los del caíd, aquellos del virrey, compañeros de armas del rey Fernando y carabineros del rey Vittorio. Como aquella vez, cuando Giufà mató a un cardenal: y lo hizo a ojos vista, por exceso de estupidez o por exceso de malicia, porque ya se sabe que la estupidez concuerda siempre con la malicia y, estúpido como es, Giufà sabe ser maliciosísimo. O como aquella otra vez, cuando por matar una mosca que había ido a posarse sobre la cara de un juez, uno de esos peces gordos, le dio tal bofetada que el juez describió tres giros sobre sí mismo y cayó medio amortecido; y cuando, al volver en sí, quiso hacer apalear a Giufà, como siempre, Giufà se las apañó para evitarlo.

Mucho es lo que se puede contar de Giufà. Sin embargo, la más bonita es la historia del cardenal, porque ciertamente estaba a punto de ir a dar, junto con su madre que no tenía, pobrecilla, ninguna culpa, en la horca. Y por cierto que tampoco Giufà, zopenco como era, tenía culpa alguna. Porque los gandules que se divertían con meterle en la cabeza cosas estrafalarias, y también peligrosas, le habían aconsejado que saliera de caza con aquel viejo arcabuz que era recuerdo de un abuelo suyo o de algún descendiente, no se sabe bien, porque la cuenta de los años y de los siglos, la del antes y del después, no sale clara cuando se trata de Giufà. El viejo arcabuz, pues, que estaba colgado en la pared, a la cabecera de su cama, con el cuerno de la pólvora y el de las municiones, el pedernal y las pelotillas de estopa. Giufà halló buena la idea y pidió que le informaran acerca de la manera de cargar el arma y salir de caza, sobre los animales que podría matar y acerca de cuáles eran los más exquisitos. Se lo explicaron todo: a su propio modo, los gandules, y al modo de Giufà. Y le aseguraron que los mejores para comer eran aquellos que tenían la cabeza encarnada, o sea los pajarillos que los campesinos llaman «testarossa»[11] y que, en realidad, son pequeños y magros, no más que un puñado de

huesecillos, pájaros que jamás mata un cazador. Dicho y hecho: Giufà aprovechó que su madre había ido a misa, a la primera misa, la del alba. Descolgó el arcabuz, lo cargó con toda la pólvora, toda la estopa y todas las municiones que tenía y se marchó, para apostarse en un prado muy cercano al pueblo.

Era una campiña hermosa, con setos verdes, flores por todas partes, fuentes que espejeaban los tallos y frondas de las palmas, un jubileo de brisas que rozaban todas las cimas. Giufà veía grandes y blanquísimos pájaros, de largo cuello, que se balanceaban sobre el agua; otros de plumas de colores abigarrados y brillantes, que caminaban lentos sobre la grava de los senderos, abriendo sus colas en forma de rueda y cubiertas de dibujos que parecían ojos. Pero Giufà esperaba a aquellos de la cabeza encarnada: y no sabía si se trataba de pájaros, o animales como las liebres o los asnos o —bien podía ser— como los hombres. La cabeza encarnada, cualquier cosa viviente que tuviera la cabeza encarnada. Y esperaba, con los brazos que se le caían, a causa del mucho peso del arma que llevaba consigo.

He aquí que, por encima de un seto verde, se movía con lentitud algo encarnado, un hermoso rojo relumbrante, algo así como un pelaje que parecía de seda. Tenía la forma de una diminuta cúpula de mezquita. Si se movía no podía ser otra cosa que una cabeza; el animal tenía que ser, por fuerza, tan gordo que bastaría para alimentar a toda una brigada. Pero Giufà no era tan necio como para dar su propia comida a otros y planeó comerse de inmediato las tripas, como sabía guisarlas su madre, con hierbas y especias; de hacer caldillo con la cabeza; de curar los cuartos en sal. Pegó fuego a la cazoleta y de inmediato apuntó, con la mira en la cupulilla encarnada. Fue tal el estruendo que bien pudo hacer que empalideciera el cañón de Castellammare y por el retroceso Giufà se vio de pronto sentado en medio de un arroyuelo. Se puso en pie y corrió hacia el lugar en que la cupulilla encarnada había desaparecido por detrás del seto. Halló un corpachón todo rojo que parecía ser el de un hombre (dos manos gordas y blancas, dos pies

con zapatos negros de hebillas de plata), pero no se podía saber si lo era, después de que hubiera recibido el disparo. Había comida para un mes allí. Lo cargó sobre los hombros y corrió a la casa, donde lo dejó caer sobre la mesa de la cocina. Su madre no había regresado aún de misa. Una gran sorpresa, pensó Giufà: mi madre se pondrá contenta, ya no podrá decir que soy un inútil, no podrá decirlo ahora que le he traído este don del Señor.

Y tan grande fue la sorpresa, que su madre estuvo a punto de perder su sano juicio. Iba por la casa arrancándose los cabellos, dándose con la cabeza contra las paredes, llorando. Has matado al cardenal, has matado al cardenal. Giufà ignoraba qué podía ser un cardenal y se le habían puesto los ojos redondos del estupor que le causaban aquellas angustias, porque había esperado, al menos, una celebración con tripudios. Y no sabía qué hacer. Después, de improviso, ya que los momentos de ira también le atacaban a él, se cargó el cardenal sobre los hombros y fue a arrojarlo al pozo del patio.

La madre aún se agitaba y gemía. Giufà, no sabemos si por ira o por cálculo, si por estupidez o por malicia, iracundo siempre, cogió el carnero que criaba su madre, y que en esos momentos pacía entre las hierbas del patio, lo alzó muy alto y lo arrojó dentro del pozo. Más alto se elevaron los chillidos de su madre, que corrió hacia el pozo: allí estaba el carnero, lindamente ahogado. Giufà, para no oír lamentos, se marchó de la casa.

Acerca de la desaparición del cardenal, muchos eran los rumores que corrían por aquella ciudad y por toda Sicilia. Los esbirros le buscaban por todas partes, con sus lanzas revolvían en los pajares, en los graneros, en los montones de piedras y de estiércol. Y hasta en los colchones de la gente pobre, cuando no era tan pobre y tenía colchones. Y establecieron que se daría una recompensa, cien onzas, un buen montoncillo de plata, a quien aportara alguna noticia que sirviera para encontrar, vivo o muerto, al cardenal; y diez veces más, mil onzas, a quien denunciara al

culpable de aquella desaparición. De modo que los soplones y los avaros andaban calle arriba y calle abajo por el pueblo, como las lanzaderas de un telar; y sus orejas, con el esfuerzo de recoger hasta los más mínimos susurros en los corrillos y detrás de las puertas de las casas, parecían haberse vuelto tan grandes como las bocas de los trombones.

Así fue como el capitán de justicia, jefe de los esbirros, supo que el pozo que había en el patio de la casa de Giufà echaba un hedor de putrefacción. Con gran despliegue y aparato de fuerzas se llegó al lugar. Pero no porque sospechara algo del pobre Giufà.

Uno a uno, el capitán el primero, todos los esbirros se asomaron a la boca del pozo y, enfermos de náusea, se apartaron de allí. Por mucho que quisieran al cardenal, ninguno se sentía con las fuerzas necesarias para bajar allí y sacar aquel cuerpo que, sin ninguna duda, se estaba descomponiendo en el agua. Se acercaban, echaban un vistazo a aquel fondo de agua que espejeaba sus caras, sus yelmos relucientes, y de inmediato se apartaban para volver a respirar el buen aire de la mañana. Por todo esto, y al ver que Giufà estaba muy tranquilo junto al pozo, como si no oliera nada, apenas absorto en el espectáculo de toda aquella gente relumbrante de corazas y alabardas que se movía en el patio, al capitán se le ocurrió la idea de que Giufà fuera quien bajase al pozo. Le prometió una onza. Por una onza Giufà se hubiera tirado al pozo de cabeza.

No se sabe (no lo dicen quienes refieren esta historia) si Giufà recordaba o no lo que había hecho. Pocos días habían transcurrido desde aquel en que había arrojado al pozo al cardenal y al carnero. Pero ya se sabe que los badulaques no tienen memoria o la tienen confusa y recuerdan nebulosamente las cosas reales, como si las hubieran soñado. Fuera como fuese, estaba exultante de alegría mientras le ataban cuerdas a la cintura y por debajo de los brazos y mientras lo bajaban.

Cuando tocó fondo, el agua le llegaba a la altura del pecho. Se arrodilló y casi le llegaba a la boca. Comenzó a mover las manos bajo el agua, palpando. De pronto gritó:

—¡Lo he encontrado!

—¿A Su Eminencia? —preguntó el capitán, que se apretaba la nariz con dos dedos.

—¿Qué Su Eminencia? —preguntó Giufà.

—Quiero decir, el cardenal —explicó el capitán.

—Yo nunca he visto un cardenal —replicó Giufà—, y mucho menos lo he tocado y aquí estoy tocando una cosa que lo mismo puede ser el cardenal que un perro.

—¡Descarado! —gritó el capitán—. Con unos cuantos azotes te enseñaré yo cuál es la diferencia entre un perro y un cardenal.

—Si se habla de azotes —dijo Giufà— no me moveré de aquí. Y ya bajaréis vos para saber si se trata de un cardenal o de un perro.

—Bromeaba —concedió el capitán.

—Así está mejor —dijo Giufà.

Entretanto, había continuado palpando bajo el agua y miraba hacia lo alto con cara perpleja, como la de un ciego.

—Date prisa —ordenó el capitán.

—Pues sí: estoy tocando algo peludo, algo que tiene lana por encima. ¿Tenía lana en el cuerpo el cardenal?

—No lo sé —dijo el capitán.

—No lo sabéis… ¿Y cuántos pies tenía ese cardenal? ¿Eso lo sabéis?

El capitán parecía haber sido asaltado por un enjambre de avispas; comenzó a agitarse, a agitar las manos en el aire.

—¿Cuántos pies tenía Su Eminencia? ¿Tienes la desvergüenza de preguntar cuántos pies tenía nuestro amadísimo cardenal arzobispo? Alzadlo —ordenó a los esbirros— que le haré dar tantos azotes que tendrá que caminar a cuatro patas por el resto de su vida.

Los esbirros no lo alzaron, porque después uno de ellos recibiría la orden de bajar para sustituir a Giufà. Además, también el capitán, que trémolo de ira ya no se apretaba la nariz con los dedos, se había decidido a cambiar de tono a causa de la fetidez que lo acosaba.

—Venga —dijo—, no bromees.

—¿Quién bromea? —dijo Giufà—. Yo no sé cómo es un cardenal y quiero saber si éste que estamos buscando tenía dos pies o cuatro.

—Cuatro —respondió el capitán, confundido de ira.

—Dos, señor capitán —dijeron los esbirros a coro.

—¡Pero si yo no he dicho cuatro! —gritó el capitán, emprendiéndola contra sus esbirros—. ¿O es que vosotros también queréis hacerme echar humo por las narices? He dicho dos y el hijo de mala bruja que se atreva a dudarlo tendrá que vérselas conmigo… tendrá que vérselas conmigo.

—Por cierto que habíais dicho cuatro —intervino Giufà, sonriente y alzando hacia el capitán un dedo que indicaba una condescendiente advertencia. Y después, serio, agregó—: En una palabra: ¿dos o cuatro?

—Dos —respondió el capitán, bufando de cólera.

—Pues éste de aquí tiene cuatro: o sea que no es el cardenal —concluyó Giufà.

—Dos o cuatro —dijo el capitán—, tú amárralo con las cuerdas que te vamos a echar.

—¿Y para qué hacer un trabajo inútil? —preguntó Giufà—. ¿Para qué sacarlo de aquí, si no es el cardenal?

—Haz lo que te he ordenado —respondió el capitán—, o tendrás muchos motivos para arrepentirte.

Giufà continuó palpando por debajo del agua, como si nada hubiera oído.

—¡Un momento! —gritó, triunfante—. ¿El cardenal tenía cuernos?

—¿Cuernos Su Eminencia? ¿Has dicho cuernos? —aulló el capitán. Y se echó a correr alrededor del pozo vociferando—: ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio! —y hacía rechinar sus dientes y se daba golpes desesperados en la coraza.

—¿No puede ser? —preguntó Giufà, con tono plácido.

—¡Te haré asar como si fueras un puerco lechal! —vociferó el capitán asomándose al pozo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —prosiguió Giufà—. Vos me diréis cómo es un cardenal y yo ya no volveré a preguntaros ninguna otra cosa.

—¿Preguntas cómo es un cardenal? —gritó el capitán—. Es como yo o como tú mismo, imbécil.

—¿No tiene nada distinto, alguna cosa especial? —insistió Giufà.

—Nada —respondió el capitán.

—¿Por qué le buscáis con tantos esbirros, entonces?

—Porque es un hombre importante, porque es similar a un príncipe.

—¿Y es rico?

—Riquísimo.

—¿Qué lleva en la cabeza?

—Un gorro de terciopelo, un gorro encarnado.

—Y no tiene cuernos… Estáis bien seguro de que no los tiene, ¿verdad?

—Segurísimo —dijo el capitán, bramando de ira.

—Un momento… Vaya, así, sólo para conversar un poco… —dijo Giufà, que encenagado en el pozo estaba tan fresco como bajo una pérgola—. Vos me habéis asegurado que no tenía cuernos y yo os creo… Pero vos lo habéis conocido en vida. ¿Cómo podéis saber que no le han crecido después de muerto?… Yo sé que a quien de vivo tiene pecados mortales, de muerto le crecen los cuernos. ¿El cardenal había cometido pecados mortales?

La furia del capitán explotó una vez más: imprecaciones, amenazas. Y cuando se hubo calmado, desde el fondo del pozo llegó, dulce y paciente, la voz de Giufà, que preguntaba:

—¿Ni aún un pecadillo así de pequeñín? —y mostraba un trozo de una uña.

—Ni aún así —afirmó el capitán.

—¿Cuál era su arte? —preguntó Giufà.

—¿Arte? —estalló el capitán—. ¿Qué arte, idiota? Era cardenal. Eso era: cardenal. Daba órdenes a los sacerdotes, a todos los sacerdotes de Sicilia.

—¿También al padre Vincenzo? —preguntó Giufà. El padre Vincenzo era el cura de su parroquia.

—También al padre Vincenzo —respondió, paciente, el capitán.

—De acuerdo —dijo Giufà—, ese cardenal vuestro, según me parece a mí, ha de tener cuernos. Yo os lo ato para que lo alcéis…, ya lo veréis vos mismo.

Por debajo del agua ató el cuerpo, el que había estado palpando, con las cuerdas que le echaron. Gritó que lo alzaran. Y subió, putrefacto, el carnero. Giufà iba junto con él. El capitán y los esbirros miraban alelados, sin decir palabra.

—¿Es el cardenal o no? —preguntó Giufà, lleno de alegría.

El capitán le acertó un puntapié. Y fue ése todo el castigo que recibió Giufà, porque a nadie se le volvió a ocurrir la idea de seguir buscando en el pozo.

LA REMOCIÓN

Como cada noche, volvió a casa a las ocho en punto; después de su habitual partida de «pierde-gana» en la que, por haber ganado, había perdido doscientas liras.

En una de las dos parejas del juego, le había tocado como compañero Nicola Spitale: un campeón en todos los otros juegos, y en especial un campeón de tute. Pero en el «pierde-gana» ya podían echarle una manta y apagar las luces, porque con ese juego, decía, él, le entraba un sueño invencible. Los ojos se le debilitaban, deslizaban sobre las cartas una mirada vacía y lejana.

«Algunos juegos no me gustan, me aburren, y si me invitan a jugar, digo que no. Aquél, en cambio, se cae de sueño en el “pierde-gana” y juega como un animal; pero jamás ni una sola vez se ha negado a jugar la partida.» Así, con toda la bilis acumulada durante las dos horas de la partida, pensaba Michele Tricò de su amigo Nicola. Y tan absorto iba en rumiar lo ocurrido en el juego, que no advirtió de inmediato la oscuridad y el silencio que invadían la casa. Fue encendiendo todas las luces y sólo cuando lo hizo con la última, en la cocina, se dio cuenta que su mujer no estaba.

Llamó:

—¡Filomena!

Desde el dormitorio le llegó un ruido leve, un crujido. Entró: nuevamente el crujido, que surgía desde debajo de la cama. «¿Se habrá escondido bajo la cama?», se preguntó. Alzó una esquina de la colcha; era el gato, maullando como un huérfano, como un muerto de hambre.

«¿Adónde habrá ido?… A estas horas, mira… Quizá la hayan llamado de casa de su madre.» Vio a la suegra tendida en su lecho de muerte. Era tiempo ya. Una vieja de hierro, ochenta y cinco, hecha una uva pasa. Y maligna, de lengua viperina, llena de veleidades y caprichos.

«Iré allá», decidió. Se volvió para apagar todas las luces, descendió por la escalera, cerró la puerta con doble vuelta de llave. «Por cierto que habrá que pasarse la noche en vela y eso es lo que necesitaba, con el resfriado que he cogido.» Se encaminó hacia la casa de la suegra, al otro lado del pueblo.

Pero la vieja se encontraba bien, vivaz como un pajarillo, con los ojos diminutos y relucientes, el pico a la expectativa. Apareció en el balcón, y sin darle tiempo para subir la escalera le preguntó qué quería.

—¿Está Filomena aquí?

—No está —y a modo de despedida, recomendó—: Tira con fuerza la puerta, que no cierra bien.

—En casa no está, ¿dónde puedo encontrarla? —insistió Michele.

—Estará en la iglesia —dijo la vieja antes de retirarse y apagar la luz.

Michele tiró de la puerta con tanta fuerza que el golpe pareció un cañonazo. «En la iglesia. ¿Qué hace a estas horas en la iglesia? ¿Qué oficios puede haber a las nueve de la noche?»

La iglesia de Santa Filomena, a dos pasos de su casa: y había atravesado el pueblo para ir a ver a la suegra. Sin hablar de la ira que le subía a la cabeza cada vez que veía a aquella vieja. «Ya me va a oír: se le irán las ganas de ir a la iglesia mientras viva.»

Delante de la iglesia había gente reunida. «Quizá haya alguna fiesta. O han inventado algún oficio nuevo, una misa nocturna. Si ya no saben qué inventar.» Al acercarse advirtió que había muchos carabineros. «Será una fiesta gorda, tal vez haya venido el obispo.»

—Tricò —oyó que le llamaban. Era el brigadier.

—¿Mande? —dijo Tricò, resentido, preparado para emprenderla con el brigadier y con cualquier otro.

—¿Usted también quiere hacer la revolución para santa Filomena? —preguntó con ironía amenazadora el brigadier.

—¿Qué revolución es ésa? ¿Qué santa Filomena?

—¿Cómo? ¿Usted no lo sabe? —dijo el brigadier, irónico, amenazante, incrédulo.

—No sé nada de nada —dijo Tricò, con tan convincente aire de inocencia que el brigadier le creyó.

—Las mujeres: están dentro de la iglesia —explicó el oficial— y no quieren salir. Se temen que vayan a quitar del altar la imagen de santa Filomena. No se moverán, han dicho, si antes el arcipreste no jura que la imagen ha de quedar en donde está.

«Oh, ya he comprendido. La historia de santa Filomena. Hace tiempo que se habla del asunto. ¿Pero quién convence a los curas? Una iglesia dedicada a santa Filomena, un pueblo lleno de Filomenas, una fiesta en honor de santa Filomena que dura una semana entera, con feria, procesión con antorchas, otras procesiones, carreras de caballos, las casas que retiemblan con los petardos, los dulces bañados de miel. Y de repente aparece un decreto que dice que santa Filomena no ha existido jamás.»

—Yo he venido a buscar a mi mujer —dijo al oficial.

—Pues entre, a ver si lo logra… Bueno sería que todos los maridos vinieran a buscar a sus mujeres… Este es un embrollo bien gordo, amigo Tricò… —el brigadier le dedicó una sonrisa de aliado, de amistad. Había creído que los comunistas, de alguna manera, estarían relacionados con la protesta de las mujeres. Justamente aquella misma mañana había hecho quitar un letrero que alguien, de noche, había puesto al pie del monumento a Garibaldi. Estaba

escrito en letras de misal, rojas y negras, y ponía: «Martyrologium Romanum: Apud Settempedanos, in Piceno, sanctae Philomenae Virginis»[12]; cada letra medía un palmo de altura. Lo bueno había sido que él había visto el letrero, pero le había parecido cosa de la iglesia, algún aviso para las Cuarenta Horas de oración o una cruzada contra la blasfemia, y que el lugar poco acostumbrado, precisamente a los pies de Garibaldi, lo había tomado como un gesto del desaire del arcipreste. Pero fue el mismo arcipreste quien le telefoneó, sobre las once, diciéndole que era un necio y que comenzaba a torturarle una duda acerca de la adhesión del Arma a la Iglesia. El brigadier le hizo observar que el Arma, de mayor para abajo, no sabía latín y que él, personalmente, no tenía ninguna noticia acerca de santa Filomena. De todas maneras, el letrero había sido quitado de allá y su paternidad atribuida, en absoluta concordancia entre el arcipreste y el brigadier, a los comunistas. Pero ahora, al comprobar que Tricò, secretario de la «Federterra», estaba de verdad a oscuras con respecto al asunto, el brigadier había recuperado su aliento.

Michele entró en la iglesia: un modo de decir, ya que, en cuanto hubo franqueado la puerta, se halló aplastado contra el muro como si fuera un lenguado. «Por Cristo, ¿tantas mujeres hay en el pueblo?» ¿Cómo encontrar a la suya entre aquel alboroto de mujeres y de niños? Entre otras cosas, la iglesia se hallaba casi a oscuras: unas pocas velas encendidas delante de los altares y las lamparillas de aceite delante de las estaciones del vía crucis. Buena idea del arcipreste o del brigadier, ésa de apagar las luces: el pobre hombre que viniera a buscar a su mujer tendría que hacerse con una linterna. Como si la oscuridad fuera poco, estaba el llanto de los lactantes y un acre tufo de sudor, de pañales mojados, de alholva. «Me voy…, comeré algo en la bodega y después a casa, a la cama… Cuando el sueño y el hambre la escuezan, ya volverá a casa. Y me va a oír.» Pero le asaltó la honrilla: que también su mujer, precisamente su mujer, se hubiera metido en el movimiento

sedicioso en favor de santa Filomena. Se arrojó hacia delante gritando:

—¡Dejadme paso, por Cristo! —expresión que sonó tan escandalosa como para permitirle, por el horror que había suscitado, un espacio para avanzar. Entre las caras que a su alrededor se abrían como las líquidas paredes de un torbellino, distinguió una: su sobrina Filomena. Tenía al niño en brazos.

—¿Dónde está Filomena? —le preguntó.

—Más adelante, junto al coro.

«Ha ido a colocarse en primera fila —pensó—, como en el teatro.» Y ordenó a la sobrina:

—Saca al niño afuera, ¿no ves que se sofocará?

Un murmullo de desaprobación acogió sus palabras. La sobrina no dio un solo paso.

Con grandes fatigas avanzó hacia el coro. Al llegar a la barandilla se apoyó contra ella, extenuado. Desde lo alto, santa Filomena le miraba: una mirada de aquellas que a menudo tienen las estatuas, de modo que, te metas donde te metas, no te abandona. Pero era una mirada benigna, dulce, no como la del Padre Eterno de Monreale, que te reduce a cenizas. «Ya no existe santa Filomena… No ha existido jamás.» Con esta idea aquietó el sentimiento infantil de devoción, de temor que sentía crecer dentro de sí. Dio la espalda al altar y comenzó a recorrer los rostros de las primeras filas. No veía a su mujer y en sus pupilas las caras comenzaban a danzar al ritmo del mísero e incierto ondear de las velas: había una corriente de aire, quizá una estrategia del arcipreste, que hacía que las llamas parecieran a punto de extinguirse de un momento a otro. Y aquel soplo entre la carne y la ropa helaba el sudor en el cuerpo.

Al cabo de unos minutos descubrió a su mujer, su cara apenas vislumbrada a través de un velo negro, como si llevara luto, los ojos despavoridos y fijos en él.

«¿Esperaba que no la descubriera?» Se acercó a ella, colmado de ira, pero en apariencia lleno de una calma total.

—Vamos a casa —dijo.

—No puedo —respondió Filomena—, nos quedaremos aquí hasta que el arcipreste nos jure que la santa va a permanecer en ese mismo altar.

—Vamos a casa, te digo.

—No iré.

—Ah, no vendrás… —dijo Michele. El tono contenía una fría amenaza, pero en realidad no sabía qué hacer. Se veía atrapado en una de aquellas situaciones en las que es difícil tomar partido entre la tragedia y la farsa. La rebelión de las mujeres abría un abismo en su visión del mundo. Una visión del mundo en la que se estrellaba el mayor Gherman Titov en su vuelo orbital, contra el alma de Dios de Michele Tricò, muerto en 1929 y a la edad de noventa años. De aquel Michele Tricò él, hijo de su hijo, había heredado el nombre y, además, ese exacto juicio acerca de las mujeres en general y de las esposas en particular que, desde los tiempos del desembarco de Garibaldi hasta los del Concordato, el abuelo había puesto en práctica, con tanto rigor como para dejar de ello luminosa memoria no sólo en su familia, sino en el pueblo entero. Buenas para una única cosa, decía el viejo al juzgar a las mujeres. Lo decía en momentos en que, por viejo, no podía practicar aquella cosa y en que él jugaba a su lado y se prestaba a cargarle la pipa o llevarle un vaso de agua y, por niño, no sabía aún en qué consistía aquella cosa.

—No iré —repitió Filomena.

—Tu madre —dijo Michele. Se le había ocurrido de pronto una idea: armar un pequeño embrollo, una broma que le resarciría del tratamiento que le había dispensado su suegra y de la rebeldía de su mujer.

—Mi madre, ¿qué? —se alarmó Filomena.

—Nada —dijo Michele, fingiendo estar en el engorro de quien lleva una mala noticia y quiere ser cauto al comunicarla—, una cosa de nada…

—¿Qué ha pasado? —gritó casi Filomena mientras se ponía en pie de un brinco.

—Nada, te he dicho… Y pensándolo bien, puedes quedarte aquí. De todos modos está el médico y también ha ido el párroco…

—El médico, el párroco… ¿Es algo grave?

—Un ataque de nada, sólo ha perdido la palabra —y pensó: «¡Si fuera verdad!»

Filomena se volvió hacia las mujeres que estaban sentadas a su lado y les dijo:

—¿Lo habéis oído? Mi madre ha tenido un ataque, debo irme… —atravesó la fila y dijo a su marido—: Vamos —antes de volverse hacia el altar de santa Filomena para hacer la señal de la cruz, para pedir perdón antes de marcharse.

Michele miró una vez más a la santa. La túnica blanca, el cinturón de oro, la hoja de palma, verde, en la mano. «Parece una máscara del “Quo Vadis?”»

La travesía de la iglesia fue facilitada porque su mujer avanzaba justificando su defección:

—Mi madre ha tenido un ataque, debo correr a su lado… —y las mujeres, con gestos compasivos, le abrían paso.

Pero antes de llegar a la puerta, Michele se detuvo para hacer una última advertencia a su sobrina Filomena, que estaba de pie, acunando entre sus brazos al niño lloroso, mientras le susurraba una nana. Brutalmente le dijo:

—Como hay Dios que este niño se te morirá: en la gloria de santa Filomena.

A su alrededor se encrespó una marea de indignación.

—¡Sacrílego! —le gritaron.

—¡Sacrilegas sois vosotras, que os metéis en contra del Papa! —gritó Michele, que se escabulló de prisa, junto con su mujer, por la puerta.

Le brotaba el sudor por todo el cuerpo, le escocían las orejas: se detuvo en el umbral de la iglesia para recuperar el aliento.

—Enhorabuena —dijo el brigadier—, veo que lo ha logrado.

—Lo he logrado, sí —respondió Michele—, pero aquello es un infierno… Créame usted, hay una única solución: dejarlas que con su pan se lo coman…

—Ah, sí, yo también comparto su parecer… Pero estoy a la espera de órdenes… Ya lo veremos…

—Pues que haya suerte —saludó Tricò.

—Vamos —se impacientaba Filomena.

—Ahora tienes prisa —señaló Michele, que andaba unos pasos detrás de ella, como si hubiera salido para disfrutar de un simple paseo.

—Sí que tengo prisa: mi madre…

—Precisamente: ¿por qué no te las has traído contigo, a hacer el paro por santa Filomena?… Tal vez le hubiera dado un ataque de verdad dentro de aquel horno…

—¡O sea que no es verdad!

—¿Que ha tenido un ataque?… Claro que no es verdad: la idea se me ha ocurrido porque la había visto un minuto antes y se encontraba mejor que yo.

—Quieres verla muerta, pobrecilla mamá, ¿y qué te ha hecho? —dijo con voz lacrimosa Filomena.

—Lo sabes tú mejor que yo lo que me ha hecho… Pero ahora el tema es otro: hablaremos de lo que tú me has hecho esta noche… ¿Cómo se te ha ocurrido, sabiendo cuáles son mis ideas, meterte en ese lío?

Ya habían llegado a casa y Filomena había empezado a moverse en la cocina, con más rapidez que de costumbre, para preparar la cena.

—No era ningún lío: líos son los que armas tú… Lo nuestro era algo silencioso: nos quieren quitar la santa y nosotras nos hemos quedado dentro de la iglesia mirándola…

—Ignorante, eres ignorante como una vaca…

—Ya sé que la santa siempre ha estado allí, que ha protegido a este pueblo y ha hecho milagros, que se le dicen misas, triduos…

—Y con eso, ¿qué? Algún analfabeto leyó en las catacumbas una lápida, la entendió al revés, pensó que decía que allí debajo estaban los huesos de una virgen llamada Filomena. Y nada de eso era cierto, la inscripción, en realidad, quería decir otra cosa…

—¡Pero si no puede ser!… ¿Y los milagros? ¿Dónde te dejas los milagros?

—Me los meto… —Michele se llevó una mano a la boca, para sofocar la rústica expresión que estaba a punto de pronunciar—. Mira, dejemos esto, que no es el verdadero problema: el problema es saber si tú y todas aquellas desgraciadas que están en la iglesia ahora mismo sois o no sois católicas.

—¡Pues claro que somos católicas!

—Pues entonces, cuando os dicen que santa Filomena no existe, que nunca ha existido, a meter la cola entre las patas y a correr, sin mirar a derecha ni izquierda… Si el arcipreste os dice que la que no vota por la democracia cristiana va al infierno, le creéis. Si os dice que santa Filomena no existe, armáis una revolución… ¡Son cosas de locos!

—No comprendes nada, tú —dijo Filomena.

—¿Que yo no entiendo nada? —explotó Michele—. ¿Yo? Pero si yo comprendo todo tan bien, que estoy enfocando el asunto como tú, que dices ser católica, tendrías que hacerlo… Y ahora lo enfoco según mi propio parecer, y te digo que eres tan ignorante que no sabes distinguir lo blanco de lo negro y que ésta es una historia que haría reír hasta a una piedra…

Mientras echaba un puñado de hojas de col en la olla de agua hirviendo, Filomena lloraba en silencio, lloraba por esa cruz de tener un marido que no creía en Dios ni en los santos.

—Llora por tu ignorancia, que es más negra que la misma muerte.

—Los milagros —se rebeló Filomena—, allí están los milagros: y nadie los puede negar…

—Esto es lo bueno de esta historia, que allí están los milagros… Yo recuerdo aquella vez, cuando tu madre vio en sueños a santa

Filomena, que tenía tres números en la mano. La vieja jugó y ganó la lotería. Santa Filomena, la que señala los números de la lotería: ya era cosa de risa… Pero hubo algo peor: lo del cura al que se le aparecía en visiones santa Filomena y que por esas visiones se convirtió casi en un santo. Un cura francés, no recuerdo cómo se llamaba…

—¿Pero no lo ves? ¡Santa Filomena existe!

—¡Diablos! ¡Qué cabezota! Santa Filomena no existe, bruta, más que bruta…, el mismo Papa lo ha dicho… ¿Qué interés puede tener el Papa, en este caso, en decirte una cosa por otra? ¿Querrá que haya algún jaleo?… Santa Filomena no existe y basta ya… Y lo bueno está en que, aunque jamás haya existido, aquel cura francés y tu madre, y tantos otros curas y tantas otras mujeres la han visto como yo te estoy viendo a ti.

—Existe —dijo Filomena, firme como una roca.

—No existe, jamás ha existido —insistió Michele— y la quitarán de los altares. Pero en su lugar pondrán a otra santa y tú seguirás llevando cirios a la iglesia, seguirás pagando misas y votando según el consejo del arcipreste… Y tu madre ganará alguna otra vez en la lotería, con los números que le inspirará la nueva santa… Hasta el día en que vengan a deciros que un tío analfabeto volvió a equivocarse al leer una lápida.

Salió de la cocina y se sentó a la mesa, a la espera de que Filomena le sirviera las coles y el huevo cocido. Sacó el periódico del bolsillo, como cada noche. Lo abrió. Se había olvidado de la lectura: en lugar de sostener aquella discusión inútil, porque discutir con una mujer es como lavarle la cabeza a un asno, podía haber leído con calma «L'Unità». Sus ojos recorrieron los titulares: «Registrada por los observadores de todo el mundo. Explota en Nueva Zembra la "superbomba" soviética. ¡Desarme general!» «Cuando es necesario, hay que hacerlo y nada más; ahora ya lo saben: nuestra bomba es más fuerte que la de ellos.» «En el XXII Congreso del PCUS se ha decidido la remoción de Stalin del mausoleo.»

—Las gafas —gritó—, alcánzame las gafas —porque para las letras pequeñas necesitaba usarlas.

Filomena llegó de inmediato con las gafas en la mano.

Michele se sumergió en la lectura. El plato de col humeaba delante de él. «Continúa en la p. 9, col. 3.» Sacudió frenéticamente las hojas del diario hasta encontrar la página nueve y la tercera columna. Allí estaba: «Ocurrido por culpa de Stalin… y se ha reconocido como un hecho irracional el conservar la tumba de Stalin en el mausoleo… La resolución fue sometida a voto. Los delegados alzaron su mandato rojo. La propuesta de remoción de los despojos de Stalin ha sido aprobada por unanimidad.»

Con un impulso violento, la mano de Michele Tricò arrojó el periódico hacia el techo. Los papeles planearon en parte sobre el piso y en parte sobre la máquina de coser.

—¿Qué pasa? —preguntó Filomena.

Michele hundió el tenedor en el plato de col. La mujer lo observaba, pensando, preocupada, si retomaría o no el tema de la santa.

—Nada —dijo Michele—, nada.

FILOLOGIA

—¿Usted cree que proviene del árabe?

—Muy probablemente, amigo mío, muy probablemente… Pero, en materia de palabras la ciencia no es nada segura: de dónde provienen, qué caminos han recorrido, cuáles son los significados que han ido adquiriendo, todo eso es de una confusión infernal… Y, luego, ésta es una palabra sobre la que se pueden decir las más diversas tonterías. Tonterías doctas, tonterías que todas tienen su lógica propia… El hecho es que cada uno, antes de ver cuál es el origen de la palabra, trata de saber el significado que tiene. Y allí comienzan los dilemas. Porque quien estima que la palabra alude a un estado de ánimo, coge por un camino y, en cambio, quien considera que alude a un ámbito físico coge por otro… mira lo que dice el mismo Petrocchi, que escribe la palabra con dos efes, a la italiana: «Unión de personas de cualquier clase o tipo que se ayudan mutuamente en sus intereses recíprocos, sin respeto a las leyes ni a ninguna moral.» Y con mucha incertidumbre la relaciona con la antigua voz francesa «mafler», de donde se derivan «maflé» y «maflu»: comer, engullir…

—No me gusta.

—Da náuseas… Comer, engullir ¡qué mentalidad!… Porque se trata de una cuestión de mentalidad; semejante asociación jamás se

le hubiera ocurrido a una persona como Pitré; un viejecillo que parecía vivir del aire, ligero como un pájaro… Lo recuerdo bien, vivía en el mismo barrio que yo; murió en tiempos de la Primera Guerra Mundial… Oye lo que escribe Pitré: «La mafia no es una secta ni una asociación, no tiene reglamentos ni estatutos. El mafioso no es un ladrón ni tampoco un malhechor; y si en el nuevo destino que le ha tocado a la palabra, la cualidad de mafioso ha sido atribuida al ladrón y al malhechor, ha sido así porque él no siempre culto público no ha tenido tiempo de reflexionar acerca del valor de la palabra, ni se ha cuidado de saber que, para el modo de sentir del ladrón y del malhechor, el mafioso es simplemente un hombre arrebatado y valiente, que no tolera que le pongan como un trapo, en cuyo sentido el ser mafioso es no sólo necesario, sino también indispensable. La mafia es la conciencia del propio ser, el concepto exagerado de la fuerza individual, único y solo árbitro de cada contraste, de cada confrontación de intereses e ideas, en el que el hecho de no tolerar la superioridad ajena es peor que la prepotencia de los otros. El mafioso quiere ser respetado y respeta, casi siempre. Si se siente ofendido no se remite a la ley, a la justicia, sino que sabe tomársela por su mano, y, cuando no tiene la fuerza suficiente, lo hace por medio de otros que compartan con él su mismo sentir.»

—Escribe como un ángel.

—Como un ángel, sí. Pero no por eso deja de decir algunas tonterías…

—¿De verdad? A mí me ha parecido exacto y justo como el mismo Evangelio.

—¿Tú lees el Evangelio?

—Es una manera de decir… Pero, en fin, alguna vez he oído que lo leían.

—¿Sabes qué dice el Evangelio? «A quien te dé una bofetada ofrécele la otra mejilla.» ¿Tú te sientes capaz de poner en práctica el consejo?

—Si alguien me da una bofetada le pego un tiro en la boca.

—Bueno… También en el Evangelio encuentras tonterías, pues… Pero volvamos a Pitré…

—Comprendo, comprendo dónde mete la pata: primero dice que la mafia no es una asociación y después que uno puede hacer justicia por medio de otros. O sea que alguna asociación existe.

—Eres inteligente, pero tendrás que aprender a hablar: no se dice «Comprendo dónde mete la pata», cuando se habla de un gran hombre, de una gloria de nuestra tierra.

—No era más que un modo de decir.

—Debes tener cuidado con los modos de decir los refranes y las parábolas. Debes expresarte del modo más escueto y correcto, con educación y con tacto.

—Por Cristo, ¿pero qué instrucción he tenido yo? Los estudios universitarios los he hecho en medio de las ovejas.

—Sí, claro, y deja que se te escape un «por Cristo» delante de la comisión…

—¿Pero es seguro que me llamará la comisión?

—Tan seguro como la misma muerte. ¿Estaría yo aquí, perdiendo el tiempo contigo, si no fuera un hecho seguro? Sin duda que te llamará.

—Sudo frío cuando lo pienso.

—¿Cuántas veces te han citado los carabineros, cuántas veces has comparecido ante un juez de instrucción?

—Eso es agua pasada. Hace más de diez años que nadie me molesta… Y esto es una cosa nueva, además… Me refiero a la comisión: quién sabe cuáles son sus leyes, quién sabe quién es el que hace las preguntas… Un carabinero o el juez preguntan acerca de un solo hecho, de una sola persona: si he estado metido en el asunto, si tengo alguna relación con este tío o con aquel fulano, dónde estaba aquella noche, a aquella hora… Y las respuestas te las preparas antes; para cada pregunta tienes una respuesta preparada… Pero la comisión, por lo que he entendido, puede preguntar lo que se le ocurra y hay que tener la mente fresca, los nervios serenos…

—¿Alguna vez te he hecho cometer una equivocación, dar un paso en falso, incurrir en una tontería?

—Nunca.

—No te preocupes, pues… Para que lo tengas en cuenta: pediré a la comisión que me escuche.

—¿Usted?

—Sí, amigo mío, yo mismo. Tengo una pequeño contribución en este asunto.

—Pero…

—Una contribución que lo hará todo más confuso, se entiende… Y te garantizo que, en un determinado momento, ya no se entenderá nada, entre historia, filología y cartas anónimas no se comprenderá nada, nada… ¿Tienes idea de la cantidad de cartas anónimas que ha de recibir la comisión? En 1943, cuando los americanos me nombraron síndico, recibí un millar de cartas: según esos anónimos, un pueblo entero venía a estar habitado por espías de la Obra; incluso el diputado Panebianco, que había estado en la cárcel hasta la caída de Mussolini. Y los americanos recibían las mismas cartas. En un primer momento las consideraron veraces, arrestaron a algunas personas y se las llevaron a Orán. Después eso de las cartas se convirtió en un alud: entonces también ellos comprendieron… Figúrate lo que ocurrirá ahora… Esta es una tierra en la que en una misma cara, ya sea la tuya o la mía, un ojo odia a muerte al otro ojo… Ya lo verás…

—Eso es verdad.

—Volvamos a nuestro tema, pues… De acuerdo con lo que ha dicho Fanfani…

—¿Habla usted todavía de Fanfani?

—No me refiero a Amintore, bruto; hablo de Pietro Fanfani, autor de un vocabulario italiano, donde la palabra «maffia», con dos efes, está registrada con el significado de «sociedad secreta de Sicilia» y se considera como derivado del árabe «maehfil», que quiere decir reunión y lugar de reunión. Ese mismo parecer adoptan Zambaldi y Rigutini, y todos en cierta medida, hasta Palazzi… La definición que

ofrece Palazzi quiero leértela, porque es muy divertida: la primera parte está copiada de la de Petrocchi; después dice que «No siempre la mafia tiene como finalidad el mal, pero los medios que utiliza son siempre ilegales; en un tiempo estuvo muy extendida en Sicilia.» Divertida, por cierto, divertida de veras.

—Me gusta; cuando dice que la mafia no siempre tiene como finalidad el mal, me agrada… Este sí que es un caballero de verdad.

—No se trata de que sea un caballero. Lo que ocurre es que se ha fiado de otros caballeros… Pero lo divertido está en esta frase: «En un tiempo estuvo muy extendida en Sicilia.»

—Pero si también lo decimos nosotros, eso de que la mafia ya no existe… Y recuerdo que alguna vez también lo ha dicho el ministro…

—Nosotros y el ministro no elaboramos vocabularios… Y considera que éste ha sido impreso en el año 1948… ¡En un tiempo! En tiempos del rey Martino, quizá… En fin, vayamos a los sicilianos, a los eruditos sicilianos: el primer vocabulario siciliano que registra la palabra es el de Traina, del año 1868; la registra como neologismo, quizá proveniente de la voz toscana «smàferi», que significa sicario…

—No me gusta.

—…o, y esto te gustará mucho menos, dice que en la Toscana la palabra «maffia» quiere decir miseria y agrega: «Es verdadera miseria creerse un gran hombre gracias tan sólo a la fuerza bruta, hecho que, por el contrario, demuestra brutalidad, o sea una esencial bestialidad.» ¿Te parece bien?

—Me da asco.

—Pero después agrega: «Seguridad de ánimo, aparente osadía, intrepidez.»

—En esto empieza a razonar.

—Sea como fuere, para no pararnos en esto de la etimología, e-ti-mo-lo-gía, es decir, el origen de la palabra, nos detendremos en el padre Gabriele María da Aleppo, misionero capuchino y profesor de árabe, que concluye su docto análisis con estas palabras:

«Ateniéndonos al significado de las palabras arriba propuestas, el vocablo mafia en su origen debió haber tenido el significado de protección contra las tropelías de los poderosos, excepción hecha de cualquier ley social, o reparo de cualquier daño, fuerza, robustez de cuerpo, serenidad de ánimo, reconocimiento y gratitud hacia quien hacía beneficios, por un lado y, por el otro, la parte mejor y más exquisita de cada cosa, todo lo cual se corresponde perfectamente con lo que sobre el tema expone Pitré.» Las palabras propuestas por el padre Gabriele son las siguientes, todas ellas árabes: «mohafat», que significa defender; «hofuat», la mejor parte de una cosa; «mohafi», amigo, amigo agradecido… Nada más, para simplificar, para no confundirte el seso…

—Pues sí que sabe este capuchino.

—Sabe, sí, pero no me convence. Dicho sea entre nosotros, me convence mucho más Fanfani.

—¿Fanfani? ¿Qué? ¿Ahora es de los nuestros?

—Tienes que prestar atención, amigo mío, tienes que prestar atención… He dicho «Fanfani»… ya te lo he explicado: no tiene nada que ver con el político… Esto demuestra que no prestas atención a las cosas que te estoy explicando.

—Para decirlo en dos palabras, me parece que está claro que perdemos el tiempo con estas cosas. ¡Por Cristo! ¿De qué me vale a mí toda esta ciencia de las palabras? Mi ciencia, toda la ciencia del mundo la llevo yo en mi billetera y en mi escopeta de dos cañones.

—Así venimos a comprobar que tiene razón Traina: te crees un gran hombre sólo porque eres una perfecta bestia… Pero a mí eso me importa un rábano, que esta lluvia no me ha de mojar. Dejaré que os coman los perros, sí que os dejaré… Igual, tú y aquellos que piensan como tú tenéis la ciencia de la billetera, de la escopeta de dos cañones y de los coches cargados de dinamita… Porque ahora vuestra ciencia se ha enriquecido con la dinamita, como el hacer de todo trizas: y éste es el excelente resultado… Dejad que esas cosas

las hagan los alemanes del Tirol, que son gentes fanáticas, gentes locas, fascistas…

—Funcionaba, sí que funcionaba la dinamita. También usted, en el principio, cuando…

—Pongamos las cosas en su sitio: en el principio, como tú dices, aunque no sé bien cuándo ha sido ese principio, vosotros me dijisteis: «Esta historia de las explosiones tiene que terminar, ahora no se encuentra uno que no hable de explosiones; ésta se ha convertido en la tierra de las explosiones, hacemos un mal papel en el extranjero: hay medios mejores, más expeditivos, más seguros y cuando no se puede errar el golpe mejor servirse de ellos… Tenemos un joven que en eso de los explosivos es un mago…» Os he dejado hacer, a vosotros y a vuestro mago… un mago que abandona el coche sin poner en marcha el mecanismo… ¡Un verdadero mago!

—Usted sabe cómo ocurrió aquello: un momento de pánico, una distracción…

—¡Una distracción! Una distracción que ha ocasionado el acabóse, una distracción que mete un ruido que se oye en el mundo entero: con todas las consecuencias que estáis viendo.

—Pero si ordené que avisaran por teléfono: «No tocar el coche, porque será un infierno.»

—Pero aquéllos lo tocaron, de todos modos… ¿De verdad esperabas que no lo tocarían? ¿Por qué? ¿Por una llamada anónima? Bien podía tratarse de una broma.

—Lo lamento, pero lo que está hecho, hecho está… Lo lamento por los soldados, que no tenían nada que ver.

—Ninguno de los que han muerto tenía nada que ver… Y lo más bonito del asunto es que, después, a mí me corresponde participar en los funerales.

—No ha sido la primera vez.

—Te has vuelto gracioso, por lo que veo.

—¿Gracioso yo? ¿Con usted? ¡Pero si jamás me permitiría una cosa semejante!

—De acuerdo… Dejemos de lado estos métodos terroristas, pues: nosotros no somos anarquistas, somos gente que ama el orden… Y las cuentas que tengamos que saldar, de ahora en más, las saldaremos a la antigua.

—Sí, pero los muchachos le estaban encontrando gusto…

—Es verdad que el efecto era enorme, no lo puedo negar… Pero no podemos avanzar por ese camino… ¿O crees que también nosotros tendríamos que ponernos a trabajar para conseguir nuestra propia bomba atómica?… Discreción es lo que necesitamos… Sensatez, trabajo, tacto… Nuestro problema, en este mismo momento, es el de la comisión investigadora. Afrontémoslo con la mente completamente tranquila… Entonces, pues, Pitré dice que la palabra mafia, sea cual fuere su origen, si bien había sido registrada por primera vez en el año 1868… ¿Cuál es el diccionario que la registró por primera vez, lo recuerdas o no?

—El de Traina.

—Estupendo… Si bien había sido registrada por primera vez en el año 1868, existía aun antes de la llegada de Garibaldi… Y que haya existido asimismo la cosa, es decir, la asociación, está probado a través del hecho (añado yo) de que los mafiosos de la Vicaría, aquellos mafiosos que estaban encerrados en la prisión, redactaron en el año 1860 una proclama, dirigida a los amigos que estaban en libertad, en la que les recomendaban que se comportaran bien, que no cometieran hurtos, ni tomaran parte en saqueos y homicidios que los Borbones, ante el mundo, por razones de propaganda como se dice en nuestros días, pudieran atribuir a la revolución garibaldina…

—Pues eso no lo sabía yo.

—Son muchas las cosas que tú no sabes y que es muy bueno saber… La cultura, amigo mío, es algo grande y hermoso…

JUEGO DE SOCIEDAD

La puerta se abrió de pronto, mientras su mano aún dudaba sobre el timbre. La mujer dijo:

—Entre, le esperaba —sonriente, con voz como la de un gorjeo: como si de verdad estuviera ocurriendo un hecho deseado por ella, esperado con emoción y con alegría.

Él pensó que se trataba de un equívoco, trató de calcular las posibles consecuencias. Permanecía en el umbral azorado, casi traspuesto. Sin duda, pensó, ella estaba esperando a alguien: alguien a quien no conocía o conocía apenas o a quien no veía desde mucho tiempo atrás. Y, además, no llevaba las gafas; y habitualmente, lo sabía, las llevaba.

—¿Me esperaba?

—Sí, claro que le esperaba… Pero pase, por favor —siempre con un gorjeo.

Entró, dio tres pasos sobre el piso de cerámica que reproducía una antigua carta marina; pasos pesados, como si los diera en un pantano. Se volvió hacia ella, que ya había cerrado la puerta, y, siempre sonriente, le indicaba un sillón.

Intentó dilucidar el equívoco, saber.

—¿A quién esperaba usted, exactamente?

—¿Exactamente? —replicó la mujer, con una sonrisa que era irónica ahora.

—Pues, yo…

—¿Usted…?

—En una palabra, creo que…

—Que le estoy confundiendo con algún otro. —No sonreía ya. Y parecía más joven—. Pues no, le esperaba precisamente a usted… Es verdad que no llevo las gafas, pero sólo me sirven para ver las cosas cercanas. Lo he reconocido cuando estaban en la puerta de la calle. Tal vez ahora, de cerca, necesite las gafas: así ni usted ni yo tendremos la más mínima duda.

Las gafas descansaban sobre un libro abierto; el libro, sobre el antepecho de la ventana. Mientras le esperaba, con el oído atento para percibir el ruido de la puerta de la calle, había comenzado a leer el libro. Pero había leído sólo unas pocas páginas. Le asaltó la insensata curiosidad de saber qué libro era aquél, cuál era la lectura que había elegido para entretenerse durante la espera. ¿Pero cómo podía ser que lo hubiera estado esperando? Había caído en una trampa, eso era una traición, ¿o era resultado de un imprevisto arrepentimiento del hombre que le había enviado allí?

De modo extraño, las gafas, de montura negra y pesada, la hicieron parecer más joven aún: los ojos, dilatados tras los cristales, adquirieron una expresión que bien podía ser de maravilla o de espanto. Pero ella no estaba maravillada ni espantada. Le volvió la espalda, como si quisiera desafiarle. Abrió el cajón de un escritorio, sacó algunas cartas de su interior. Cuando se volvió, después de habérsele acercado, tenía en la mano un abanico de fotografías.

—Están desenfocadas —dijo—, pero no hay lugar a dudas. Esta la han tomado a las once del día 20 de junio, en via Mazzini: usted está con mi marido; esta otra, a las cinco, de la tarde, en la plaza del Popolo, 23 de julio, usted está solo, cerrando el coche después de haber aparcado; y en esta otra también está su mujer… ¿Quiere verlas? —El tono era irónico, pero no maligno, casi desinteresado. Él se sintió por fin en condiciones de hacer aquello que debía hacer.

Pero no era capaz. Según lo poco que alcanzaba a entrever, ya no podía hacerlo, no debía. Hizo un gesto afirmativo: quería verlas. La mujer se las dio y permanecía mirándolo con la ligera y complacida ansiedad de quien muestra fotografías familiares, de niños, y espera que le dirijan alguna felicitación. Pero el hombre estaba como paralizado, sus percepciones, pensamientos y movimientos eran lentos, remotos, pesados hasta la desesperación. Y la frase obsequiosa surgió de ella, trivial y feroz—: ¿Sabe usted que es fotogénico? —y por cierto que la falta de enfoque perfecto no alcanzaba a disimular su identidad, en tanto que confundía en parte la de su mujer y la del comendador—. Siéntese —prosiguió la mujer al tiempo que le señalaba el sillón vecino a él; el hombre se desplomó como si estuviera en el derrumbe de su existencia. Después ella preguntó—: ¿Quiere beber algo? —y sin esperar respuesta, cogió dos copas y una botella de coñac. Se encontró con que estaba con la copa en la mano, cara a cara con ella, que tomaba a sorbos el contenido de la copa, mirándolo con expresión divertida. Bebió. Echó una mirada a su alrededor, como quien vuelve en sí después de un desvanecimiento. Bonita casa. Le devolvió las fotografías—. Es una muchacha guapa, su mujer. No sé si usted se ha percatado de su parecido con la princesa de Mónaco. Pero con esta fotografía puede que me equivoque. ¿Me equivoco?

—Quizá no.

—Es decir que usted no se había percatado. —Una vez más emitió la odiosa carcajada gorjeante—. ¿Está enamorado de ella?

No respondió.

—No me considere indiscreta, no se lo he preguntado por curiosidad.

—¿Por qué, pues?

—Ya lo verá… ¿Está enamorado de ella?

Rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

—¿No quiere responderme o debo entender que no abriga ningún sentimiento hacia su mujer?

—Como mejor le parezca.

—Necesito una respuesta precisa. —Lo dijo duramente, con tono amenazante; después, con voz persuasiva y acongojada a la vez—: Porque antes tengo que saber si usted podrá soportarlo.

—¿Antes de qué?

—Ya ha respondido a mi pregunta.

—No lo creo.

—Por cierto que sí. Yo le he dicho: «Antes tengo que saber si usted podrá soportarlo»; usted no me ha preguntado qué cosa tendría que soportar, qué revelación acerca de su mujer, de su amor por usted… Se ha detenido en seguida en ese «antes». ¿Antes de qué? Perfecto. No se preocupa por su mujer, se preocupa por usted mismo. Perfecto. Así está bien.

—Se lo pregunto ahora: ¿qué tendría que soportar?

—Lo que le diré.

—¿Acerca de mi mujer? ¿Y se preocupa por saber si puedo soportarlo?

—Acerca de su mujer. Y me preocupaba por saber cómo reaccionaría, porque nosotros dos estamos destinados a una larga y sólida amistad y tendremos que dejar atrás muchas cosas… Siempre que usted esté de acuerdo, por supuesto.

—Pero mi mujer…

—Ya llegaremos a eso. Ahora dígame: ¿ha comprendido?

—¿Qué?

—Lo de estas fotografías, el hecho de que estuviera esperándole: ¿ha comprendido?

—No.

—No me desilusione. Si de verdad no ha comprendido, mis esperanzas desaparecen. Y también las suyas.

—¿Las mías?

—Sí, también las suyas. ¿No le he dicho que nos convertiremos en buenos amigos? Dígame con sinceridad, pues, ¿ha comprendido? No tenga miedo de hablar, no hay ningún micrófono oculto, ningún grabador en funcionamiento. Puede cerciorarse, si quiere… Yo estoy a punto de ofrecerle un trabajo simple, rápido,

rentable. Y sin riesgos. Sin contar con que estoy salvándole de un peligro inmediato, seguro. Tendrá que admitir que, al menos, tengo el derecho de conocer su coeficiente de inteligencia… De modo que, ¿ha comprendido?

—No del todo.

—Naturalmente… Dígame qué es lo que ha comprendido.

—He comprendido que usted lo sabe.

—Respuesta breve y concluyente. ¿Quiere saber cómo he llegado a esto?

—Me agradaría.

—Perderemos tiempo, pero es justo que usted lo sepa… ¿Pero a qué hora debe encontrarse con mi marido? Porque es bueno que se lo diga ahora mismo: la base de nuestra futura amistad será la cita que esta noche sostendrá con mi marido. ¿A qué hora?

—Pero si no estamos citados.

—Ya lo veo, usted no se fía aún de mí. Conozco muy bien a mi marido: no podía dejar de concertar una cita para esta noche. ¿A qué hora?

—A las doce y cuarto de la noche.

—¿Dónde?

—En un camino de la campiña, a treinta kilómetros de aquí.

—De acuerdo, aún nos queda tiempo… Pero quizá sea mejor que usted haga las preguntas ahora.

—No sabría por dónde empezar, de verdad. Me encuentro un poco confuso.

—¿Sí? Me figuraba que sería usted una persona más ágil, de reflejos más rápidos, de reflexiones inmediatas. Pero tal vez el origen de su asombro, de su confusión, esté en el hecho de que mi marido no le haya dicho nada acerca de mí, de mi carácter, de mi capacidad de intuir sus pensamientos más secretos. Después de quince años de vida en común, un hombre como él es un libro abierto para una mujer como yo. Un libro muy tonto, muy aburrido. ¿Usted qué opina?

—¿Acerca de qué?

—De mi marido.

—A juzgar por la situación en la que me encuentro en estos momentos, es un imbécil.

—Me alegra oírselo decir. Pero pudo haber comprendido mucho antes que es imbécil. Sin embargo, entiendo que usted se haya dejado engañar por su prestancia, por su modo de obrar, por la autoridad y el dinero que de manera continua, aunque con cierta cortedad, con cierto desinterés, da muestras de poseer… Y dinero tiene mucho, no se alarme usted… Yo también, por otra parte, he caído. No es que me haya arrepentido. Mi única desilusión está en que me he casado con él por amor, digamos, y no por cálculo. Pero me hubiera casado con él de todas maneras. Y no diré que me había adaptado, sino que hasta estaba muy cómoda en una situación que me daba la posibilidad de cumplir con mi capricho y con mi desprecio, una situación que me ofrecía todo aquello que una mujer pueda desear, incluido el desprecio hacia el hombre que vive a su lado… y aquí es donde este imbécil viene a romper el equilibrio.

—No diría yo, sin embargo, que es tan enteramente imbécil como usted le considera: en la presente situación sí, sin duda, se ha comportado neciamente, sin ninguna precaución… Pero es un hombre que se ha hecho a sí mismo, al menos así me lo ha dicho, y así lo dicen todos. Se ha hecho muy rico, se ha convertido en un personaje poderoso…

—Usted tiene una idea de novela rosa, de manual americano sobre el éxito, acerca de los hombres que se hacen a sí mismos. Yo conozco no sólo a mi marido, sino también a un grupo bastante amplio de hombres que se han hecho a sí mismos: puedo asegurarle que han sido hechos por las circunstancias, las combinaciones y las especulaciones que, aun cuando lleguen a adquirir preeminencia histórica, son siempre hechos fortuitos y miserables… En la última guerra, mi marido estaba en los batallones de la milicia fascista, junto a Sabatelli, que después fue nombrado ministro de Obras Públicas: ambos fueron voluntarios. Todo

quedaba aquí. Y usted no puede figurarse hasta qué punto Sabatelli es un imbécil. Dentro de una sociedad bien ordenada, honesta, en la que no se acepten papeles falsos, en donde la capacidad y el mérito se impongan por sí mismos, la suerte más favorable le hubiera llevado a los umbrales de una oficina pública, como conserje y la más contraria, al otro lado de las puertas de una cárcel. En cambio…

—En cambio son ricos, poderosos y respetados… Pero usted me ha invitado a hacerle preguntas. ¿Puedo?

Detenida en su impulso oratorio, respondió con un gesto afirmativo, pero contrariada, con cierto enfado.

—Curiosidad siento por muchas cosas, pero lo que más me intriga es lo siguiente: ¿por qué me esperaba precisamente esta noche?

—Porque hoy, durante la comida, mi marido me ha preguntado si tenía intenciones de pasar la noche fuera de casa, ir al cine o a visitar a alguna amiga; porque él volvería tarde, muy tarde, debido a una reunión del consejo de administración de una de sus sociedades. A lo largo de este verano ha mantenido ya dos reuniones de este tipo, por lo tanto la tercera debía ser la válida. Válida para él, fatal para mí. Porque no digo que sólo yo, que lo conozco profundamente, sino que cualquiera que tenga con él una mínima familiaridad, sabe que está poseído completamente por una idea de perfección supersticiosa, cuya base es el número tres. Y ni qué decir del nueve, sobre el que lisa y llanamente delira. La tercera reunión, pues. El día tres. Y usted ha llegado puntualmente a las nueve. Ha sido él, ¿verdad?, quien le ha dicho que debía llamar a la puerta exactamente a las nueve.

—Sí, pero yo creía…

—…Que era un detalle calculado por su mente organizadora. Pero usted no sabe qué poco organizadora es la mente de mi marido, siempre y cuando admitamos que tenga. Y quiero asegurarle que en su decisión de confiarle una misión tan, digamos… delicada, llena de riesgos por cierto que ha influido el

hecho de que usted es profesor de matemáticas. El apenas si conoce la tabla de multiplicar y por ello está convencido de que sus expoliaciones, y todas las que tengan éxito, se relacionan con la más sublime de las matemáticas. En ciertas estafas a la banca, pues, llega a oír la música de las esferas. Esos golpes que salen en los periódicos, cronometrados, perfectos… Cuando no son perfectos, mi marido los estudia a través de las crónicas, capta en ellas los puntos débiles y los errores, los lleva a la perfección ideal. Así ha ocurrido en este caso. Hace unos pocos años se cometió un delito que, sin duda, usted recordará y que desencadenó un proceso muy sonado. Mi marido se había apasionado, llegando hasta el punto de enviar a un empleado suyo, cada mañana, a reservarle un asiento en la sala de la audiencia, para que se lo guardara ante la eventualidad de que él tuviera tiempo de asistir. Más de una vez encontró el tiempo necesario. Conminatoriamente, mientras intentaba dar con los errores que habían llevado al protagonista al banquillo de los acusados, él mismo cometía un error. Si hoy usted… En fin, si las cosas hubieran marchado de acuerdo con el plan, al menos una decena de personas recordarían hoy su interés en aquel proceso; de modo especial, aquel empleado suyo que le guardaba el asiento y uno de los jueces, que lo conoce bien y que, algunas veces, desde lo alto de su estrado, le dirigía una sonrisa.

—¿Fue entonces cuando usted comenzó a tener sospechas?

—Oh, de mucho antes las tenía. Pero debido a su pasión en aquel proceso comprendí que las intenciones se iban concretando en un plano muy preciso.

—Y entonces usted se dirigió a una agencia de investigaciones.

—Un asunto muy largo, muy costoso. Pero como usted reconocerá, valía la pena. Durante un par de años la agencia no me ha comunicado más que pruebas de su infidelidad. Era como para reírse: ¡su infidelidad! A partir de unos pocos meses después de nuestra boda, ya no me importaba nada. Él siempre tenía mujeres pagadas, continuaba pagándolas y hasta a mí me había pagado con

el matrimonio, creyendo que mi precio, por muy importante y de larga duración que fuera, sería soportable.

—¿Y no lo era?

—Es evidente que no.

—He querido decir: ¿por qué se le ha vuelto insoportable?

—Por mi culpa, naturalmente. He hecho cuanto he podido para alejarle de mí, para arrojarle al margen de mi vida, de mis jornadas, de mis noches. Un margen muy exiguo, un pequeño «tapis roulant» de asignaciones… No, no ha habido otros hombres. Es decir, una sola vez, cuando había comenzado a desilusionarme de mi marido. Lo hice sólo para probar. Y fue una prueba fallida. No se haga ilusiones al respecto, pues…

Se sintió invadido por una onda de cólera y buscó alguna respuesta violenta.

—No se ofenda. Sé muy bien que ya no soy joven y que no soy bonita; hasta podría usted decirme que soy fea y vieja. Pero he querido decirle que usted, con toda facilidad, se podría hacer ilusiones acerca de obtener todo mi dinero, no sólo de parte, pasando por encima de mi cuerpo vivo, después de haber pasado por encima del cuerpo muerto de mi marido. Yo, en cambio, quiero que todo entre nosotros quede bien claro desde ahora mismo.

—O sea que usted reconoce que su marido, en rigor, no se ha equivocado en todo.

—Yo no reconozco nada. Si usted, en el punto al que ha llegado, al que hemos llegado, tiene intenciones de sopesar los méritos de sus dos posibles actitudes, la ejecución del plan de mi marido o la ejecución de mi propio plan, en la balanza del arcángel, es asunto suyo. Pero es muy mala cosa mezclar la balanza en estas cuestiones. Ese tipo de balanza, quiero decir. Usted —y le floreció en la boca una sonrisa de felicitación— es un pequeño, ávido delincuente: no se permita lujos que podrían llegar a perderle.

—No soy un delincuente.

—¿De veras?

—No más que usted.

—De acuerdo. Y mucho menos que su mujer, diría yo.

—Tal vez. ¿Pero cómo puede usted asegurarlo?

—Lo deduzco de las cosas que sé. ¿Usted no sabe que su mujer, digámoslo así, frecuenta a otros hombres?

—¡No es verdad!

—Por supuesto que es verdad. Y no lo tome a mal. ¿Qué pueden quitarle a una mujer como la suya todos los hombres que ella frecuenta? Ustedes hacen una bonita pareja, están bien juntos, desean las mismas cosas, jamás riñen, los vecinos los miran con simpatía… El primer informe que la agencia de investigaciones me presentó acerca de ustedes dice cosas muy agradables: ella tiene veintidós años, enseña en un parvulario, es muy bonita, vivaz y elegante; usted tiene veintisiete años, es sustituto de matemáticas en una escuela de enseñanza media, simpático, serio. Muy enamorados, muy tranquilos… El segundo informe, y después todos los que le siguieron, no dicen nada distinto acerca de usted, pero con respecto de su mujer, revelan una actitud insospechable, sorprendente. Por razones de dinero, no cabe duda. De modo que si usted, hasta este momento, no lo sabía, tranquilícese. Por dinero, sólo por dinero… ¿Sabe usted que una vez, una única vez, ha ido también con mi marido?

—Lo sospechaba. Es decir, lo he sospechado en un principio, he imaginado que su marido se había relacionado con nosotros sólo porque era un medio para llegar a mi mujer. Pero nunca pensé que mi mujer estuviera de acuerdo, sin embargo. Y después, mis sospechas se desvanecieron: ya no tenía motivos para creer que fuera a tentar a mi mujer, porque lo que quería de nosotros, de mí, en fin, estaba bien claro.

—Desde el punto de vista de mi marido, en cambio, un poco de relación con su mujer era necesario. Para valerse de ello, me figuro, en el caso eventual de que por azar o por cualquier error en la ejecución del plan de ella se descubriera. Entonces podría decir: tuve relación una vez con su mujer, usted se ha enterado y por venganza ha matado a la mía; o la ha matado porque había venido

por mí, para matarme, y ella se ha resistido o le ha estorbado o, de cualquier otra forma, ha provocado su violencia… Pero no deje que le corroa la sospecha de que, sucediera lo que sucediese, y de acuerdo con su mujer, mi marido hubiera puesto a la policía en su pista: no es capaz de concebir semejantes sutilezas. Además, estoy convencida de que su mujer jamás hubiera dado su asentimiento a esa solución final: creo haber comprendido qué clase de mujer es ella.

—¿Qué clase de mujer?

—Se parece a mí. Se parece a tantas otras… Adoramos las cosas, hemos puesto las cosas en el lugar de un Dios del universo del amor. Las vitrinas son nuestro firmamento, los armarios empotrados y las cocinas americanas contienen el universo. Las cocinas en las que no se guisa, las que están habitadas por el Dios de las propagandas televisivas… Mi padre, que era un pequeño burgués, vivió toda su vida en casas alquiladas, sin sentir nunca la necesidad de poseer una propia. Hoy no existe un revolucionario que no quiera tener en propiedad la casa en la que vive, que no se endeude, en los planes a veinticinco años de plazo, para tener una casa. La idea de la eternidad, la idea del infierno se han concretizado en los planes bancarios a veinticinco años. Las bancas son las que administran la metafísica. Pero dejemos de lado estas digresiones… Su mujer, pues, se parece a mí. Nos parecemos todas, hoy, y éste es el problema. Su mujer, además, es indiferente o posee una gran inocencia. Estoy segura de que ha sido ella la primera en interesarse cuando mi marido les ha propuesto el asunto… A propósito: ¿en qué términos les ha propuesto el plan?

—Ya ha depositado a nuestro nombre en un banco de Hamburgo, una suma importante.

—¿Cuánto?

—Doscientos mil marcos.

—Es decir, que usted podía, esta noche, haber volado a Hamburgo en lugar de venir aquí y…

—Podía. Pero dentro de dos años, si todo hubiera funcionado bien, habría tenido otros cuatrocientos mil marcos.

—Dentro de seis meses yo le daré quinientos mil. ¿Se fía de mí?

—No lo sé.

—Debe fiarse. Y tenga presente que mi plan implica un riesgo mínimo, en tanto que el que usted estaba a punto de ejecutar le llevará a la cárcel con seguridad matemática, por así decirlo. En el caso de que me ocurriera algo, la agencia de investigaciones está encargada de enviar copias de los informes y de las fotografías a la policía… En cambio ahora, aun admitiendo que yo no mantenga mi palabra en este compromiso o incluso que tenga intenciones de traicionarle, usted sólo correrá el riesgo de no obtener más dinero y de ser condenado por homicidio pasional, de honor. Dos o tres años en la cárcel… y siempre se dicta alguna amnistía. No olvide, pues, este buen consejo que he de darle: si usted cayera en una trampa, aténgase siempre a la historia de la traición de su mujer, de la tremenda desilusión que mi marido le ha inferido. Siempre.

—Pensándolo bien, tal vez tendría que admitir que usted me está metiendo en una trampa.

—Le consideraría un idiota si no se marchara de aquí con esa sospecha… —Miró la hora, se puso en pie y, sonriente, preguntó—: ¿Me creerá indiscreta si le pregunto de qué muerte debía hacerme morir?

—Un disparo de pistola.

—Oh, muy bien… Ahora márchese, está casi en el límite del tiempo que necesitará para llegar al lugar de la cita. Y le deseo suerte.

Le acompañó hasta la puerta, sonriendo con dulzura, con expresión maternal. Antes de cerrar, cuando él estaba a punto de llegar a la puerta de la calle, lo llamó con un siseo.

—No lo olvide: más de un disparo, es muy robusto —lo dijo con el tono de quien pide especial atención para un niño pequeñín. Y agregó—: Tiene un silenciador, me supongo.

—¿En la pistola? Sí.

—Muy bien. Otra vez le deseo suerte. —Cerró la puerta. Se apoyó contra ella. Tenía en la cara una sonrisa encantada. Paladeó cada sílaba al decirse—: «El silenciador: homicidio premeditado.» —Se acercó a la ventana. Le vio salir por la puerta de la calle.

Se sentó en un sillón, se puso en pie. Dio unos pasos. Con las manos, como si estuviera haciendo música, rozó apenas muebles y objetos. Se detuvo ante los cuadros. Miró el reloj. Se encaminó hacia el teléfono, marcó el número, con voz agitada preguntó:

—¿Está mi marido aún en su despacho…? ¿Ya se ha marchado…? Estoy preocupada, muy preocupada… Sí, lo sé, no es la primera vez que se retrasa; pero esta noche ha ocurrido algo que me llena de inquietud… Ha venido a buscarle un joven, tenía un aire descompuesto, amenazante. Se ha instalado aquí, a esperarle. Ahora mismo se ha marchado. Me ha dado miedo… No, no es una simple impresión; ocurre que sé muy bien por qué ese joven podía estar tan descompuesto, tan amenazante… ¿Pero cuánto tiempo hace que mi marido se ha marchado…? Sí, gracias. Buenas noches… Sí, buenas noches. —Colgó, volvió a coger el auricular, marcó un nuevo número, habló con voz más llena de agitación e inquietud—: ¿La Comisaría? ¿Está el comisario Scotto…? Póngame con él, en seguida, por favor. Ah, comisario, qué suerte encontrarle en su despacho a estas horas… Soy la señora Arduini… Mire usted, estoy preocupada, muy preocupada… Mi marido… Es embarazoso para mí, humillante, pero no puedo menos que decírselo… Mi marido mantiene una relación con una mujer casada, una mujer muy joven, muy bonita… Lo sé porque le he hecho vigilar por una agencia de investigaciones, no me avergüenza confesarlo… No, no se trata de que quiera acusarle de adulterio, al contrario. Me preocupa que le pueda suceder algo malo… Porque, verá usted, esta noche ha venido a mi casa el marido de ella, un joven profesor; se mostraba muy agitado, casi fuera de sí. Le he dejado entrar, sin ninguna precaución. Y aquí se ha quedado un largo rato, con aire amenazador, esperando a mi marido. Un par de horas. He tratado de hacerle hablar, pero no me ha respondido más que con evasivas,

con pocas palabras. Ahora se ha marchado… Sí, hace unos pocos minutos… He telefoneado a mi marido, para advertirle, pero ya se había marchado de su despacho. Tendría que estar ya aquí. ¿No podrá usted hacer algo…? Sí, comprendo —casi llorando—: Esperaré media hora más y volveré a llamarle… Gracias.

UN CASO DE CONCIENCIA

En un tren que partía de Roma a las ocho de la mañana y llegaba a Maddà siete minutos después de la medianoche, el abogado Vaccagnino pasaba el tiempo del viaje, sistemáticamente, leyendo un periódico, tres revistas y una novela policíaca. Al menos una vez al mes se veía en la obligación de hacer ese viaje y a la ida volvía a estudiar y ordenar los papeles que constituían el motivo de su viaje. De regreso, se entregaba a lecturas mucho más entretenidas.

Pero el periódico, las tres revistas y la novela policíaca eran la medida del viaje, si no había retrasos, desde las ocho hasta la medianoche, con el intervalo de dos comidas: una en el coche-restaurante, la otra en el transbordador. El problema surgía cuando el tren se retrasaba. Acabado el papel impreso, sin poder siquiera dedicarse a mirar la campiña o el mar que atravesaban en medio de una noche amorfa, el sueño comenzaba su asedio y existía el peligro de que, profundamente dormido, fuera a dar a la estación terminal, como ya alguna vez le había ocurrido. Por ello, cuando se producía el retraso, en el tren casi vacío, el abogado se entregaba a la búsqueda de periódicos abandonados por los viajeros y se sentía a salvo cuando hallaba cualquier cosa: diario fascista, revista de modas o de cómics.

Así fue como una noche de verano, en un tren que ya en Catania llevaba cuarenta minutos de retraso y era presumible que alcanzara los ciento veinte antes de llegar a Maddà, el abogado se encontró sumergido en la lectura de la revista semanal «Voi»: moda, casa, actualidad. En primer lugar la hojeó deteniéndose a contemplar las imágenes de una moda que, por lo que dejaba ver del cuerpo de las modelos, era sin duda llena de vivacidad y gracia, pero resultaría indecente para vestir el cuerpo de una esposa, de una hija o de una hermana. No se trataba de que el abogado fuera, ¡por el amor de Dios!, persona de mentalidad estrecha, que no admitiera el curso de la moda también en Maddà. Pero el hecho era que no todos, en Maddà, estaban, como él, capacitados para admirar la gracia femenina desde un punto de vista puramente estético. Y el ver pasar a una mujer vestida de aquella manera (escote profundo y falda cortísima) hubiera provocado, entre los socios del círculo de ciudadanos, un coro de gritos de deseo y de necias consideraciones capaces de obligar al marido, padre o hermano de la mujer a tolerar esa falta de decoro o a comprometerse provocando una violenta reacción.

El semanario era voluminoso, por fortuna. Una vez que hubo llegado a la última, el abogado comenzó a volver las páginas para comenzar la lectura. Abundante publicidad y después: «La conciencia, el alma. Responde el padre Lucchesini.» El abogado se quitó los zapatos, extendió las piernas hacia el asiento de enfrente y comenzó a leer. Y bien pronto experimentó un pequeño sobresalto: «Un caso muy delicado y complejo nos expone una lectora de Maddà. Hace algunos años, en un momento de debilidad, traicioné a mi marido con un hombre que visitaba a menudo nuestra casa, pariente de mi familia y del que siempre, desde que era muy joven, había estado un poco enamorada. Nuestra relación duró alrededor de seis meses, pero aun durante su transcurso yo seguía amando a mi marido y ahora le amo más que antes; la insignificante relación que sostuve con aquel pariente mío ha terminado por entero. Pero sufro por haber engañado a un hombre tan bueno, tan leal y tan fiel,

que tan enamorado está de mí. Hay momentos en los que siento el impulso de confesárselo todo, pero me lo impide el miedo de perderle. Soy religiosísima y por ello muchas veces he confesado este remordimiento a varios sacerdotes. Todos, excepto uno (que era peninsular), me han dicho que si mi arrepentimiento es sincero y el amor por mi marido permanece intacto, debo callar. Pero yo continúo sufriendo. Usted, padre, ¿qué consejo puede darme?»

El estado de ánimo que experimentó a continuación el abogado Vaccagnino era de una satisfacción que rayaba en lo exultante. De esa carta hablaría por lo menos durante un mes: en el círculo, en los pasillos de los tribunales, en las reuniones de familia. Centenares de hipótesis para plantear, muchas vidas —de las mujeres, de sus maridos, de los parientes de esas mujeres— pasarían por el cedazo de las más sagaces de las curiosidades, pura y literaria como era la suya; maliciosa, sólo tendente a caricaturizar cualquier hecho, como era la de los otros.

Entornó los ojos, alzó la cabeza hacia la lámpara, como si quisiera disponer de esa luz para la búsqueda que, con lentitud, similar a una rosa que ha de deshacerse pétalo a pétalo, comenzaba a surgir.

—¿Quién puede ser? —se preguntó entre dientes, susurrando —. ¿Quién habrá podido ser?

Pero rechazaba la posibilidad de sumergirse de inmediato en la búsqueda, por temor a que la identidad de la señora aflorara en seguida de los datos que ofrecía la carta.

Y ese rechazo era hasta tal punto delicioso que el sueño, también de modo delicioso, se le insinuó. Pero el abogado se despabiló de pronto ante la idea de que aún le quedaba por leer la respuesta del padre Lucchesini.

Era evidente que el padre había comenzado a escribir su respuesta con la sangre en el ojo: «¿Un momento de debilidad? ¿Un momento que dura seis meses? ¿Cómo puede ser tan indulgente consigo misma, con su culpa, que considera debilidad de un momento lo que ha sido una traición de seis meses, SEIS

MESES, hecha contra la persona de un hombre que, como usted misma dice, es bueno, leal, fiel y enamorado?» Después, por detrás de un «pero», maduraba un racimo de caridades y dulzuras: «Pero si su arrepentimiento es sincero, si su remordimiento sigue vivo y es tenaz su propósito de no caer nunca más en el pecado…» En resumen: «Usted ha pagado y paga su culpa con la pena del remordimiento, no debe ni puede forzarse a confesar a un hombre bueno e ignorante de la situación, como es su marido, a un hombre que ha depositado en usted aquella confianza que acompaña al verdadero amor, una traición cuyo conocimiento le causaría un mal quizá irremediable. En términos abstractos, sólo se puede alabar el impulso de la conciencia para confesar la traición consumada a la persona que ha sido víctima de ella. Pero si esta persona es ajena al hecho y la revelación sólo iba a acarrearle dolor e inquietud, el deber de callar es lo que se impone. Es preciso callar y sufrir. Con buen criterio, con criterio justo, pues, la han aconsejado aquellos sacerdotes que le recomendaran no revelar a su marido la traición. En cuanto a aquel que le ha aconsejado lo contrario, creo que ese consejo imprudente más ha de verse como nacido de un escaso conocimiento del corazón humano que del hecho de que provenga, como dice usted, de un peninsular. Ore usted, de todos modos, ore usted. Y que el callar sea el sacrificio más grande que le es posible realizar, más que una confesión al hombre a quien ha traicionado.»

«Hermosa respuesta —pensó el abogado—, hermosa de verdad. Indignación, caridad, sensatez: lo tiene todo. Es un hombre excepcional este padre Lucchesini.»

Después de un profundo bostezo, encendiendo un cigarrillo, se lanzó contra una especie de gineceo en el que todas las jóvenes y complacientes señoras de Maddà, medrosas, estaban a la espera de que un hombre como él, de rigurosos principios y de aguda inteligencia, descubriera de entre todas ellas a la culpable, a la adúltera.

Reconfortado por ocho horas de sueño y por una gran taza de café, el abogado Vaccagnino mientras se vestía, pensó una vez más

en la carta de la señora de Maddà. La había recortado y la guardaba en el maletín, aun cuando sabía que su mujer estaba suscrita a «Voi» y que en el pueblo circularían, por lo menos, un medio centenar de ejemplares de la revista. Y tal vez el punto de partida para la indagación tendría que ser ése precisamente: confeccionar una lista de las señoras del pueblo que estaban suscritas al semanario o que lo compraban en el quiosco cada semana.

Una operación que presentaba pocas dificultades: el dueño del quiosco de diarios y revistas era cliente suyo. El empleado de correos, una vez que estuviera al corriente del asunto, sería capaz de correr durante la noche para abrir las sacas postales. En fin, de todas formas, algunas indicaciones le podría brindar su propia mujer. Y la llamó.

Cuando la señora llegó con un «¿Qué quieres?» impaciente, erizada de rulos y brillante la cara de cremas, el abogado se dispuso, de improviso, a adoptar un tono un tanto despectivo e incluso inquisitorial:

—¿Lees las revistas que compras? —preguntó.

—¿Qué revistas?

—Las de modas.

—Sólo estoy suscrita a «Voi».

—Y las otras las compras en el quiosco.

—Oh, no, las otras me las prestan mis amigas —y la señora creyó que estaba a punto de verse llevada a una de las habituales discusiones acerca de los gastos, las prodigalidades, los dispendios demenciales que, según su marido, eran nudos a los que, un día u otro, les llegaría el peine ordenador.

Pero el abogado no tenía intención de ir a parar a una discusión acerca del balance del presupuesto doméstico.

—«Voi», exactamente: «Voi». ¿La lees?

—Sí que la leo.

—¿También la sección del padre Lucchesini?

—Algunas veces.

—La del último número, ¿la has leído?

—No, no la he leído. ¿Por qué?

—Léela.

—¿Por qué?

—Léela, te digo. Ya lo verás…

Por un momento, la señora no supo si optar por insistir para saber qué había allí de interesante, o por marcharse respondiendo al tono despectivo del marido con el desprecio de no leer la sección o por ceder a la curiosidad de ir a la carrera a leerla. Prevaleció, como es natural, la curiosidad. Pero no quiso dar a su marido la satisfacción de mostrar asombro e interés por aquello que había leído. Por todo lo cual el abogado, que ansiaba observar sus reacciones y arrancarle alguna información, alguna sospecha, después de un buen cuarto de hora de espera infructuosa la llamó.

Pero la voz de la señora llegó desde el lavabo teñida con el tono agudo de la exasperación:

—¿Qué quieres?

Desde el otro lado de la puerta cerrada, el abogado le hizo llegar su pregunta:

—¿La has leído?

—No —respondió con tono seco la señora.

—Eres una perfecta idiota —dijo el abogado. No le cabía duda de que la había leído ya y de que, por uno de esos caprichos que empañaban su felicidad conyugal, no quería darle el gusto de hablar del tema.

Pero tuvo más fortuna en los pasillos del edificio de los tribunales. Y un éxito de campanillas registró más tarde en el círculo. En el tribunal, el hecho de que el abogado Lanzarotta, cincuenta años bien llevados, pero con una mujer de veinticinco, se quitara la toga diez minutos después de haber leído la carta y, demostrando un repentino malestar, pidiera al presidente que aplazase la causa que estaba a punto de ser discutida, fue por todos interpretado en un único y específico sentido. Otro tanto sucedía minutos más tarde con aquella especie de «rigor mortis» que fue

observado en el juez Rivera a medida que leía la carta: la devolvió sin decir una sola palabra, encaminándose hacia su despacho con aire de sonámbulo.

En el círculo, todos comentaron las reacciones del abogado Lanzarotta y del juez Rivera. Todos, con maligna compasión, concordaron en que los dos tenían de qué preocuparse. Pero don Luigi Amarú, que era soltero, sin ninguna clase de piedad declaró que en las condiciones de Lanzarotta y Rivera, y sin salirse del grupo de amigos y conocidos, debía haber otros veinte, por lo menos.

—¿Qué condiciones? —preguntó más de uno de los circunstantes.

Don Luigi las estableció del siguiente modo: edad de la mujer entre los veinte y los veinticinco; no fea, poseedora de buena instrucción, como la carta lo evidenciaba; con un pariente de unos cuarenta años, de buena presencia, poseedor de cierto encanto, que frecuentara o hubiera frecuentado la casa; con un marido de buen carácter, tranquilo, no demasiado inteligente.

La unánime aprobación del esquema fue seguida por una inmediata y muy difundida consternación. Aparte de la parvedad de inteligencia, que nadie allí se sentía proclive a dudar de la propia, entre los presentes, en aquellas condiciones, había (alguien hizo la cuenta) nueve personas.

Entre el número de éstos, el primero que demostró haber tomado conciencia de pertenecer a ese grupo, fue el agrimensor Favara.

—Permítame volver a leer esa carta —dijo avanzando con expresión hosca, amenazante, hacia el abogado Vaccagnino.

El abogado le entregó el trozo de papel. Favara, arrellanándose en un sillón, se sumergió en la lectura con aquella concentración que, por lo común, dedicaba a los acertijos, los criptogramas y crucigramas. Y así fue como se había percatado del silencio reinante, de la atención divertida o ansiosa de que era objeto.

Porque los solteros, los viudos, los viejos, los afortunados cuya mujer carecía por entero de familia se estaban divirtiendo. Pero en las miradas de quienes se encontraban en las condiciones establecidas por don Luigi brillaba una verdadera y visible ansiedad. Era como si el comportamiento de Favara fuese una suerte de sacrificio que, una vez consumado, les restituiría aquella seguridad que sentían desbaratada.

Por cierto que Favara, tras levantar de aquel trozo de papel una mirada de náufrago, reaccionó de la manera que sus compañeros de penurias, e incluso quienes se divertían, se habían augurado.

—¿Por qué me miráis así? Estas son cosas inventadas, estupideces… Yo jamás he creído en las cartas publicadas en los periódicos. Las inventan los mismos periodistas.

Muchos asintieron.

—Es verdad, tiene razón —pero intercambiaron unos guiños que denotaban compasión.

Pero el doctor Militello, hombre de notorias características pías y viudo desde hacía, cuando menos, treinta años, sin contenerse le contradijo:

—Ah, no, mi querido amigo. Puedo llegar a admitir que los periódicos inventen las cartas, digamos, provocativas. Pero aquí nos hallamos frente a una sección que está a cargo de un sacerdote; y que un sacerdote pueda inventar algo, aunque sea precisamente un caso de conciencia, es una sospecha que me veo en el deber de rechazar como irreverente e injuriosa.

—¿Usted la rechaza? —preguntó Favara con una ironía que apenas acertaba a encubrir la violencia que le bullía dentro—. ¿Y quién es usted?

—¿Cómo quién soy yo? —replicó el doctor mientras gesticulaba como si buscara una identidad que le otorgase el derecho indiscutible de rechazar la sospecha de Favara—. ¿Quién soy yo, me pregunta usted…? ¿Pues quién soy yo? —y giró los ojos para preguntarlo a los demás.

El maestro Nicasio, presidente de la asociación de docentes católicos, acudió al vuelo a socorrer al doctor:

—Es un católico y como tal le asiste el derecho…

—¡Sepulcros blanqueados! —gritó Favara saltando del sillón y, antes de que los ofendidos hubieran tenido el tiempo necesario para reaccionar, hizo una pelotilla con el recorte, lo arrojó contra el piano con una furia y una fuerza que parecía que la quisiera hacer llegar al blanco en que se habían convertido aquellos proyectiles de mortero que se ven en Castel Sant'Angelo, y salió del lugar con paso presuroso.

Se produjo un gran silencio, pero ligero, trémulo de contenida hilaridad. Después el doctor Militello dijo:

—No sabía que la mujer de Favara tuviera parientes.

Se inició así una conversación a tal punto agradable para todos, que sólo fue interrumpida por la intervención del camarero quien, con gran respeto, hizo notar a los señores la hora: las dos de la tarde.

El abogado Vaccagnino encontró que los «spaghetti» no estaban buenos y que su mujer ardía de furia. Comió sin chistar siquiera, porque suya era la culpa, a la vez que intentaba alegrar a la señora con el relato, debidamente coloreado, de las escenas que habían protagonizado Lanzarotta, Rivera y, «dulcis in fundo»[13], Favara.

Pero la señora no dio muestras de apreciar la esencia divertida del relato.

—Bonito sentido de la responsabilidad tenéis vosotros. ¿Y si ocurre una tragedia?

—Oh, qué dices, una tragedia —respondió el abogado—. Aunque ocurriera una tragedia, yo tengo mi conciencia tranquila. Primero, porque se trata de una carta publicada en una revista que leen todos los que saben hacerlo… sean perros o personas…

—Incluso tú —recordó la señora.

—Ha sido una casualidad —puntualizó el marido.

—O sea que yo, que la leo siempre, pertenezco a la categoría de los perros —porque la señora, vete a saber por qué razones, se disponía a hacer estallar una riña.

El abogado, que no tenía interés en ello, en cambio, le pidió disculpas y prosiguió:

—Segundo, porque nadie, repito: nadie, ha hecho ni la más mínima de las alusiones a los casos personales de ninguno de esos tres: a) porque, que yo sepa, jamás ha habido ninguna malidicencia acerca de las mujeres de Lanzarotta, Rivera y Favara; b) porque aun en el caso de que la hubiera habido, todos nosotros somos perfectos caballeros y yo lo soy hasta el exceso; c) porque si alguien quiere proclamarse cornudo, es libre de hacerlo, tal como yo soy libre de divertirme…

—Allí está lo bueno del asunto —interrumpió la señora—: lo que tú quieres es divertirte.

Disgustado por haber sido interrumpido en el ardor de establecer subdistinciones, en las que era maestro, el abogado alzó la voz:

—Sí, así es, me quiero divertir… Si tú tienes motivos para decirme que éste es un asunto sobre el cual no tengo derecho a divertirme, dímelo ahora mismo —y ya su aspecto adquiría un matiz de ferocidad.

—Desvergonzado —respondió la señora y corrió a encerrarse en su habitación.

El abogado se arrepintió de inmediato de su última expresión y más aún por haber menoscabado su propia tranquilidad y no tanto por haber ofendido a su mujer. Porque ahora, de aquella frase manaba una antigua historia y de aquella pequeña historia comenzaba a echar brotes y entenebrecerse la inquietud, la duda, la aprensión. La fábula que recordaba era aquella del bando de Guillermo el normando, que ordenaba que todos los cornudos del reino llevaran un capuchón en pico para distinguirse de quienes no lo eran, so pena de una multa de cien onzas; y ocurrió que un marido particularmente respetuoso de las leyes preguntó a su mujer si, en conciencia, debía él o no llevar aquel capuchón en pico; la tal

pregunta suscitó muy fieras protestas, porque no había, en verdad, mujer más respetuosa que ella del honor del marido. Pero cuando ese bizarro ciudadano estaba a punto de salir con la cabeza descubierta, la mujer le llamó para aconsejarle que, a fin de no permitir que se soliviantaran las malas lenguas, se pusiera el capuchón.

«¿Qué puede saber un marido?», pensaba el abogado. Toda una literatura de engaños femeninos, de traiciones consumadas por las mujeres con diabólicos recursos, vino a alimentar su sentimiento de autoconmiseración, al que se abandonó con la desesperanza de un ciego (la comparación le centelleó en la mente) que se entrega a reflexionar acerca de su propia desventura. Y de verdad se sentía en unas condiciones de ceguera física, asediado por la compacta oscuridad en la que se ocultaban los años que su mujer había vivido antes de que él la conociera, el tiempo en que la dejaba sola, la libertad de que gozaba, los sentimientos que de verdad experimentaba, las cosas que en realidad pensaba.

«Hay que acudir a la filosofía», se dijo y la halló en la imagen de Marco Aurelio, alta e inmóvil por encima de la fluyente y lúbrica desnudez de Mesalina. Porque, vete tú a saber cómo, tenía la arraigada convicción de que Mesalina había sido la mujer de Marco Aurelio y de que éste se había convertido en filósofo para poder dominarse en la exteriorización de sus desgracias conyugales.

La filosofía aleteó por el círculo durante toda la noche. Estaban presentes también el juez Rivera y el abogado Lanzarotta quienes, evidentemente —se les veía en el color de la cara y en los ojos de mirada perdida e inquieta—, simulaban una serena indiferencia. Por otra parte, muchos eran los que se sentían en la necesidad de ocultar su incomodidad, sus aprensiones y sus miedos. Y también el abogado Vaccagnino, si bien se encontraba, a los ojos de los demás, en la feliz condición de contar entre los parientes de la mujer sólo a un primo que vivía en Detroit, al que jamás se había visto en el pueblo, y una tía monja de clausura.

El agrimensor Favara lo había hecho todo para liberar a los demás de sus preocupaciones: tan pronto como hubo abandonado el círculo, corrió a someter a su esposa a un severo interrogatorio. Según murmuraban las malas lenguas, hasta había apelado a las vías de hecho. Toda vez que la señora negó, con desesperación, haber cometido aquella culpa y haber escrito aquella carta, Favara decidió que quedaba una única cosa por hacer: correr a Milán, entrevistarse con el padre Lucchesini y convencerle de que le permitiera ver la carta en cuestión. Para el caso eventual de que el padre Lucchesini no se convenciera por las buenas, se había metido en el bolsillo un revólver. Motivo por el cual la señora, tan pronto como hubo salido el agrimensor, telefoneó al ingeniero Basicò para pedirle que salvara a su socio y amigo de la catástrofe y el ingeniero, que era un amigo de verdad, corrió hasta el aeropuerto de Catania, calculando que Favara, embarcado en un tren como aseguró el jefe de estación, llegaría a Milán a la mañana siguiente. Pero, a pesar de ser un buen amigo, antes de partir decidió informar al doctor Militello, o sea a todos los socios del círculo, acerca de la delicada y secreta misión que se aprestaba a cumplir.

En razón de tales hechos, en esos momentos, todos aplicaban la filosofía al caso de Favara, sosteniendo que eran infundadas las sospechas que le habían alterado, aunque esperaban fervientemente que resultaran fundadísimas. Hasta llegaron a proclamar que la carta debía de haber sido enviada por algún espíritu sutil de Maddà: precisamente para lograr que sucediera lo que había sucedido; y que era inimaginable una ligereza tal por parte de una señora.

—Si descubro quién ha sido —dijo el profesor Cozzo— le retorceré el pescuezo, como que hay Dios.

Dado que Cozzo era soltero, todos se asombraron ante sus palabras:

—¿Qué te importa a ti esto?

—Yo sé cuánto me importa —respondió Cozzo mientras con gesto nervioso golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño

derecho.

Le importaba y no poco: había logrado una cita, la primera, con la señora Nicasio, en un hotel de la ciudad cercana; pero la señora se había excusado, diciendo que no podía, en ese mismísimo día, comunicar a su marido que se marchaba sola a la ciudad, para hacer las compras habituales, porque el maestro se había mostrado durante la comida de ánimo intratable, lleno de malhumores y de suspicacias.

La actitud de Cozzo suscitó una nueva oleada de sospechas, que siguieron siendo contenidas, ocultadas. También reverdecieron las sospechas de Nicasio, que estaba presente, porque le afloraba el recuerdo de aquel baile de carnaval en el que, durante casi toda la noche, su mujer había bailado con Cozzo (después, ya en casa, habían reñido).

En resumen: para algunos fue una larga velada; para otros, demasiado breve.

Como ocurría cada noche, el abogado Zarbo se metió en la cama antes que su mujer. Había tenido un día duro a causa de aquella carta: en el tribunal, en el círculo y, sobre todo, en su interior, sacudido por el resentimiento y la piedad, por el amor y por el rencor. No como los demás. Él sabía, siempre lo había sabido.

Cogió el libro, lo abrió en la página señalada. Leyó varias, pero entre su vista y su entendimiento había caído algo así como una catarata, la mente disgregada por el dolor. Cuando alzó los ojos del libro se espantó casi al ver a su mujer desnuda, con los brazos en alto, la cabeza envuelta en el camisón que estaba poniéndose. Y le pareció el mejor de los momentos para preguntarle, con voz incolora, con tono calmo:

—¿Por qué le has escrito al padre Lucchesini? La cara de ella pareció emerger de un desgarrón de la ropa, helada en una mueca de extravío, de miedo. Casi gritó:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. He comprendido de inmediato que esa carta tenía que ser tuya.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Porque lo sabía.

La mujer cayó de rodillas, hundió la cara en el borde de la cama, como para sofocar el grito:

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías! —y así permaneció mientras la sacudían sollozos silenciosos.

Él comenzó a hablarle de su amor y de su pena y la miraba con tierno desprecio, con piedad entremezclada de deseo y vergüenza. Y cuando las cosas que decía llegaron al llanto, a las lágrimas, se acercó a ella para alzarla, para atraerla hacia sí.

Pero en cuanto sus manos la tocaron, la mujer se irguió con un movimiento brusco. En sus ojos y en su boca reía una risa maligna, fría, inmóvil. Tendió hacia él una mano cerrada en puño y, como si quisiera vaciarle los ojos, hizo saltar el índice y el meñique. Histérico y lacerado, le salió de la boca el grito del cabrón:

—Beeee… beeeee…

APOCRIFOS SOBRE EL CASO CROWLEY

Para el jefe de la policía.

Indagar y referir la vida que lleva en Cefalú el ciudadano inglés Edward Alexander Crowley.

M.

A Su Excelencia Benito Mussolini
Jefe del Gobierno

Roma, 15 de julio de 1924

Con respecto de la nota de Vuestra Excelencia, en la que se ordenaba una investigación acerca del ciudadano inglés E. A. Crowley, en estos momentos residente en Cefalú (Palermo), transcribo los puntos esenciales del informe llegado a mis manos y proveniente del Comisario P. S. de aquella localidad.

«El citado Edward Alexander Crowley, nacido en Learnington el 12 de octubre de 1875, vive en una villa situada a unos tres kilómetros del pueblo, desde el mes de abril de 1920. Con

regularidad paga el dinero del alquiler a los propietarios, los cuales sólo lamentan una cierta extravagancia de Crowley, que consiste en pintar frescos en las paredes y con figuras, al parecer, no acordes con los cánones de la decencia. Pero los citados propietarios jamás han tenido ocasión de ver la villa desde el día en que la cedieron en alquiler al dicho Crowley y sólo a través de las habladurías que corren por el pueblo han sabido de la extravagancia del inglés. Habladurías alimentadas por el hecho de que con Crowley convivan no menos de cinco mujeres, de relativa juventud y belleza (además de tres niños, de los cuales uno es negro o mulato), sobre quienes la fantasía de un pueblo como éste se desencadena y desfoga de manera tal que es difícil distinguir, en todo aquello que se cuenta, lo verdadero de lo falso. De todos modos, pareciera que las rarezas de que se hace cargo a Crowley en el pueblo se redujeran a un sistema de vida de acuerdo con la naturaleza: los niños, las mujeres y el mismo Crowley han sido vistos tomando el sol desnudos. Pero de parte de los vecinos jamás ha llegado queja a esta comisaría. Pareciera también que los campesinos de la zona se dedican activamente a espiar la villa, por cierto bien tapiada, del inglés. La desnudez de las jóvenes mujeres les proporciona un deleite del que en todo el pueblo se tejen conjeturas, hasta llegar al escándalo. De esto último hemos recibido una advertencia proveniente de Su Excelencia el señor Obispo, pero una investigación nuestra, llevada a cabo con suma discreción, no ha comprobado otra cosa que no sean las violaciones que perpetran los campesinos de la zona a aquel derecho a la libertad privada que pertenece a cada ciudadano y que, en particular, cultivan los ingleses. Se ha creído por ello prudente no proseguir con el asunto, no sin antes asegurar a Su Excelencia el señor Obispo que cuanto ocurría en la villa de Crowley no escapa a nuestra atención y que tan pronto como cometieran los habitantes de la villa la primera violación de las

leyes de nuestro País, adoptaríamos las medidas pertinentes, con toda presteza y decisión.

Resumiendo: es muy cierto que Crowley lleva una vida fuera de la norma común, pero con más misterio que escándalo público y, precisamente a causa de ese misterio, su presencia en Cefalú constituye un elemento de inquietud general. En lo que respecta a una posible actividad de espionaje o que ocasione algún daño a la seguridad del Estado Italiano, creemos que la sospecha es por entero infundada: y baste la consideración de que sus contactos con el mundo exterior se reducen al puro y simple aprovisionamiento que, de modo regular, se hace una vez cada mes, en una tienda del lugar. De lo cual se deduce que el pan es hecho por las mujeres, puesto que la villa posee un horno de leña y que las carnes, en el caso de que las consuman, en cambio, provienen de la cría de cabras y animales de pesebre a la que se dedica la pequeña comunidad.»

A la espera de otras eventuales órdenes, con saludos fascistas,

el jefe de la policía,
general E. De Bono

Nota para el jefe de la policía.

La investigación sobre el inglés Crowley debe continuar. Realizar una visita de inspección. Referirla. ¿Quién ha dicho que es sospechoso de espionaje? El embajador inglés es quien ha manifestado su preocupación acerca de su compatriota: teme, por el buen nombre de Inglaterra, que Crowley protagonice un escándalo en Italia. A mí me importa un rábano.

M.

A Su Excelencia Benito Mussolini
Jefe del Gobierno

Roma, 11 de setiembre de 1924

Con respecto de las disposiciones impartidas por Vuestra Excelencia con relación al súbdito inglés Edward Alexander Crowley, en la actualidad residente en Cefalú (Palermo), se transmite el informe del comisario de P. S. de aquella localidad.

Con saludos fascistas,

el jefe de la policía,
general E. De Bono

A Su Excelencia el Jefe de la Policía Roma

El infrascrito, en cumplimiento de lo dispuesto por Vuestra Excelencia en carta del 20 de julio de 1924, prot. 19.328, se ha dedicado con diligencia a ejecutar tan delicada misión. Y antes que cualquier otra cosa, con el fin de evitar que surgiera algún incidente con la Autoridad Judicial, se ha encargado de informar sobre la tarea a cumplir al señor Procurador del Rey ante el Tribunal de Cefalú, de modo que la vigilancia de la villa habitada por Crowley se hiciera de conformidad con la ley y que una eventual protesta del inglés con motivo de nuestra intromisión en su vida privada no suscitara el resentimiento del señor Procurador. El cual no de inmediato ni sin vacilaciones ha aceptado el requerimiento del infrascrito, a pesar de las motivaciones de fuerza mayor, quizá la misma seguridad de la Patria, en las que se inspiraba la investigación sobre Crowley. De aquí el retraso para rendir cuenta a Vuestra Excelencia de cuanto el infrascrito ha podido, por fin, comprobar de manera personal.

La vigilancia de la villa habitada por Crowley ha sido llevada a cabo por el infrascrito, con la asistencia del brigadier Angelo Lo Turco y por el agente Bartolomeo Vasta; la correspondiente requisa fue efectuada en las horas de la mañana del día 7 de los

corrientes, en compañía del profesor Paolo D'Alunzio, docente de inglés en la Escuela Técnica local, quien había sido citado por el infrascrito para que hiciera las veces de intérprete, en caso de necesidad. Pero, en verdad, no fueron necesarios sus oficios, toda vez que Crowley habla un italiano bastante comprensible. La presencia del profesor, de todas maneras, se ha demostrado útil en razón de un detalle que se referirá de inmediato.

En un primer momento, Crowley ha mostrado una cierta indignación por el hecho de que en Italia se pudiera imponer a una persona, que de ningún modo ha violado la ley ni ha dado lugar a un escándalo público, una indagación en abierto contraste con el principio elementalísimo de la libertad individual. Pero después ha adoptado una actitud de condescendencia y casi divertida, como si se hallara en plan de recitar los parlamentos de un guía de museo, no sin antes explicar la filosofía de que eran testimonio las personas y las cosas que en torno a él viven. Dicha filosofía, si al infrascrito le es permitido apelar al recuerdo de sus estudios secundarios, aproximadamente resulta de la mezcla de ciertos elementos de las antiguas civilizaciones medio-orientales, la magia y la astrología, sumados a elementos de un epicureismo desnaturalizado y corriente en la acepción horaciana de la «Epicuri grege porcum»[14]. Pero contrapesada con un feroz pesimismo. El conjunto es exaltado mediante un ritual de extracción católica y masónica a la vez, a juzgar por los objetos que se utilizan en dicho ritual, y que fueron exhibidos y explicados. No faltan, naturalmente, cadenas e instrumentos de flagelación, porque en esta religión que Crowley presume de haber fundado, religión del sol y de la sangre, el placer es fruto del dolor. Pero del dolor de los demás, probablemente, aun cuando el profesor D'Alunzio afirme que en Inglaterra no son infrecuentes las prácticas de recíproca o autoflagelación para llegar al placer.

El infrascrito, además, ha comprobado que responden a la verdad las habladurías con respecto de los frescos pintados por Crowley sobre las paredes interiores de la villa, pinturas que representan, no sin calidad y talento, extrañas posiciones de apareamiento, así como también escenas de perversión y de sodomía, al par que exaltan, casi como si se tratara de motivos recurrentes de la ornamentación, aquellas partes del cuerpo humano que la decencia quiere cubiertas e innominadas. Crowley ha querido convencer al infrascrito de que la vida en sí no consiste ni significa más que las cosas por él representadas y practicadas y que en efecto, cada pensamiento y acción del hombre de aquellas cosas proviene y a la vez las realiza, bajo formas diversas. Y así ha pasado a declararse admirador del Fascismo y de su jefe y a asegurar que se siente feliz de hallarse como huésped de un País como Italia, porque en los presentes momentos Italia le parece el País en el que existen, según su criterio, más elementos comunes con su visión de la vida. Cumplido éste que el infrascrito se ha creído en el deber de rechazar: pero Crowley ha insistido con argumentos alambicados y complejos, aunque no carentes de inteligencia. Más tarde, al descubrir el infrascrito una piedra cuadrada sobre la que se advertían claras señales de sangre y al preguntar cuál era su uso, Crowley respondió que sobre ella se consumaban los sacrificios. Pero ha agregado una frase en inglés de la cual el infrascrito sólo pudo comprender el nombre de Matteotti. Y después el profesor D'Alunzio explicó que Crowley había dicho textualmente: «El diputado Matteotti fue asesinado en otra parte.» Tal vez no sin cierta ironía.

En lo que respecta a las mujeres, aun cuando habría motivos para presumir que viven en un estado similar al de la esclavitud, no se declararon infelices ni parecen serlo. Sin lugar a dudas, sienten una adoración incondicional hacia Crowley.

En el momento de nuestra requisa, los niños dormían bajo un árbol. Parecen gozar de buena salud.

En definitiva, las impresiones que el infrascrito ha obtenido son por entero negativas y bastarían como motivo de una expulsión de Crowley del suelo italiano, tanto más cuanto que han sido recogidos varios testimonios de campesinos de la comarca, en los que se afirma que más de una vez han visto a las mujeres de Crowley, unas veces unas y otras veces otras, amarradas desnudas a una roca, expuestas a los rayos del sol durante las horas de calor más intenso.

A la espera de nuevas órdenes, con saludos fascistas.

Cefalú, 8 de setiembre de 1924.

El comisario
A Caminiti

Para el jefe de la policía.

Tomar urgentes medidas con el fin de expulsar del territorio italiano al señor Crowley.

El comisario de Cefalú es un idiota.

M.

Para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Informar al embajador de Gran Bretaña que el Ministerio del Interior ha decidido expulsar de Italia al señor Crowley.

M.

UN WESTERN DE LA MAFIA

Un pueblo grande, casi una ciudad, en el límite entre las provincias de Palermo y Trapani. Época: los años de la Primera Guerra Mundial. Y como si no bastara con ella, en el pueblo se desarrolla otra, interna: no menos sangrienta, con una cantidad de muertos por asesinato que no le va a la zaga al número de ciudadanos que caen en el frente. Dos grupos de la mafia están cumpliendo sus venganzas privadas desde hace tiempo. Un promedio de dos muertos cada mes. Y en cada uno de los casos todo el pueblo sabe de dónde han venido los disparos y a quién le corresponderán los que han de llegar como respuesta. Y también lo saben los carabineros. Es casi un juego y con las reglas de un juego. Los jóvenes mafiosos anhelan ascender; los viejos defienden sus antiguas posiciones. Cae un gregario de una de las partes, cae otro de la otra. Los jefes están a buen recaudo. Aguardan el momento propicio para establecer nuevos pactos. A lo sumo uno de los dos, el jefe de los viejos o el jefe de los jóvenes caerá después del pacto, después de la pacificación: dentro del torrente de la amistad.

Pero he aquí que, en cierto punto, la lucha de venganza se acelera, asciende por los peldaños de la jerarquía. Por lo común, la aceleración y ascenso de la guerra de venganza muestra una

voluntad pacificadora por parte de quien la promueve. Y es el momento en el que, desde los pueblos vecinos, llegan los patriarcas, para entrevistar a ambas partes, para reunirlas, para convencer a los jóvenes de que no pueden ser dueños de todo y a los viejos de que no de todo pueden ser dueños. El armisticio, el tratado. Después, una vez lograda la unificación, y con el tácito y total consentimiento de los unificados, se produce la eliminación de uno de los dos jefes: emigración, jubilación o muerte. Pero esta vez las cosas no son así. Los patriarcas llegan, los delegados de ambos bandos se entrevistan; pero, entretanto, en contra de la costumbre y de las expectativas, el ritmo de las ejecuciones se mantiene estable o, quizá, se intensifica un tanto, implacable. Las dos partes se acusan, frente a los patriarcas, en forma recíproca, de deslealtad. El pueblo ya no entiende nada de lo que está ocurriendo. Y tampoco los carabineros. Por fortuna los patriarcas son gente de mentalidad fría, de sereno juicio. Reúnen una vez más a ambas delegaciones, elaboran una lista de las víctimas de los últimos seis meses y «a éste le hemos matado nosotros», «a éste nosotros», «a éste nosotros no» y «nosotros tampoco», llegan a la desconcertante conclusión de que las dos terceras partes han sido puestas fuera de combate por alguna mano extraña a uno y otro grupo. ¿Es decir, que existe una banda secreta, invisible, entregada al exterminio de las otras dos bandas que tienen existencia casi oficial? ¿O existe un vengador aislado, un lobo solitario, un loco que se dedica al deporte de matar mafiosos de uno y otro bando? La turbación de todos es grande. Incluso entre los carabineros, quienes, aunque sentían cierta satisfacción al recoger a los caídos (todos ellos delincuentes que han sido liquidados por una descarga cerrada y que no podrían haber sido acusados con pruebas), con todo el trabajo que les estaban dando los desertores, esperaban y deseaban que la venganza de la mafia se extinguiera.

Los patriarcas, una vez planteado el problema dentro de sus justos términos, dieron a ambas bandas la consigna de que se apañaran y despabilaran para resolverlo. Y se largaron de allí, que

en esas circunstancias ninguna de las dos partes, por sí misma, y tampoco las dos reunidas, estaban en condiciones de garantizarles su inmunidad. Los mafiosos del pueblo se entregaron a una investigación. Pero el miedo, el sentirse objeto de una inescrutable venganza o de un mortífero capricho, el hallarse de pronto en la situación en la que siempre se habían hallado ante ellos las personas honestas, los confundía y entorpecía sus decisiones. No encontraron nada mejor que pedir a sus hombres políticos y a los carabineros que se realizara una investigación seria, rigurosa y eficiente. Y esto a pesar de que abrigaban la duda de que los carabineros, en vista de que no lograban extirparlos por medios legales, podían haber apelado a aquella caza más tenebrosa y más segura. Si el Gobierno, para evitar la superpoblación, cada tanto permitía que estallara el cólera, ¿por qué no pensar que los carabineros se dedicaban a una secreta eliminación de mafiosos?

El tiro al blanco del desconocido, o de los desconocidos, continúa. Cae el jefe de la vieja banda. En el pueblo se respira un aire de liberación y, a la vez, de zozobra. Los carabineros se encuentran desorientados; los mafiosos, aterrorizados. Pero inmediatamente después del solemne funeral del jefe, al que había asistido el pueblo entero, fingiendo dolor, los mafiosos pierden aquel aire de falta de ánimo, de miedo. Está claro que ahora saben de quién vienen los golpes y que los días de ése están contados. Un jefe es un jefe incluso muerto: sin que se sepa cómo, se sabe que el viejo había logrado transmitir una señal, un indicio, en el mismo momento de la muerte. Y sus amigos han logrado descubrir la identidad del asesino. Se trata de una persona insospechable: un profesional serio, estimado, de carácter un tanto hosco, de vida solitaria. Pero en el pueblo nadie, a excepción de los mafiosos que ahora lo sabían, podría haberle creído capaz de aquella larga caza, despiadada y precisa, que hasta ese momento había remitido a las noticias necrológicas a tantas de aquellas personas que los carabineros no lograban mantener bajo arresto durante más de un par de horas. También habían recordado los mafiosos el motivo por

el cual, después de tantos años, había estallado el odio de ese hombre con frialdad, con lúcido cálculo y una segura ejecución. Había de por medio, y es ocioso decirlo, una mujer.

Desde sus tiempos de estudiante había tenido amoríos con una muchacha, hija de una familia de incierta nobleza, pero de seguros medios económicos. Licenciado ya, con el apoyo de la estabilidad del amor que los unía, había dado los pasos necesarios ante la familia de ella para llegar al matrimonio. Había sido rechazado, porque era pobre y, a causa de su pobreza presente, resultaba incierto su porvenir profesional. Pero la relación con la joven continuó. Se hizo más intenso el sentimiento de ambos ante las dificultades que debían superar. Y entonces fue cuando los nobles y ricos parientes de la muchacha hicieron un llamado a la mafia. El jefe, el viejo y temible jefe, llamó al joven profesional: con refranes y ejemplos intentó convencerle de que abandonara su pretensión. Al no tener eco sus advertencias, pasó a las amenazas directas. El joven enamorado no hizo caso de ellas, pero la muchacha se sintió profundamente impresionada. Y por temor a que la amenaza nefasta se ejecutara, siquiera hasta un cierto punto, la rica heredera adoptó el práctico criterio de que aquellos amores eran, de todos modos, imposibles. Así fueron concertadas sus nupcias con un hombre de su misma alcurnia. El joven pretendiente acusó su desdicha, pero sin dar señales de desesperación o de cólera. Evidentemente, había comenzado a planear su venganza.

Pero ahora los mafiosos le habían descubierto. Y le habían condenado. Se arrogó la ejecución de la condena el hijo del viejo jefe: tenía derecho a ello por su luto reciente y por la jerarquía del difunto padre. Con especial cuidado fueron estudiados los hábitos del condenado, la topografía de la zona en que vivía y la de su casa. Pero no se tuvo en cuenta el hecho de que en esos momentos todo el pueblo había comprendido que los mafiosos sabían: otra vez mostraban su acostumbrada petulancia, era evidente que ya no temían un peligro desconocido. Y antes que ningún otro, así lo había entendido el condenado.

Por la noche, el joven vengador salió de casa con el viático de las últimas recomendaciones maternas. La casa del profesional no estaba lejos. Se apostó al acecho, a la espera de que su víctima regresara. O intentó entrar en la casa para sorprenderle durante el sueño. O golpeó la puerta y le llamó esperando que apareciera por una de las ventanas o por un balcón determinado. Lo cierto es que aquel que había de ser su víctima se le adelantó, lo burló. La viuda del jefe, la madre del joven encargado de la venganza, oyó un disparo: creyó consumada la venganza y aguardó el regreso del hijo con una ansiedad que crecía, dolorosa, a cada minuto transcurrido. Pasado un cierto tiempo, tuvo la atroz certidumbre de lo que había ocurrido en realidad. Salió de casa para hallar muerto a su hijo frente a la casa del hombre que aquella noche, según los planes y las votaciones, tendría que haber sido asesinado. Cargó el cadáver del joven y se lo llevó a casa; lo tendió sobre la cama y a la mañana siguiente dijo que sobre aquella cama había muerto, a causa de una herida que quién sabe dónde y por mano de quién había recibido. Ni una palabra a los carabineros acerca de quién podía haber sido el asesino. Pero los amigos comprendieron, supieron y con mayor empeño prepararon la venganza.

A eso del término de un día de verano, a la hora en que todos se hallaban en la plaza para tomar el primer frescor de la noche, sentados frente a los círculos, los cafés y las tiendas (y también estaba, a la puerta de una farmacia, el hombre que por primera vez había logrado eludir la condena), alguien se ocupaba de reparar el motor de un coche. Giraba la manivela y el motor respondía con violento estrépito de hierros y un crepitar de estallidos que parecían los de una ametralladora. Cuando el estruendo se apagó, a la puerta de la farmacia, desplomado sobre una silla, estaba, con el corazón destrozado por un disparo de mosquete, el cadáver del hombre que había podido sembrar la muerte y el terror en las filas de una de las más aguerridas mafias de toda Sicilia.

PROCESO POR VIOLENCIA

En la mañana del 8 de diciembre de 1870, día de fiesta en honor de la Inmaculada Concepción, en Bottanuco, pueblo bergamasco que contaba por entonces con un millar de almas, entre las que una al menos era indudablemente negra, una joven de catorce años que servía en la familia de los campesinos Ravasio, después de solicitar permiso a sus amos y con la promesa de regresar antes de la noche, se encaminó hacia el vecino pueblo de Suisio, donde tenía familiares. Salió de casa junto con su ama, pero ambas se separaron a poco de andar. Eran, poco más o menos, las siete y por ende la luz del día no brillaba por completo. El ama, en razón de la hora, de lo solitario del camino, del tiempo nada bueno, la miró alejarse con una vaga inquietud. Poco después, de camino ya hacia Madone, oyó agudos lamentos, como aullidos de lobo. Y sin más estimó que tales serían, porque había nieve y para los lobos, como es sabido, es duro el tiempo de nieve. El hecho de que los lamentos provinieran del lugar hacia donde se había encaminado la muchacha no le produjo inquietud, de momento. No se recordaba, en la comarca, que los lobos atacaran a los seres humanos. Lo recordaría dos días más tarde, en la noche del 10, porque la muchacha no había vuelto en la noche del día 8 ni al día siguiente y tampoco había llegado al vecino pueblo de Suisio.

La encontraron bajo un cobertizo que hacía las veces de pesebre. «La desdichada jovencita yacía sobre el suelo, totalmente desnuda, con sólo la pierna izquierda cubierta por una media, y su cuerpo presentaba señales de la más feroz de las vejaciones. Deformado por muchas heridas, estaba a lo largo casi partido por la mitad y le faltaban algunas partes, sobre todo varias visceras. Estas fueron encontradas al pie de un árbol. Y, dentro de una cabaña de paja poco distante del lugar, fue hallado un trozo de muslo de la pierna derecha y una imagen del papa Pío IX, perteneciente a la muchacha. Bajo un montón de cañas de maíz, en una finca vecina, fueron halladas las ropas y un pequeño pañuelo de la niña fue encontrado en medio de la nieve, en el camino. Por último, se observó que junto al cadáver estaban extrañamente dispuestas en formación simétrica, diez horquillas que la infeliz solía llevar en su peinado» (por éste y por otros detalles que surgieron luego en los testimonios, se ha revestido a la pobre Giovannina Motta en el momento en que sale de la alquería de la familia Ravasio para marchar hacia la muerte con las circunstancias que rodean los preparativos de la boda de Lucía: «Los negros y juveniles cabellos, partidos sobre la frente, con un blanco y sutil lazo, se envolvían por detrás de la cabeza en múltiples curvas de trenzas, traspasadas por largas horquillas de plata que se dividían en el contorno como si fueran los rayos de una aureola, como aún las llevan las campesinas de Milán. En torno al cuello llevaba una gargantilla de granates…», pero la de Giovannina era de «corales finos»).

Las horquillas estaban dispuestas sobre la tierra en forma de abanico o peinetón: tal vez el asesino había querido repetir la disposición que tenían entre los cabellos de la muchacha o dibujar una custodia. Sobre las ropas no se hallaron rastros de sangre, indicio de que la joven había sido desnudada antes del asesinato. El cubito derecho estaba fracturado, las piernas arañadas, la boca llena de tierra: esto hizo pensar que la niña se había defendido y había gritado.

Las primeras sospechas recayeron sobre un albañil de Suisio, de nombre Abraham Esposito, que fue arrestado. El apellido hace pensar en un meridional. ¿Se sospechaba de él por su origen meridional? Pero no tenía relación con el caso, y la suya era «una coartada inexpugnable», de modo que fue puesto en libertad «muy pronto», a causa de una sentencia del tribunal de Bergamo. Es decir, después de un par de meses de cárcel. Una vez liberado Esposito, ya no se supo cómo proseguir la investigación ni sobre quién podrían recaer las sospechas. No obstante, en el pueblo, permanecía aún viva la impresión suscitada por aquel delito horrendo, la inquietud de que el asesino estuviera libre. Por todo ello, el 27 de agosto de 1871, domingo, día de las Santas Reliquias, bastó una ausencia de dos horas, de las seis a las ocho, de la mujer del campesino Antonio Frigeri, para que el marido se desesperara por buscarla. La halló a poca distancia del lugar al que ella había anunciado que iría: en un campo de maíz, completamente desnuda y no menos torturada que la joven Motta. «Mostraba en el cuello una extensa equimosis, con depresión y laceración de la piel producida por la presión de una cuerda que fue hallada en el mismo lugar, que debió de haberle sido arrojada desde atrás, a, modo de lazo, y que la mujer en vano había tratado de quitarse, como indicaban las heridas que tenía a ambos lados del cuello. Y por cierto que la sofocación, como juzgaron los expertos, había sido la única causa de su muerte. Pero su cadáver no fue respetado después de la muerte. Se observaron profundas heridas en el vientre, en el brazo derecho, en la nuca, en la espalda, todas ocasionadas después de que la víctima hubiera expirado, con un instrumento de punta y buen filo, probablemente una hoz. Por la profunda herida que había abierto en su vientre le salían los intestinos. En la espalda tenía clavadas tres horquillas…» Las horquillas del cabello: dispuestas en perfecto triángulo, con el vértice hacia la nuca.

También esta vez se trató de hacer alguna detención de inmediato. La elección recayó sobre Luigi Comerio, campesino de Suisio, en razón de que «había cortejado a Elisabetta Pagnoncelli e

incluso había intentado inducirla a faltar a sus deberes conyugales». Pero ese hombre nunca había cortejado a Giovannina Motta y, además, tenía una coartada perfecta.

Transcurrieron seis meses y la investigación se había interrumpido por entero, los policías y la población en general estaban resignados al misterio, cuando de pronto, por haberse hecho público el conocimiento de hechos que hasta ese momento permanecieran ocultos, comenzó a murmurarse el nombre de Vincenzo Verzeni. «Era, éste, un joven de veintidós años, nacido en Bottanuco, donde vivía, hijo de una acomodada familia de campesinos. Considerado hasta entonces como un joven honesto, devoto de las prácticas religiosas, alejado de todo vicio, jamás se le hubiera creído capaz de tan atroces crímenes, de no haberse conocido una serie de hechos que hasta ese momento habían sido mantenidos en el más absoluto de los silencios.»

Cuatro años antes, en un día festivo no precisado (las fiestas religiosas y los domingos vuelven una y otra vez, con puntualidad, a aparecer en los delitos atribuidos a Verzeni), a la hora del atardecer, una niña de doce años, Marianna Verzeni, es agredida en su lecho, mientras descansa o duerme. Una almohada sobre la cara, una mano que le atenaza la garganta. La niña logra zafarse de las manos que la ahogan lo suficiente como para gritar; el agresor huye. Una vecina ha visto a Vincenzo Verzeni, primo de la adolescente, que vive en la casa contigua, salir de la suya, entrar en la de sus parientes, con paso furtivo, con precaución, para salir al cabo de unos minutos. Pocos instantes después había oído los gritos de la niña; pocos instantes después de que Verzeni hubiera salido, no había lugar a equívoco. De manera más coherente, una tía de la muchacha dice haber oído los gritos antes de haber visto a Verzeni en la escalera, marchándose. Por su parte, Verzeni declara que él también ha acudido a los gritos, pero que al ver a la niña desnuda se ha marchado, púdicamente.

Tres años antes, casi a la hora del alba, mientras se dirigen desde el campo a la iglesia parroquial para oír misa, dos mujeres

habían sido sucesivamente agredidas, en un breve lapso: Barbara Bravi, cogida del cuello por el agresor, gritó y le obligó a huir; más robusta y valiente, Margherita Sala reaccionó agarrándole por la camisa y el labio inferior y, tras larga lucha, consiguió liberarse y escapar. Ni una ni otra reconocieron al hombre, pero los rasgos que conservaran en la memoria —prestancia juvenil, complexión, estatura, chaqueta de grueso paño peludo llamado «pelucc»— podían muy bien convenir con las señas de Verzeni. Sumado a esto, un vecino llamado Pozzi le había visto en esos parajes esa misma mañana, y había advertido un arañazo sobre la mejilla izquierda de Verzeni (no sobre el labio inferior, empero).

Durante el mismo mes de diciembre, la niña Angela Previtali, de doce años de edad, mientras andaba en dirección a la escuela (era día feriado, pero sin duda se festejaba alguna solemnidad religiosa) chocó de manos a boca con Vincenzo Verzeni que, sin violencia y diciendo sólo «vamos, vamos», la había cogido de la mano para conducirla hacia aquel cobertizo bajo el cual había sido más tarde hallada, después de su tortura, Giovannina Motta. En un primer momento la niña se dejó llevar, pero luego gritó y huyó. Verzeni, sereno, la siguió sólo un poco.

Abril de 1871: la campesina Maria Galli encuentra a un desconocido, que reconocerá más tarde en Verzeni, que le arranca de la cabeza el pañuelo y se lo lleva consigo. El 26 de agosto del mismo año, es decir, el día anterior al del asesinato de la joven Pagnoncelli, la hilandera María Previtali, de diecinueve años de edad, es seguida y, hasta cierto punto, asaltada por Verzeni, «bien conocido» por ella, puesto que eran primos. Logró echarla a tierra y alzarle la falda, pero en vista de que ella gritaba, Verzeni, que la había cogido del cuello, la abandonó en determinado momento para ir hasta el camino a cerciorarse de que nadie venía. Cuando regresó, la joven se había puesto de pie y él «le cogió las manos y las retuvo entre las suyas unos instantes; a continuación, oyendo las súplicas de la muchacha, le permitió marcharse del lugar».

A estos hechos, quién sabe por qué tan tardíamente declarados y reunidos, se añadieron dos testimonios no menos tardíos: el de Rosa y Carolina Previtali, que en la mañana del 8 de diciembre de 1870 habían visto en el lugar del delito, bajo el cobertizo del pesebre, a Verzeni, después de haber oído que de ese sitio provenían gritos de auxilio y gemidos (aunque no habían visto a Giovannina, ni muerta ni viva, ni se habían alarmado por aquellos gritos); y el testimonio de Giovanni Bravi, que había visto a Verzeni, el 27 de agosto de 1871, en el lugar en que más tarde fuera hallada la joven Pagnoncelli, hacia la hora misma en que se presumía que la mujer había sido asesinada.

Pero durante el proceso se produjo un golpe de efecto. Carolina Previtali, interrogada acerca de si el joven que había visto bajo el cobertizo se parecía a Verzeni, lo niega con decisión. Se le hace observar que durante la instrucción había declarado reconocerlo. Niega haberlo declarado. Es enfrentada con su padre, que dice haber oído decir a su hija que aquel joven se parecía a Vincenzo Verzeni. Lo niega. «Yo no he dicho nada», repite. El fiscal requiere el arresto y proceso inmediato de la muchacha. La corte se retira, dejando la sala agitada por los comentarios, en tanto que Previtali conmina a su hija a reconocer a Verzeni. Cuando la corte vuelve a hacer su entrada, la joven pide perdón y declara estar convencida de que el hombre visto bajo el cobertizo «se parecía bastante a Verzeni». Y el proceso vuelve a ponerse en marcha.

Verzeni, no obstante, se aferra a su negativa. Contra él no existen más que indicios. Todos los testimonios presentan algún fallo. El más comprometedor, que es el de María Previtali, prima del sospechoso, no basta para certificar de voluntad homicida a lo que la joven en su momento considerara un atentado contra su virtud, que se había esfumado casi piadosamente con aquel gesto de cogerle las manos sin decir una palabra, y que sólo más tarde, cuando ya estaban de por medio dos cadáveres y cuando se señalaba y vituperaba a Verzeni como el asesino, habrá adoptado

en la memoria de ella el aspecto de una situación tremenda de la que, por fortuna, había escapado.

Pero el acusado no tenía más coartadas que las misas: había asistido a tres el día en que fuera asesinada Giovannina Motta; tres el día en que fuera asesinada la joven Pagnoncelli. Y en ambas ocasiones había confesado y comulgado. Pero merece la pena transcribir algunos pasajes del interrogatorio.

Presidente: ¿Cuánto tiempo antes de la desgracia vio a Giovannina Motta?
Acusado: En octubre, en el campo, durante la siega.
Presidente: ¿Ha oído algo acerca de ella?
Acusado: Sí, también usted lo sabe… (risas).
Presidente: Sí, pero quiero que usted mismo me lo diga.
Acusado: Estaba deshecha, «pedreada», no se la podía reconocer ni cristiana siquiera, no llevaba ninguna clase de vestidos, estaba desnuda.
Presidente: ¿Desnuda?
Acusado: Sí, desnuda, no tenía nada puesto encima…
Presidente: ¿El cuerpo estaba entero?
Acusado: No… Partido por la mitad, por delante y por detrás…
Presidente: ¿La cabeza?
Acusado: No la pude ver.
Presidente: ¿Cuándo vio a la víctima?
Acusado: Después de la primera misa, el día en que la encontraron. Estaba allí junto con otras personas…
Presidente: ¿Cómo se enteró del hecho?
Acusado: Permanecí allí… ¿Qué cómo me enteré?… Me enteré por lo que decía la gente.
Presidente: ¿Qué decía?
Acusado: Que lo ocurrido era una cosa que no parecía propia de buenos cristianos…
Presidente: ¿No se proclamaba a gritos que la joven había estado en Suisio el día de la festividad de la Virgen? ¿Nadie se

preguntaba cuánto tiempo hacía que faltaba de su casa? ¿Y no sabe usted, usted por sí mismo, desde cuándo se había ausentado?

Acusado: No oí nada de eso ni sé nada.

Presidente: ¿No supo usted que se había marchado para pasar el día de fiesta con sus parientes?

Acusado: ¿Qué puedo saber yo de las cosas de los demás?

Presidente: ¿Pasó usted por el lugar del asesinato o por el camino cercano el día de la Inmaculada?

Acusado: No.

Presidente: ¿Qué hizo usted durante la mañana de ese día?

Acusado: Fui a misa de seis, después regresé a mi casa; de allí volví a la iglesia, en donde me confesé antes de tomar la comunión (risas).

Presidente: ¿No fue a ningún otro lugar?

Acusado: No… Estuve presente en la segunda misa y después en la mayor.

Presidente: Es decir, que estuvo todo el tiempo en la iglesia… ¿Y cuando usted vio el cuerpo de la joven Motta bajo el cobertizo, estaba cubierto?

Acusado: Estaba cubierto… Pero ella estaba desnuda…

Presidente: Vayamos al último hecho… ¿Qué hizo usted el día 27 de agosto de 1871, domingo?

Acusado: Me levanté de buena hora por la mañana, para escuchar la primera misa, me confesé con el padre Martina, recibí la comunión de manos del cura párroco (risas), después asistí a la segunda misa del padre Bartolo y después a la tercera, que ofició el padre Carradú. Una vez terminada esta misa regresé y me fui al campo…, otros dicen que a casa…

Esta última frase, si no astucia, demuestra al menos buen sentido: ¿cómo quiere que recuerde lo que hice una mañana de hace tres años atrás? Las misas, la confesión y la comunión sí, que

para mí son obligatorias cada domingo, cada fiesta; pero en cuanto a lo demás, dejemos que lo digan los testigos que, para lo que yo haya hecho, parecen tener mejor memoria que yo.

Y todas sus respuestas pueden ser consideradas sensatas y, en la medida en que lo son, nacidas de la indiferencia de quien piensa que el buen sentido es vano ante la absurda máquina que es la justicia. Sólo hay tres puntos débiles en las respuestas de Verzeni al juez. El primero cuando dice «permanecí allí» (¿Dónde? ¿En el lugar del crimen, después de haberlo cometido?); los otros dos en esos momentos que quedan como suspendidos, que parecen un arrebato controlado, en los que se percibe que aún está gozando, irresistiblemente, del recuerdo o de la imagen de la víctima desnuda. Pero ni el fiscal ni los jueces supieron aprovechar esos tres puntos débiles.

Enfrentada con la «anormalidad» de los delitos que se le atribuían, la «normalidad» del imputado, ya fuera física o mental, planteaba a los jueces el problema de su situación de responsables. Preciso es decir que el abogado defensor y el acusado hacían uso de la imagen de «normalidad» con estos argumentos: las inocentes y puntuales asistencias a prácticas de devoción —misas rotativas, confesiones y comuniones— a que se entregaba Verzeni; el hecho de que hasta los veintidós años no hubiera aún tenido relaciones íntimas con mujeres ni se hubiera permitido solitarios escarceos eróticos, su comprobada repugnancia a asistir a la muerte de los pollos (que son sacrificados, como se sabe, retorciéndoles el cogote). «Ahora que la rueda ha girado tanto», hoy no existe aprendiz de abogado que no sepa cuán contraproducentes son esos argumentos. Pero en aquellos días servían para la defensa de cualquiera.

De todas maneras, para afrontar con justa ayuda de la ciencia el problema de la responsabilidad del acusado, la corte se dirigió a aquel que en esos momentos era la luminaria máxima de la

criminología: el profesor Cesare Lombroso, fundador de la «escuela positiva del derecho penal».

El profesor Lombroso no puede, como es lógico, pronunciarse así, de inmediato. Pide que se realice primero, y bajo responsabilidades de algunos especialistas «un examen cuidadoso del fondo de los ojos del acusado, porque la retina es casi una ventana a través de la cual se entrevé el cerebro» y que, después, le entreguen al acusado con el pelo cortado al cero, como un conscripto, para que sea posible proceder a las mediciones «craneométricas», indispensables a fin de determinar si se trata o no de un delincuente. Ante esta segunda petición, el fiscal se opone con énfasis: si lo raparan, ¿cómo conseguirían los testigos reconocerle? Objeción aceptada: se le cortará el pelo, pero después de que se hayan llevado a cabo los reconocimientos.

Una vez que el profesor le tiene entre manos, no necesita más de una semana para ejecutar su pericia a fondo. Y no lo hace sólo con el acusado, sino que, de acuerdo con los cánones de su «escuela», examina también a los padres, a los abuelos, los tíos y primos del acusado. El padre tiene señales de pelagra, dos tíos son «cretinoides» (uno en especial: cráneo pequeño y en punta, nada de barba, un testículo atrófico y otro inexistente), un primo padece de hiperemia cerebral y otro es «reincidente en el hurto». La madre, la abuela viva, los abuelos y bisabuelos difuntos «no muestran enfermedades significativas». En resumen: nada más de lo que se advertiría indagando sin tanto aparato en la familia. El término «cretinoide», además, vale como eufemismo de la voz cretino. «Además del cretino —explica el profesor— tenemos al “cretinoide”, que a la vez participa de las características del primero y de las del hombre normal y sano.» Y es sin duda cosa de lamentar que esta palabra no haya salido del campo de las pericias del criminólogo para entrar en el uso corriente: hoy sería tan necesaria que se la adjudicaría a aquellos que participan del cretinismo dando muestras de utilizar los instrumentos de la inteligencia.

De acuerdo con el profesor, Verzeni no podía ni siquiera ser considerado como «cretinoide», exactamente. Sólo estaba afectado por «aquella ligera infición cretinoide y pelagrosa que fluía a partir de sus parientes y que dejaba señales en el lóbulo frontal derecho y rompía el equilibrio entre las facultades afectivas y los apetitos». Pero, en resumen: que estas afecciones unidas a las represiones ejercidas por el ambiente familiar y la evidente «libido del casto» hubieran podido promover un estado de inconsciencia en los delitos y por ende de irresponsabilidad, fue una hipótesis que el profesor excluyó decididamente. A lo sumo, la cosa podía plantearse así: «responsable plenamente al iniciar el acto, menos responsable en el delirio del acto» —y de vuelta a la plena responsabilidad inmediatamente después, al ocultarse y al defenderse.

Leído el peritaje del profesor Lombroso, el fiscal, caballero Quintavalle, inició su arenga. Evocó a las víctimas en vida: «vivaz, inteligente y lozanísima, modelo para sus compañeras por su laboriosidad y pureza de costumbres» era Giovannina Motta; «madre de dos tiernos hijos, uno de ellos lactante aún». Elisabetta Pagnoncelli. Las hizo ver después ya muertas, sin ahorrar los detalles más sórdidos. Y, por último: «no me queda ahora más que abroquelarme en el juicio de los expertos». Allí se abroqueló, de manera inexpugnable.

Para Verzeni, fueron trabajos forzados de por vida.

EUFROSINA

Muchas veces, con una distancia intermedia de meses o años, he leído las «Crónicas italianas» de Stendhal; pero tan sólo ayer, cuando releía «Los Cenci» advertí de pronto un error y recordé al mismo tiempo una historia larga y trágica que se inició en Sicilia, en la casa de la familia Corbera, y que finalizó en Roma, en la de la familia Massimo. El error está en el pasaje que relata que el papa, proclive a conceder la gracia de su vida a Beatrice y a los otros condenados, se mostró después inflexible y ordenó que se ejecutara la sentencia, ante la noticia de que Paolo di Santacroce había matado a su madre, hecho que le hizo recordar «también el fratricidio de los Massimo, cometido algún tiempo atrás».

En realidad, los dos hijos de Lelio Massimo habían asesinado a la madrastra, la bella y joven Eufrosina de Siracusis. Es decir, que lo ocurrido no fue un fratricidio, sino algo similar a un matricidio, no sabemos si por interés o por honor. El cronista siciliano que refiere la historia de Eufrosina se muestra inclinado a definirlo como delito de honor, llama «caballeros de alto honor» a los dos asesinos y los muestra motivados por el desagrado y la alteración. Y motivos no habrían faltado, a juzgar por el pasado de Eufrosina.

Esta mujer que tenía el nombre de la alegría, de aquella de las tres Gracias que representaba la alegría —nombre que Linneo

había aplicado a una mariposa del color de la miel con armoniosas líneas negras—, esta Eufrosina a la que de manera familiar se llamaba Frosina, joven y bella por cierto, y muy probablemente tonta y cruel, poca alegría tuvo y brindó a lo largo de su breve vida. Incluso fue, para el destino de los demás y para el suyo propio, una mariposa de muerte.

A Stendhal tanto le debió agradar la historia que, aun sin saberlo, la rozó: a pesar de que la parte más larga de su transcurso no se desarrollara en la Roma de los papas sino en la Sicilia de los virreyes. Y se inicia, precisamente, a partir de un virrey, Marco Antonio Colonna, que se prendó de Eufrosina, mujer de Calcerano Corbera, heredero de la señoría de Misilindino (señoría que estaba a punto de convertirse, merced a la «licentia populandi» de Felipe II, en la comarca que más tarde recibiría el nombre de Santa Margherita Belice: ¿cómo no recordar aquella casa, cuya construcción había ordenado uno de los Filangeri, un siglo antes, y que fue destruida hace cuatro años, la misteriosa y fabulosa casa del «Gattopardo» de Giuseppe Tomasi?). Se prenda de ella, la asedia, le envía presentes, la festeja: tonterías de «viejo loco», como lo define la mujer con relación a estas cosas.

Dice el cronista siciliano: «el señor Marco Antonio se puso en esto tan ciego que, sin hacer caso de la autoridad y reputación virreinal, llegó a convertirse en un nuevo Marco Antonio con su Cleopatra. La seguía, paseaba por delante de ella, tanto por la calle como en las iglesias. Sin dejar pasar un día, se le acercaba y conversaba, en el día a vista de todos y de manera cortesana y durante la noche dándose aires de cumplir con un deber. Muchas fueron las veces que encontraron al virrey solo y vestido de noche para acudir a casa de esa dama…». El marido de Eufrosina, muy joven y tal vez no muy inteligente, no se percataba de la situación. Pero toda la ciudad murmuraba. Así se enteró, mientras se ocupaba en hacer surgir un pueblo en Misilindino, don Antonio Corbera, quien decidió ir a Palermo por un tiempo, para ver cómo estaban las cosas, para volverlas a su debido lugar.

Tan pronto como tuvo conocimiento de la decisión del suegro, Eufrosina «dijo al señor Marco Antonio que se hallaba en un gran peligro y que dudaba (es decir, temía) más del suegro que del marido». Colonna no tardó en elegir la manera de liberarla. Para decirlo con una expresión moderna, Marco Antonio Colonna fue un virrey rápido para el arresto. Pero hacer arrestar a don Antonio Corbera no era fácil, porque era un familiar de la Inquisición —o sea que gozaba del privilegio de no poder ser arrestado por la justicia ordinaria, ni podía ser procesado por ella y sólo la inquisitorial podía hacerlo, fuera cual fuese el delito que se le atribuyera—. Aun siendo enemigo acérrimo de la Inquisición y de los inquisidores, se avino a pedir un favor a uno de ellos. Se trataba de Diego de Haedo, un benedictino al que se le debe la «Storia di Algeri», rica en noticias sobre la vida de Cervantes. El inquisidor se dejó engatusar o quizá aguardaba algo a cambio, algo que no llegó jamás: lo cierto es que de esto se lamenta en una relación enviada al rey en el mes de agosto de 1581 y que constituye una verdadera requisitoria, venenosísima, contra Colonna.

El año anterior —dice Haedo— Marco Antonio (pues lo llamaba sólo por el nombre, con ironía y desprecio) nos engañó: por intermedio de Pompeo Colonna nos ha requerido que suspendiéramos el privilegio de familiar de la Inquisición al barón de Misilindino, prometiendo hacernos llegar más adelante la información de los motivos. Pero tan pronto nosotros le concedimos la suspensión, he aquí que le hace arrestar por deudas y «el vulgo sabe que ha sido a causa de sus fines particulares». Puede parecer extraño que el inquisidor no se detenga en esto de los «fines particulares» de Colonna, que eran los de su intriga amorosa con Eufrosina, y que deje entrever que se trataría de algún otro fin. Pero esto, en realidad, era mucho más grave que una pasión amorosa, como cargo contra un virrey.

De todos modos, el barón Antonio Corbera murió en la cárcel unos días después del arresto: unos dicen que envenenado, pero el inquisidor habla únicamente de sufrimientos.

Quedaba sólo el marido y, por muy ingenuo que fuera, podía nacer en él alguna sospecha, siquiera vaga, acerca del arresto y muerte del padre. Cosa que se remedió con enviarlo a Malta, en una misión encabezada por Pompeo Colonna y de la que formaba parte un individuo llamado Flaminio di Napoli quien, por lo que se sabe, había recibido el encargo de liquidar a Corbera, una vez que llegaran a destino. Así, «una noche fue hallado el barón Calcerano Corbera muerto detrás de la puerta de la casa donde se hospedaban, con muchas puñaladas, y sin que hubiera tenido disgusto o enemistad con nadie». Tenía veintiún años. ¿Cuántos tendría Eufrosina, libre y sola a partir de ese momento?

Pero no estaba solo ni libre el vencedor de Lepanto (que contaba cuarenta y nueve años de edad). Su mujer, Felice Orsini, en razón de su sensatez e indulgencia, de tanto en tanto se ocupaba de torcer los planes de su consorte. Una noche, en palacio, fue a llamar a la puerta de la habitación del marido: sabía que allí estaba Eufrosina. Presa de pánico, Marco Antonio escondió a la joven en el balcón y le dio sus vestidos «para que allí se los pusiera». Pero olvidó las pantuflas. Al entrar, doña Felice dijo: «He venido a dormir con vos esta noche, que hace mucho frío.» Y como viera las pantuflas: «Ahora comprendo que sois un marido amante. ¿Habéis comprado estas pantuflas para mí?» «Sí», respondió el marido. Y ella replicó: «Ah, viejo loco, ¿no os importa dejar que esta pobre niña muera de frío en el balcón?» Y abrió el balcón, hizo que Eufrosina, avergonzada y llena de miedo, se metiera dentro, la tranquilizó y la hizo acompañar hasta su casa.

Mucho más peligroso, y decidido a envenenarle (expresión que quizá haya que tomar al pie de la letra) la amorosa conquista, el casi libre goce de la mujer amada, velaba Diego de Haedo. Más aún que las ofensas consumadas por Colonna contra la Inquisición, es posible que le quemara la hiriente frase que, durante el último encuentro habido entre ambos, le había espetado el virrey: «el rey cuenta a mis pares con los dedos de una mano; de los vuestros podría tener varias naves llenas».

Llamado a España, quizá para hacer descargo de todo lo que el inquisidor Haedo había dicho o insinuado en sus relaciones (que pueden leerse en el «Contributo alla storia dell'Inquisizione in Sicilia», de Garufi), Marco Antonio Colonna se embarcó en Palermo el l.º de mayo de 1584. De acuerdo con el cronista, antes de partir encomendó a su amante al cuidado de su mujer, con paternal y conmovido acento, prometiendo que a su regreso habría puesto a Eufrosina bajo el cuidado de «persona con la que ella habrá de vivir honestamente».

Promesa de marinero, que él lo era. Pero doña Felice le creyó o fingió creerle y, por su parte, prometió que tendría consigo a Eufrosina, en palacio, hasta que «plega al Señor que vos regreséis». Pero no plugo al Señor hacerle regresar, porque murió en Medinaceli, de camino hacia Madrid, con sospecha de envenenamiento. Sospecha que, según algunos, incumbe a los inquisidores y, según otros, a la corte española. Pero nadie ha pensado en Eufrosina: no en ella directamente, se comprende, sino en alguien que lo haya hecho por su pasión hacia ella. Y éste es un pequeño problema para los investigadores de archivos: ¿estaba Lelio Massimo entre los compañeros de Colonna en el viaje a Madrid? Es bien cierto que siempre había estado junto a él, en los años de Palermo: el cronista lo recuerda junto al virrey en los primeros escarceos amorosos con Eufrosina, en los juegos, en las atenciones y en las galanterías.

¿Por qué, pues, no creer que se había enamorado en secreto de aquella mujer y que se había atormentado y que había sufrido ante aquel amor, con los subterfugios que se veía obligado a urdir para la mujer deseada y el amigo poderoso? ¿Por qué no creer —si de verdad le acompañó— que, avasallado por la pasión, por hallarse más allá de toda sospecha y aprovechando de cuanto se hablaba acerca de la desgracia en que había caído Colonna frente al rey, cediera a la tentación de eliminarlo? Feroces son las pasiones y más feroces aún en aquel siglo.

Que amaba a Eufrosina, de todas maneras, es un hecho indudable. Y la amaba hasta el punto de dejar de lado todo sentido del honor, toda vergüenza. Debió de haber sido bien conocida, en Palermo y Roma, la culpabilidad de Eufrosina en la tragedia de la familia Corbera (tanto que en acto público notarial sus cuñadas rechazaron las joyas de los Corbera que ella había llevado), su embrollo amoroso sin pudores con el virrey. Pero Lelio Massimo casó con ella —después de haber pedido su mano a doña Felice— y la llevó a su casa. Donde, para poner fin a la vergüenza, quizá al escarnio, los dos «caballeros de alto honor», sus hijos, un día, en ausencia del padre, «con dos disparos de arcabuz la mataron». Y después fueron ajusticiados, por decapitación, por el verdugo.

«Es éste un delicadísimo material —concluye el cronista— que podría servir de tema a una muy quejumbrosa tragedia.» Muy quejumbrosa: es decir, que moverá a tristes lamentos. Todo lo contrario de como la hubiera escrito Stendhal en sus «Crónicas italianas».

NOTA

Junto con otros pocos que me ha parecido que no valía la pena recoger, estos relatos fueron escritos entre los años 1959 y 1972. He tratado de ordenarlos según la época en que fueron escritos (orden tal vez no acorde con el de su publicación en periódicos, revistas y antologías): y creo que el lector podrá verificar la exactitud del orden cronológico poniéndolos en correspondencia con los libros que durante ese mismo lapso he publicado. Alguno de los cuentos lleva implícita su propia fecha: «La remoción», por ejemplo, escrito cuando fueron apartados los restos de Stalin del mausoleo (o cuando se tuvo noticia de ello) y «Filología», escrito —profecía muy fácil de establecer— en el momento de constituirse la comisión contra la mafia.

De entre todos, uno sólo ha sido revisado y casi reescrito: el de Giufà y el cardenal. De los demás apenas he corregido alguna falta leve.

Los lectores, con quienes creo estar en inmejorables relaciones, no se preguntarán ni me preguntarán por qué los vuelvo a publicar, dado que la petición ha surgido de ellos: porque cuando de uno de estos relatos se tomó el tema para una película («Un caso de conciencia») y de otros dos se elaboraron los guiones para un par de telefilms («Juego de sociedad» y «El largo viaje»), hubo muchos

pedidos en las librerías de los volúmenes homónimos (que no existían: sólo se habían publicado cinco en un libro pequeño, con el título de «Racconti siciliani», enriquecido por un aguafuerte de Emilio Greco, y del que se habían impreso ciento cincuenta ejemplares en el Istituto Statale d'Arte de Urbino). Pero si el lector no se lo pregunta ni me lo pregunta, yo sí lo hago: ¿por qué reúno y publico estos relatos? Porque creo que he logrado en ellos una especie de sumario de mi actividad hasta el presente, y de él surge (no puedo ocultar que estoy de cierto modo satisfecho, dentro de mi general y permanente insatisfacción) la prueba de que durante estos años he continuado por mi camino, sin mirar a derecha ni a izquierda (es decir, mirando a derecha e izquierda), sin incertidumbres, sin dudas, sin crisis (es decir, con muchas incertidumbres, con muchas dudas, con profundas crisis); y que entre el primero y el último de estos relatos se establece una suerte de circularidad: una circularidad que no es la del perro que se muerde la cola.

L. S.

Leonardo Sciascia (Racalmuto, 1921 - Palermo, 1989) Narrador y político italiano que defendió en sus novelas y ensayos la moral de la razón frente a la desintegración y el caos propugnados por la mafia o el terrorismo italianos.

No desdeñó ni la opinión (como puso de manifiesto en El caso Aldo Moro, donde reflexionaba sobre el secuestro del presidente de la Democracia Cristiana) ni la participación política directa: fue diputado del partido Radical entre 1979 y 1983. Su posición de intelectual comprometido no tuvo una representación literaria torpe o dogmática. Por el contrario, utilizó una escritura de tipo clásico para iluminar con precisión extrema ciertas zonas de la realidad.

Las parroquias de Regalpetra (1956), vinculada a la tradición del neorrealismo y de la literatura meridional, fue la primera novela que despertó un interés nacional. Al igual que los relatos de Los tíos de Sicilia (1958 y 1961) eran documentos ficticios de un imaginario rincón de Sicilia. Como subrayó más tarde, estos textos fundaron una indagación sobre “la historia de una progresiva desaparición de la razón y la historia de aquellos que fueron convulsionados y aplastados por ese ocaso del pensamiento”.

Sciascia utilizó las formas de la novela negra para desentrañar el asesinato del sindicalista comunista Miraglia en *El día de la lechuza* (1961), primer relato donde la mafia se representa como una organización socio-económica dentro del Estado, y en *A cada cual lo suyo* (1966). Proceso y enjuiciamiento de una realidad que le llevó a decir: “Odio, detesto Sicilia en la misma medida que la amo”. La indagación histórica y las falsificaciones e imposturas del pasado dan forma a *El consejo de Egipto* (1963) y también a *Muerte del inquisidor* (1964), personaje que reaparece, junto con los horrores del sistema de castigos, en los relatos ensayísticos de *La cuerda de los locos* (1970).

La realidad italiana metafórica o directa aparece en *El contexto* (1971) y *Todo modo* (1974), novelas donde se combina la pérdida de la racionalidad con las complejidades barrocas originadas en los trágicos y oscuros acontecimientos de la década de 1970. Inspirado en Voltaire, escribió *Cándido o un sueño siciliano* (1977), suerte de autobiografía intelectual en la que propone algunas soluciones racionales a las tinieblas y expresa su desencanto de las formas políticas tradicionales.

No menos interesantes resultan los ensayos que dedicó a la memoria de ciertos personajes y hechos notables: *Atti relativi alla morte de Raymond Roussel* (1971), que se suicidó en Palermo en 1933, o *Los navajeros* (1976), sobre un complot urdido en 1862; o los relatos cortos de corte policiaco como *La desaparición de Majorana* (1975), sobre la extraña ausencia de un físico. Sus últimas obras importantes fueron *1912+1* (1986) y *El caballero y la muerte* (1989), basado en un grabado de Durero y donde, a modo de testamento, analiza la experiencia de la muerte.

Notas

[1] “Pero aunque la vida atormentada, oprimida, del grande y desdichado poeta tuviera el consuelo de unas dulzuras furtivas, el corazón —¡ay, fatigado!— abandonaba toda esperanza, una hoguera lo destruía al par que le daba vida, sus suspiros eran los de aquel para quien el dolor es alimento casi, si lo conforta una lágrima de amor, una piedad celestial, un corazón gentil, Eleonora…” **<<**

[2] Mas de ti, ángel, no solicito otra cosa que tus plegarias, ángel pleno de dicha, de alegría y de luz. **<<**

[3] En el texto original aparece la forma *Nugioirsi*, adaptación fonética al dialecto siciliano de New Jersey.

Otro tanto ocurre después con la forma *Nuevayor*, que transcribe la forma *Nuovaiorche*, utilizada por el autor en el original. **<<**

[4] Stori y farme son nuevamente, adaptaciones fonéticas de las voces inglesas stores (tiendas) y farms (granjas). **<<**

[5] Deformación fonética de Brooklyn. **<<**

[6] Juego de palabras: *gerla* significa cuévano, cesto que se utiliza durante la vendimia para llevar las uvas. **<<**

[7] “La tierra donde sobre el follaje oscuro resplandecen las naranjas de oro.” **<<**

[8] Angelo Musco (1872-1937), actor siciliano, especializado en la interpretación de comedias de Martoglio, Pirandello y Capuana. **<<**

[9] Nino Martoglio (1870-1921), comediógrafo siciliano. Sus obras más famosas son *San Giovanni decollato* (1908) y *L'aria del continente* (1915). **<<**

[10] “Viene cualquier devoto o devota, con falsía, y se queda con el aceite de la lámpara.” (Texto en dialecto siciliano.) **<<**

[11] Literalmente, “cabeza roja”. **<<**

[12] Martirologio romano: en Settepedani, en Ascoli Piceno, el de santa Filomena, virgen. **<<**

[13] Lo dulce al final. **<<**

[14] Piara de cerdos de Epicuro. **<<**